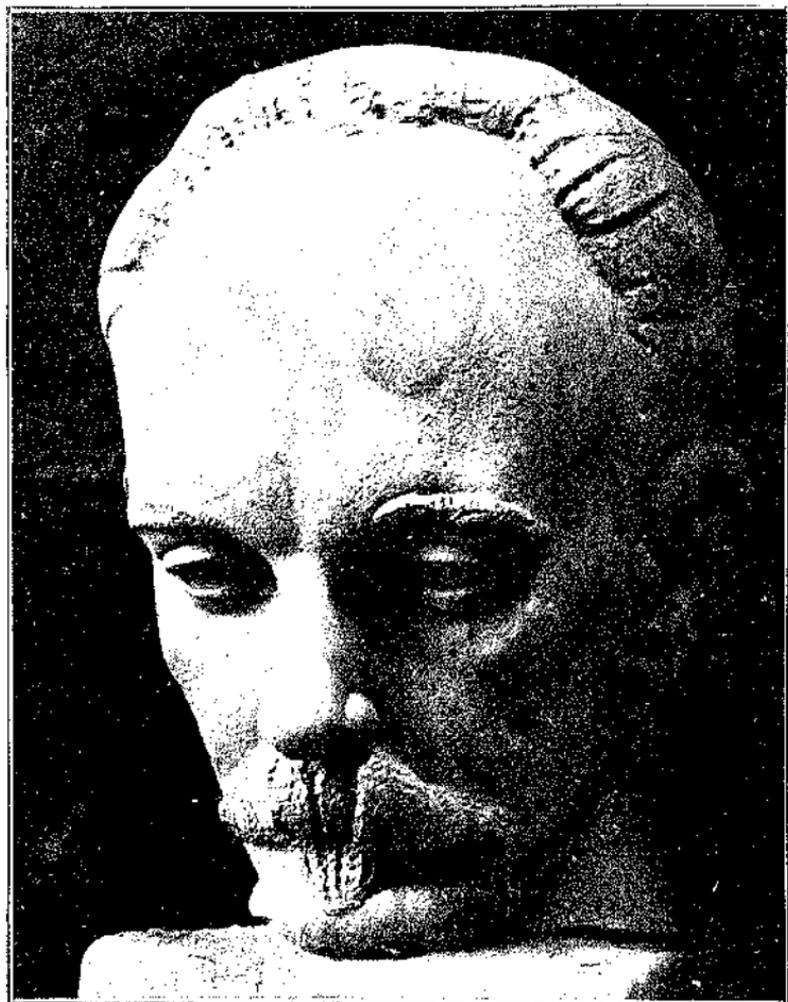


JOSÉ MARTÍ

NUESTRA AMÉRICA

OBRAS COMPLETAS ORDENADAS Y PROLOGADAS POR ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN V



EDITORIAL ATLÁNTIDA

NUESTRA AMÉRICA

80809-

J O S É M A R T Í

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN V

Nuestra América



EDITORIAL ATLÁNTIDA

MENDIZÁBAL, 42

MADRID

ES PROPIEDAD

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.

NUESTRA AMÉRICA

NUESTRA AMÉRICA

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, pára, como la bandera mística del juicio final, a

un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar de modo que sean una las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades. ¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

* * *

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero,

que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Wáshington que les hizo esta tierra, ¿se fué a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose arrastraban las erres!

* * *

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, por-

que tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le pára la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libre importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El

hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En los pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los

factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranía. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

* * *

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuan-

tos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos y el sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fué el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacadero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la remetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando

que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fagonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen—, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera detrás de cada árbol acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

* * *

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan

emperador al rubio". Estos países se salvarán, porque con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Eramos una visión: con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil,

de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. "¿Cómo somos?", se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadera de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano, y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los

hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las Academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cueiga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

* * *

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez pasaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una homba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdefía. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre,

por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacarla de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles, y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la

identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni imra caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y argente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

POESÍA DRAMÁTICA AMERICANA

Salvador Falla, el joven pensador, ha dicho muy bien: sobre todo lo humano, flota como esencia, augurio y perfume, lo que el hombre tiene de artista y de poeta, que es lo que tiene de divino. Muerta es Cartago, y nadie va a llorar sobre las plazas antipáticas de aquel difunto pueblo mercader. Muerta es la vieja Grecia, y todavía colora nuestros sueños juveniles, calienta nuestra literatura y nos cría a sus pechos, madre inmensa, la hermosa Grecia artística. Con la miel de aquella vida nos unguimos los labios aún todos los hombres. Por eso aflige tanto ver en Union Square la estatua mezquinísima de Lincoln. Una estatua vive mucho más que una batalla: más que las Decretales de Augusto, vivirán las humillantes, pero sublimes quejas del perseguido Ovidio. Ovidio fué débil, y aduló a Tiberio; fué débil como Mickiewickz, el

gran apóstata polaco; pero sobre su tumba desconocida se pasearon ansiosos los dedos de una reina: una mano de mujer apartó el musgo impío que cubría el nombre grandioso, y la emperatriz Catalina lloró sobre el poeta: ¡gran fortuna ésta de ser florado por mujeres! ¿Quién llorará sobre la tumba del pensativo de Fontainebleau, del azotador de los flamencos, del cruel enemigo de Vercingetorix?

Salvador Falla ha tenido razón. La imaginación salva y pierde a los pueblos; pero así como los pierde, así los salva. Lleva al exceso de las artes, a la corrupción, a la molicie; pero también lleva a la inmortalidad, a la universal admiración, al perpetuo imperio. Un pueblo no debe ser excesivamente literario, sobre todo, en los tiempos febriles y mercantiles que corremos; pero debe ser un poco literario. Mi maestro Rafael Mendive ha dicho que por el dolor se entra a la vida; por la poesía se sale de ella. Se olvidan las culebras, y se piensa en las águilas y los leones. ¡Qué suaves lágrimas se asoman a los ojos después de haber leído buenos versos! Y ¡cómo piensa en Dios el que leyó, con hondo ánimo, la *Aurora* de Kracinski!

Aquí, en mi madre América, la Hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace; la Poesía besa en el corazón a cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso cielito; el tapatío mexicano, su pintoresco jarabe; su punto enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Huberto, hablan al alma las selvas bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno henchido.

Todo se escribe en verso en nuestras tierras; todos los héroes tienen cantores; todas las campa-

ñas, Tyrteo; todos los amores, expresiones rítmicas. En castizo, como Bello y Mera; en español-francés, como Lozano, lamentanse en inmortales versos las rebeldes agitaciones del espíritu, las heroicas grandezas de la patria, los consuelos y agravios del amor. Y ¿cómo no, por donde el Cauca corre, donde las limeñas miran, donde el café hierve, donde el Tequendama aterra, donde—león de agua en cauce estrecho—se desata potente el Amazonas? ¿Cómo no, donde en Orizaba asfixia el vivo aroma de azahares, en Tehuantepec cubren la margen de los ríos los frutos de naranjos encendidos? ¿Cómo no, en estos lugares de imponderables maravillas, donde en el hondo valle el labrador siega la caña, sobre el valle hondo extiéndense las nubes, revueltísimos senos de colores, y sobre el cielo de iris y violeta, cruza, como yo he cruzado, vibrante, triunfador, altivo, audaz ferrocarril? ¿Cómo no, donde no se conocen más rivales que aquellos graves bosques, imponentes y misteriosos como ancianos, en que viven los místicos sacerdotes de Himalaya, que rodean los claustros budistas del Tibet?

Pero yo no quiero hablar de esta fáel poesía de la Naturaleza, cristal matizado que refleja los inagotables cambiantes de nuestras soberanas perspectivas; ni de la tierna poesía íntima; ni del período de imitación, que en literatura, como en todo, todos los hombres y los pueblos sufren; ni de la alta poesía épica por Julio Arboleda en Gonzalo de Oyón tan bien hallada. Hojeando crónicas, desempolvando manuscritos, reanimando cuentos, admirando héroes incógnitos, recogiendo muy tristes leyendas, la poesía dramática—con todos sus contrastes, con el fragor de su combate interno, con su potencia resucitadora, con su inolvidable mane-

ra de inculcar, con sus versos ardientes, con sus héroes vivos, con sus mujeres enamoradas, con sus lecciones suaves, con su arreo brillantísimo—, abraza tiernamente al dormido escritor americano, le sonríe como al gallardo monarca de Atitlán debió sonreír Ixcunsohil, y, como desdeñada amante que ama, le pregunta:

“¿Por qué, mi amante estéril, vives puerilmente de las hojas de las rosas y de las aguas de los ríos? ¿Por qué perezosamente cantas los devaneos comunes de tu espíritu? Veme aquí con mi cortejo histórico y fantástico. Ni la sierra de Puebla guarda más esmeraldas que yo glorias, ni el cielo del Pacífico más horizonte te podría ofrecer que yo. Yo traigo conmigo conquistadores legendarios, tenaces conquistados, indias de oro, indios de hierro, rencores de raza, infortunios inmensos, fuertes cuerpos quemados en los valles, tiernas almas burladas y vendidas, plumas de Cuauhtemoczn, cascos de Hernán Cortés, lágrimas de Marina, crueldades de Alvarado! Yo traigo aquí conmigo no contados cuentos, no descritas guetras, no pintados caracteres, no revelados lánguidos amores. Yo también tengo, como los moros de la Aljafería, como los jardineros de la Alhambra, mis lindas cautivas, mis rudos herejes, mis doncellas heridas de amores, mis historias de maravillas increíbles, de misteriosas fugas, de mágicos rescates. Tengo bajo el cielo vasto un mundo nuevo. Tengo en cuatro siglos dos epopeyas no trovadas, más héroes que hojas verdes la costa del Atlántico, más lágrimas que corales tiene Honduras, minas México y perlas el rumoroso río Guayabo. ¡Amante perezoso, ven a mí!”

También la poesía dramática tiene razón. Si los galanes de apretado embozo, y las dueñas de oscu-

ro manto, menos que el alma oscuro, y las ingeniosas y cultas damas dieron a Lope y a sus émulos tipos eternos para el teatro original, simpático y caballeresco, que dura en España todavía; si aun visten los actores la túnica de Coriolano, ciñen el casco de Germánico y pasean las águilas de Roma; si los gastados tipos sacros alimentan aún los místicos teatros alemanes, ¡qué vigorosa escena, asombro y alimento de los siglos, no podría surgir de los riquísimos veneros de inspiración que casi intactos guarda la historia de la larga infancia y trabajosa juventud de América! ¡Qué terribles tragedias, con nuevos e históricos resortes! ¡Qué exposición de caracteres, sencillamente heroicos, por lo que son más heroicos! ¡Qué animados idilios, ardientes cuentos trigüños, a manera de los europeos color de rosa! ¡Cuánto amor contrariado, y crimen cometido, y patria y familia puestas en lucha, y amores de mujer vencidos por el amor riesgoso de la patria, no daría savia permanente al teatro nuevo, que calentaría, puesto que América está destinada a vivificarlo y calentarlo todo, la fatigada fantasía europea!

Y aquí, en el reino de Uatlán, donde Socoleo luchó, donde Uspantán asombró, donde los audaces Mames pusieron espanto tantas veces en las osadas filas de Castilla, ¡cuán fácil fuera al ánimo patriótico volver al mundo de la vida los ignorados bravos que bajo el casco del corcel o el látigo implacable del rubio Gonzalo, murieron tristemente! ¿Qué hacen en sus tumbas Ricab el animoso, Acxopil el prudente, Jiutemal el tenaz, Acxicuat avariento? ¿Dónde son idas la voz de los Ahaos, la respetada voz de los Calpules, aquellos cánticos de Xelahub, aquellas arengas de Tecú Umán? ¡Chig-

naviucelut no tiene poeta, ni Sinacam, ni Sequelchul tiene honradores!

Hubo adivinos y sacerdotes, herejes y cristianos, mansos y rebeldes, valientes y cobardes, jinetes de corcel y cazadores de venados, grandes pasiones primitivas y grandes pasiones corrompidas: ¡todo un pasmoso teatro!

No está inculto este campo fertilísimo, ni desierta la escena americana. En confusa reunión, como es lo justo en todo pueblo espiritualmente formado por tantas contradictorias reminiscencias, impaciencias, grandezas, pequeñeces y lecturas, han brotado de los laúdes colombianos altos dramas antiguos, líricas leyendas dialogadas, políticas y satíricas comedias, retrato y castigo de los defectos salientes de la época. Famoso nombre alcanzan las comedias vivaces de Segura, los dramas apasionados de Salaverry, las románticas figuras de Corpancho, los líricos entusiasmos de José Mármol, ¡aquel que se murió pidiendo vida! Visible es en las modernas tablas castellanas la ática savia que Ventura de la Vega—si allá educado, aquí nacido, a nuestro sol que enciende, crea e imprime—, infundió al renaciente teatro español, por Lope dado a vida, por Calderón levantadísimo, por el americano Alarcón, más idealista y elegante por americano. Vega mismo. Madrid sancionó, con fraternal aplauso, las calientes concepciones de Garcí de Quevedo, el elevado; Santo Domingo ostenta con orgullo a Anacaona, drama vengador; a Tilema, el drama de la restauración dominicana. El autor de Celiar dió su color vivísimo a un drama hermoso; y con éstos, ¡cuánta obra brillante aquí no citada, porque pudiera parecer muestra de dramografía empalagosa! ¡Qué poéticas creaciones de Calderón, el mexicano; de Gorostiza, el enmudecido; de Mila-

nés, el poeta puro; de Heredia, el poeta Píndaro; de Urzáiz, el cubano humilde; de Acha, el dramático político; de Peón Contreras, mi amigo muy querido, que todo lo hace bueno y tanto hace; el que vierte dramas como Zorrilla, y Grilo perlas; el que habla al fin de la Noche Triste y del Teocalli; el que escribe como Bretón y Echegaray, con menos sales que aquél y más ternura que éste; el yucateco infatigable: ¡nuestro Lope de Vega americano!

Cruzada de unión y de resurrección: trátense y familiaricense todos los poetas de nuestras tierras. Surjan y revivan en la América entera, en esta misma hermosa Guatemala, teatro en otro tiempo de tan hidalga rebeldía y dura conquista; la matrona tranquila de ceñidor azul y azul corona; la de manto de mares poderosos. Surjan y revivan los olvidados elementos del que, por la riqueza y nuevo color de los lugares, por los inagotables asuntos históricos, por la frescura y originalidad de las pasiones, por la épica sencillez de caracteres, por el continentalismo inevitable de que todo esto ha de revestir a nuestros dramas, está llamado a ser, en rítmica poesía o cadencioso verso, un imponente teatro nacional.

MENTE LATINA

Entre los muchos libros que han venido a favorecer en lo que va de mes *La América*, uno hay que regocija, y no es más que el catálogo de un colegio.

No nos place el catálogo porque nos dé asunto para huecas y fáciles celebraciones a las conquistas nuevas, que con trabajos arduos se celebran mejor que con palabras sin meollo, que de puro repetidas van quitando ya prestigio y energía a las ideas que envuelven, sino porque en las páginas del pequeño libro resalta gloriosa, en una prueba humilde y elocuente, la inteligencia latina.

No nos dió la Naturaleza en vano las palmas para nuestros bosques, y Amazonas y Orinocos para regar nuestras comarcas; de estos ríos la abundancia, y de aquellos palmares la eminencia, tiene la mente hispanoamericana; por lo que conser-

va el indio, cuerda; por lo que le viene de la tierra, fastuosa y volcánica; por lo que de árabe le trajo el español, perezosa y artística. ¡Oh! El día en que empiece a brillar, brillará cerca del Sol; el día en que demos por finada nuestra actual existencia de aldea. Academias de indios; expediciones de cultivadores a los países agrícolas; viajes periódicos y constantes con propósitos serios a las tierras más adelantadas; ímpetu y ciencia en las siembras; oportuna presentación de nuestros frutos a los pueblos extranjeros; copiosa red de vías de conducción dentro de cada país, y de cada país a otros; absoluta e indispensable consagración del respeto al pensamiento ajeno; he ahí lo que ya viene, aunque en algunas tierras sólo se ve de lejos; he ahí puesto ya en forma el espíritu nuevo.

Bríos no nos faltan. Véase el catálogo del colegio. Es un colegio norteamericano, donde apenas una sexta parte de los educandos es de raza española. Pero en premios, no; allí la parte crece, y si por cada alumno hispano parlante hay seis que hablan inglés, por cada seis americanos del Norte premiados hay otros seis americanos del Sur.

En esa mera lista de clases y nombres, por la que el ojo vulgar pasa con descuido, *La América* dilata sus miradas. En esta inmensa suma de analogía que componen el sistema universal, en cada hecho pequeño está un resumen, ya futuro o pasado; un hecho grande.

¿No ha de ponernos alegres ver que donde entra a lidiar un niño de nuestras tierras, pobre de carnes y de sangre acuosa, contra carnudos y sanguíneos rivales, vence?

En este colegio de que hablamos, apenas van los alumnos de raza española a más clases que a las de las elementales y a las de comercio. Pues en el

elenco de las clases de comercio, de cada tres alumnos favorecidos dos son de nuestras tierras. El mejor tenedor de libros es un Vicente de la Hoz. El que más supo de leyes comerciales es un Esteban Viña. El que acaparó todos los premios de su clase, sin dejar migaja para los formidables yanquezuos, es un Luciano Malabet; ¡y los tres premios de composición en inglés no son para un Smith, un O'Brien y un Sullivan, sino para un Guzmán, un Arellano y un Villa!

¡Oh, si a estas inteligencias nuestras se las pudiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país y el país a que ha de aplicarse; si se preparase a los suramericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur!... Mata a su hijo en la América del Sur el que le da mera educación universitaria.

Se abren campañas por la libertad política; deberían abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir.

MÉXICO

MÉXICO EN 1882

Las revoluciones de los pueblos americanos han tenido dos orígenes: lucha vehemente del espíritu nuevo, que, como un aire de vida, vuela ahora sobre todo el Universo, por aparecer definitivamente y afirmarse, y falta de vías por donde echar naturalmente la actividad ansiosa y el insaciable anhelo de grandeza del hombre hispanoamericano.

Cuando México se sacó de las entrañas, como quien se extirpa un cáncer, el imperio, quedó asegurada y triunfante, dispuesta a toda pujanza y maravilla, la diosa permanente, que da de sí luz, que ilumina los altares nuevos: la persona humana; quedó en México el hombre, después de tanta lucha heroica y sangrienta, dueño de sí, que es magnífico espectáculo, tanto como es pobre de ver y doloroso, el del hombre que bebe en la copa del olvido licores de rosas nacidas en fango.

Pero aun acabada esta razón de guerra, natural siempre e inevitable en los pueblos donde, en forma más o menos vehemente y culta, el hombre se rebela contra los que sujetan el noble, fructífero y majestuoso empleo de su albedrío—por hacer de sus rodillas pavimento de templo, y de su cerebro alimento de los dioses antiguos desmayados—, quedaba aún en pie la segunda causa, avivada por el carácter belicoso que a la larga adquiere un pueblo nacido y criado entre guerras, y por cierta hidalga disposición del mexicano a fiar a la punta de la espada su derecho. Quedaba en pie la segunda causa: llegados los hombres a la edad en que el deseo aguija y la ambición despierta al alma de los perezosos sueños juveniles, no hallaban instrumentos para su actividad ni perspectiva para sus deseos, ni cauce para sus labores legítimas, en el cultivo rutinario, trabajoso, poco remunerativo, de tierras alejadas de los grandes mercados, ni en el servicio de industrias raquíticas y contrahechas, ni en un comercio ajeno y sórdido, no bien visto en el país por ir manchado de un descarado empeño en obtener de la tierra más provecho que el natural y honrado. Desdeñoso siempre de la vida, jugaban al azar de las batallas, a la más leve ocasión, su prosperidad o su muerte. De esta disposición, meramente económica; de esta desigualdad entre las demandas legítimas de la vida, acrecidas por un clima lujoso y un sol caliente, y los medios de satisfacerlas; de este desasosiego del hombre fuerte y fiero de los campos, que no hallaba grato quehacer, ni qué hacer acaso, en mugrientas y rubes aldeas, o en campos abandonados, a cuya labor costosa, y a menudo estéril, no osaban atentar los mismos caballeros de la riqueza; de aquel malestar del hombre joven, deseador, mal enfrenado, sun-

tuoso, repleto de fuerza, en una tierra dormida, de cuyo seno parecía que sólo pudiese surgir el sustento de los hombres al fragor de la batalla, aprovechaban arteramente, con esa sonrisa lúgubre y fría de los que defienden cosas de su misma podredumbre muertas, los encendedores de discordia, que querían hacer pasar por sacudimientos políticos lo que no era más que desarreglos económicos. O ya era, como sucedió alguna vez, que los desocupados de todas estas guerras, o los desairados después de ellas, reunidos por el despecho, el apetito o la necesidad de sacudir la holganza, se juntaban en guerra formidable, alzaban bandera de una reforma accidental y confusa, y triunfaban.

Pero las fuerzas extraordinarias, en los hombres como en las tierras, por coartadas y oscurecidas que anden, surgen siempre. Nos parece, aunque, acaso por ver el suceso de cerca o con anteojos de pasión, no se vea por todos tan claro, que la nueva era económica, acelerada por estas cuantas palletadas de oro que echan en los hornos de México los norteamericanos, hoy sobranceros, de caudales, comenzó con la extinción del imperio; esto es: con la victoria definitiva sobre los mantenedores de la oligarquía teocrática en México. Desmayados de aquel golpe, apenas pudieron ya, de vez en cuando, en lugar de aquellas guerras tremendas y devastadoras que azuzaban antes y capitaneaban, arrimar la tea apagada a aquellos puñados, en México perennes, de descontentos o desocupados de las guerras. A poco de esto, asaltó los montes, llamando con grandes voces a la tierra adormecida, la locomotora de Veracruz, que puso en fuga a los bandoleros de las cercanías, a aquellos ociosos de antaño, con más presteza y éxito que el ejército más afortunado. No parece que el avandrén de las

locomotoras libre de obstáculos la vía, sino de malvados. En descanso ya las armas de los que tantos años las esgrimieron noblemente en México por asegurar al hombre contra convenciones religiosas y rezagos autocráticos, el ejercicio de sí, y no tan ocupadas, en virtud de la última derrota estrepitosa, las lanzas de los peleadores de alquiler, comenzó el suelo a dar flores durante el sueño, apenas interrumpido, de la guerra; y ha dado tantas, que no parece que la guerra misma, maravillada de tanta hermosura, tenga valor de atentar a ella, sobre que el aroma de las flores de la tierra cultivada se desciñe, por mágica virtud, y vienen al suelo los arreajes y aprestos de la guerra.

Nos mueve a esas reflexiones, que aquí de mal grado interrumpimos, el amistoso informe que de México en 1882 publica ahora el caballero Strother, cónsul general de los Estados Unidos en México. Oírle es asistir a fiesta de encantamiento. Parece que los hombres todos se levantaron a la vez de un sueño, y éste seca un río, aquél perfora un monte, el otro lo vacía, tal destila oro, cuál levanta un pueblo, cuál, enarbolando una bandera blanca y puesto el pie sobre otra roja, se entra, a la cabeza de una locomotora, por la selva que abate a su paso las copas solemnes, y carga los vagones de sus frutos pródigos. Dice el cónsul Strother que al grueso dinero de plata sucede—¡ojalá que no sea, para evitar males futuros, con ciega presteza!— el papel moneda. Dice que no hay alba que no se anuncie con un nuevo descubrimiento; que no hay substancia de aquellas diversas que a millares da la tierra, que no esté ya sacada a luz y en vía de industria; que están llenas las mesas de los Gobiernos de peticiones de Compañías que quieren sembrar plantas de tejer, y trocar luego sus fibras en cuerdas,

papel, velas, vestidos; que los pozos de oro abandonados se reabren, y vetas ignoradas salen a luz, y nuevas máquinas hidráulicas ahuyentan a las ruedas con que aun socavan en México las minas; que todo es mina de hierro, carbón y petróleo; todo esperanzas, donde el limpio maguey alza sus hojas, y en los campos abiertos, que se visten de gala para recibir amorosamente a los ferrocarriles—¡gran desposorio nuevo!—todo es trigo y cebada, maíz, caña de azúcar. Plantan la vid, que ya se daba en los Estados de la frontera del Norte; domicilian la morera, que no estaba tampoco descuidada, porque México ha sido siempre tierra ávida de arte y ciencia, y tiene para su cultivo como privilegios naturales; traen de tierras lejanas caballos de buena alzada, que se cruzan con aquellos febriles y majestuosos de Aguascalientes; traen, y los sientan entre los indios benévolos y atentos, blandos siempre al amor, campesinos de Italia, vicultores de Francia, suizos honrados y alemanes fuertes. Entran al país nuevas semillas de árboles y hombres. Lucen en los cortijos los arados de acero y trilladoras. Y el Gobierno, puesto al lado del pueblo, se ocupa en abrir puertas a las industrias y a los cultivos; y no, como otros, en cerrarias. En suma, y aunque nos duela sacar los ojos del informe del cónsul Strother, que en este tenor dice muchas cosas buenas, con dos hechos de gente de pelear pondremos punto a este artículo.

No bien entró, de vuelta de su cruzada épica, a gobernar en paz a México, aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres al lado de Bolívar, don Benito Juárez, en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce, volvió armas contra él un capitán de guerrilla que años enteros había estado ba-

tallando en su favor. Ayer mismo, al grito de Juárez, sacudía la lanza sobre los amigos del imperio; y hoy, al amanecer, vencidos los amigos del emperador, sacudía la lanza contra Juárez.

Y es fama que le dijo una persona de pro, con palabras históricas, al cabecilla reacio:

—Pero, maldito, si has estado doce años peleando por don Benito, ¿por qué ahora que ha ganado peleas contra él?

—Porque yo peleo contra el que manda.

Esto era aún diez años hace; y ahora es esto:

Antes se vendían en México, por cada diez pesos de instrumentos de agricultura, cien pesos de armas; y ahora se venden diez de armas por cada cien pesos de instrumentos de agricultura; y un cabecilla famoso, que jamás había sacado del lomo de su caballo la silla de batalla, dejando su corcel de guerrear atado a un árbol viejo, bajó pocos días hace a la ciudad, según Strother cuenta, y compró dos arados.

LA INDUSTRIA EN LOS PAISES NUEVOS

Florece hoy en México la industria, y como están entrando en el país capitales nuevos; como es sabido que a la voz de las locomotoras la tierra abre sus senos; como se están poniendo ya en circulación los capitales del país, antes tímidos y enmohecidos o consagrados a la cómoda usura; como va a haber más gente a quien vender y más dinero con que comprar, las industrias de México se avivan y se ponen en pie para seguir a la par de la corriente que empuja, tiempo arriba, a la nación.

¡Qué bueno fuera que, con ojos seguro, los acaudalados del país se diesen a ayudar las verdaderas industrias de México, que no son las imitaciones pálidas, trabajosas y contrahechas de industrias extranjeras, sino aquellas nacidas del propio suelo, que ni para nacer ni para vivir necesitan pedir prestado el alimento a pueblos lejanos, sino que traba-

jan de cerca e inmediatamente los productos propios! Y ¡qué malo fuera que en vez de echar por este campo industrial, fértil, ancho y legítimo, se diera México a emprender una lucha desesperada, penosa e infecunda, para colocar en su territorio a altos precios productos que, aunque se puedan *hacer mecánicamente* en el país, *no se pueden económicamente hacer*; esto es, no se pueden producir de una manera ventajosa para el país y vencedora de las industrias similares rivales!

Pues ¿dónde hay caudales mayores que en los Estados Unidos? ¿Dónde han llegado a tal desenvolvimiento la asociación y el crédito, que son las dos claves con que ha de leerse en el interior, a primera vista maravilloso, y en verdad sencillo, de este pueblo? ¿Dónde se cerraron jamás con más dureza las puertas de la nación a los productos de las industrias que cultivaban los fabricantes nacionales? Pues en no siendo en aquellas labores que legítimamente arrancan de su propio suelo, y se dan naturalmente en él, en las que llegan a pasmoso desarrollo las industrias americanas, no han podido aún acercarse a sus rivales perfectas de Europa, a pesar de que no hubo nunca país industrial favorecido a la vez por capitales tan grandes, por tal monto de condiciones generales benéficas y por suma tan recia y severa de leyes prohibitivas.

Pueblos nuevos que han de vivir con sustos y trabajos, aun en medio de alzas aparentes y de irrupciones vertiginosas, hasta tanto que se serene la polvareda de la marcha y se vea qué queda después de ella; pueblos nuevos a quienes el ansia ajena y la propia pueden llevar, como globo con exceso de gas, a alturas donde la atmósfera ya no es respirable; pueblos nuevos, sin los beneficios, crisoles y tamices de la experiencia, que depura

y decanta, y deja lo útil, sino con los hervores, prisas y ceguedades de la mocedad, pagada de lo premioso, fantástico y brillante; pueblos nuevos sin facilidades mecánicas generales, ni habilidad hereditaria, ni grandes organismos industriales que favorezcan la producción, ni comodidad geográfica, ni posibilidad racional para enviar a distancias considerables, por vías caras, productos imperfectos, a luchar en los mercados donde éstos se dan naturalmente perfectos, sin transportes que los graven ni viaje que los deteriore, y más baratos; pueblos nuevos sin abolengo, ni vecindades, ni constitución industriales, no pueden producir ventajosamente industrias que vienen siendo el patrimonio, necesidad espoladora y ocupación secular de países poco fértiles, donde la pobreza de la tierra aviva el ingenio; de países constituidos industrialmente, de manera que el arte mismo es torcido a los propósitos de la industria, y las escuelas, los talleres, las leyes mismas, talladas de manera que coadyuvan a las grandezas y facilidades industriales. Los Estados Unidos, con relojeros en todas partes del mundo, con caudales pasmosos y con la legislación más amparadora de los productos nativos que puede apetecer pueblo alguno, producen a 2,75 pesos fuertes, relojes inferiores en seguridad, material y apariencia, a los que pueden por cinco francos obtenerse en Suiza.

Es imposible, por otra parte, que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial. Es imposible que tan gran reino vegetal no traiga en su diadema, todas de joyas nuevas, industrias propias y originales. Es imposible que del maguey no surjan nuevos telares, nuevas ruedas de dientes poderosos, nuevos cobertores, nuevo cordelaje, nuevos paños, espíritus

nuevos. Es imposible que tales riquezas industriales queden en abandono o en desmayo; porque lo que tiene razón de vivir trae consigo tal pujanza, que no hay preocupación de escuela, ley hostil o capricho pasajero que lo ahoguen. Y bien puede ser que haya en México industrias viables, que en el primer momento no lo sean, por ser también industria de otros países; mas a esto viene el genio industrial, que prevé que, a la larga, por dolorosos que sean los comienzos e idénticas a las propias las ventajas del pueblo rival, no podrá suceder al fin que en el propio suelo venzan, ni asomen a lidiar con los productos directos, otros iguales que, aunque sean también directos en el país que los produce, tienen que echarse a la mar y salvar tierras para entrar con armas ya vencidas en el combate. Es, pues, de alentar toda industria que tenga raíces constantes en el territorio que la inicia; es de rechazar como una rémora, como una catástrofe vecina, como un vicio de la mente, como un mal público, toda industria que, sin más mercado que el reducido del país propio, se empeñe en vencer, por sobre constantes e incontrastables elementos adversos a industrias perfectas, antiguas, probadas y baratas, cuyos productos pueden venir, sin pérdida inútil de fuerza, fe, tiempo y caudales nacionales de otros países.

New-York, junio de 1883.

UN TRATADO COMERCIAL

No ha habido en estos últimos años—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada—, se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América latina que comer-

cian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablemos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros pueblos interesa: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

Los artículos 1.º, 2.º, 6.º, 7.º y 8.º, son los más notables del proyecto. En el primero se establecen todos los artículos de producción mexicana que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga a admitir libres de derechos. En el sexto se estipula que ni una ni otra nación gravará con derechos, a su paso por ella, ninguno de los productos declarados de entrada libre en el país, cuando hayan de consumirse en la misma nación; aunque por el séptimo artículo se autorizan mutuamente ambos pueblos contratantes a gravar estos productos, a su paso por su territorio, siempre que pasen por él, no para quedarse en alguna comarca de él, sino para ser consumidos en otro país. Y el octavo fija en doce

meses el tiempo en que, después de la aprobación del tratado por ambos países con arreglo a sus constituciones y cambio consiguiente de ratificaciones, han de tomarse las medidas y dictarse las leyes necesarias para que el tratado entre en vigor.

Nada dará una idea tan efectiva de la magnitud del suceso en proyecto como la enumeración de los artículos que cada uno de ambos países se obliga a aceptar en su territorio libres de derechos.

Los Estados Unidos libertan de toda contribución de entrada por sus puertos o fronteras a cuanto México exporta, puesto que apenas hay producto del suelo mexicano que no quede exento de derechos en este proyecto. Y es de notar que ha puesto mano en el tratado, de parte de México, hombre previsor, puesto que en la exención se incluyen ramos que no existen aún en México sino en porción insignificante, pero que, por la obra del tratado mismo, han de cobrar pronto desarrollo e importancia. Quedan exentos de derechos los animales vivos, la cebada, si no es de la que llaman perla; carne de vaca, café y huevos, esparto y otras gramineas, que en los Estados Unidos usan, entre otras cosas, como materia prima del papel; toda clase de flores, toda clase de frutas, las cuales son comercios llamados a deseavolvimiento notable e inmediato, no bien haya ferrocarriles que enlacen, sobre todo del lado del Atlántico, ambos pueblos; pieles de cabra sin curtir; todas las variedades del henequén y cuantas puedan sustituir al lino: cuerdas de cuero; cuero sin curtir; pieles de cabra de Angora, sin curtir y sin lana, y pieles de asno; goma de la India; el índigo tan bueno en México; el ixtle o fibra de Tampico, susceptible de aplicaciones tan varias; jalapa, maderas de tinte y todo grano o insecto de teñir; mieles, aceite de palma y

de coco; mercurio, zarzaparrilla cruda y substancias similares; paja no trabajada, azúcar que no exceda del número 16, holandés en color, tabaco en rama, no elaborado; cuantas legumbres produce el país y cuantas maderas de fábrica—aunque no han de estar trabajadas—pueblan sus bosques; exención, ésta última, de marcada valía, si se tiene en cuenta cuánto abundan las costas de México en muy buenas maderas empleables en la construcción de los buques, y la posibilidad de que, cediendo al fin al clamor nacional, se deroguen pronto en los Estados Unidos las leyes que hacen ahora punto menos que imposible, por lo excesivamente cara, la construcción de buques en astilleros de la nación.

En cambio de estas ventajas, México abre sus puertas a todos los productos de hierro que por la mala obra y falaz beneficio del sistema proteccionista sobrecarga hoy a los mercados americanos, enfermos de plétora; a cuanto se necesita para levantar pueblos, como por obra de magia; para desmontar selvas, para quebrar montes y echar, por donde andaban sierpes y fieras, ferrocarriles. Sin más que pocos productos del suelo, para dar de comer a los nuevos habitantes, con lo que este artículo permite libre de entrada en México, puede construirse, como por obra de soplo fantástico, toda una nación. La lista es tan numerosa, que absorbería todo nuestro espacio; ¿qué necesitamos decir, si a lo que va dicho añadimos que el artículo permite la entrada en México de cuanto un pueblo necesita para arar toda su tierra, y sembrarla toda, y alimentar a los agricultores mientras produce, y remover y exprimir las aguas de los ríos, y penetrar y hacer saltar las ricas minas de todos sus montes?

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase ni aumentaría en cantidad sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría a coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como éste, merced a su perfume y vigor, no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan, para el súbito crecimiento a que están llamados, más vías por donde ser conducidos—las euales están haciendo—y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones agitadas y antipáticas de bolsa, por las que comienza a haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo mercado para muchos productos que les sobran y se ayudan a mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde a competir con las más perfectas

européas. Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan a esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables—fatal consecuencia del sistema de la protección—e introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos—¡los más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente—dejando por un momento a un lado su tabaco, el que no cuida como debe—, de los azúcares que envía, por mar y con derechos graves de exportación e importación, a los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna; tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba; pero azúcar sí puede producir-

lo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente e inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra y la facilidad de la colocación del fruto, producirá México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, a cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y Estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del comercio libre con México, ahogarán los clamores de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción. ¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles, y producibles de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirán, aun con igualdad de derechos? Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centroamérica y de la América del Sur, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora super-

abundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, al país más cercano.

Tales apuntes nos sugiere hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos de tanta valía como el *Sun*, de New-York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al Gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de Aduanas—, se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir y a abandonar, acaso, sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa Compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcan-

ce, de tan profunda transcendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima a explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

New-York, marzo de 1883.

MÉXICO, LOS ESTADOS UNIDOS Y EL SISTEMA PROHIBITIVO

Más que palabras propias, que, por venir de labios latinos, podrían parecer alardes de teoría, importan las que al pie traducimos, en que el *Herald*, diario de hechos, que tiene para ellos un ojo limpio, frío y, a menudo, brutal, censura a su modo, con claridad igual a su crudeza, el sistema proteccionista, que apenas compensa al país con el beneficio de adquirir algunas industrias imperfectas, de los obstáculos que al amor de ellas se levantan, de la áspera contienda entre los industriales favorecidos y tercios y la nación gravada y ahogada, y del daño y riesgo en que pone a un país la acumulación de una población industrial que se ha de hallar al fin, por lo excesivo y caro de su producción, sobrada para el país y muy cara para los ajenos, en revuelta ira y hambre. Es lo peor del sistema proteccionista, usado siempre con la previsión de que

sólo se le tendrá en vigor mientras favorece la creación de las industrias nacionales, que éstas no le permiten luego detenerse donde debe, sino que, engolosinadas con los fáciles rendimientos que al principio, con un país entusiasta y no surtido, logra, no quieren abandonar los privilegios adquiridos, aunque de ellos sufra el país en cuyo beneficio se instituyeran; porque el sistema proteccionista, que se crea para que la nación se haga manufacturera, y, por tanto, rica y poderosa, no se mantiene luego sino por un grupo de industriales, ricos y poderosos, a costa del malestar y estrechez crecientes en la nación.

Como siete años hará, cuando el *Herald* no preveía, por cierto, lo que ahora lamenta, que la misma mano que estas cosas escribe en *La América* sobre México, las escribía en México sobre aquel país de corazón caliente y tierra valiosa, y sobre esta otra tierra, cuyos apuros de ahora ya de entonces los veedores de ojos claros alcanzaban; lo cual recordamos porque es manía, entre gente de poco meollo, de esa que toma a ciegas puesto en bandos y generalizaciones, que, por el hecho de escribir desde los Estados Unidos, todo lo que se escriba, aunque sea tinto en la propia sangre y sacado del metal más puro que vetee por las minas del cerebro, ha de ser norteamericano; el soldado de fila no ve nunca los ensueños de gloria o deleites de sacrificio que iluminan o enternecen, en la hora del combate, los ojos del capitán.

Como siete años hace, decíamos, con nuestra previsión latina, lo que ahora, después de su experiencia sajona, reconocen los que a su costa lo tienen aprendido.

Los Estados Unidos, vivo ejemplo hasta ahora de las ventajas aparentes del sistema proteccionis-

ta, se revuelven contra él, como Neso haría contra su túnica, y por boca del *Herald*, que en esto hace coro a todos sus diarios, dicen, a propósito de su falta de arraigo actual y acaso de arraigo futuro en el comercio con México, lo que les inspira su posición económica presente, consecuencia grave, si no formidable, del empleo desatentado y pleno de los métodos prohibitivos.

Dice el *Herald*, y como el *Herald* tipifica, en muchas cosas guía y en todas refleja bien a su país, no es de perder nada de lo que en estas cosas dice:

"Aun ahora, los ferrocarriles que desde este país están siendo introducidos en México, están casi exclusivamente bajo el poder de ciudadanos de los Estados Unidos, y el capital americano se ha invertido en considerables cantidades en empresas de México. Cualesquiera que hayan sido nuestras desventajas cuando sólo existía entre los dos países el comercio marítimo, los norteamericanos poseeremos (y este futuro lo expresa el *Herald* con su *will* absoluto, y no el *shall* que deja abierto campo a la posibilidad o a la duda, el *shall* cortés), todas las ventajas comerciales que deben surgir de la determinación de los ferrocarriles.

"Si, todas las ventajas; pero si decidimos aprovecharnos de ellas. El mercado de México pertenece naturalmente a los Estados Unidos; pero por desdicha no se tuvieron en cuenta, sino que se alteraron estas condiciones naturales, y se estableció en su lugar un estado de cosas puramente artificial e innatural, por lo tanto, que ha venido a poner en manos de otras naciones un mercado que hubiera podido estar en las nuestras, y que, al paso que van siendo más favorables las condiciones en que se mueve, está en camino de ir creciendo casi indefinidamente. En los años 1882 y 1883 las expor-

taciones de México a Inglaterra aumentaron en cerca de siete millones, mientras que las exportaciones a los Estados Unidos aumentaron sólo en tres millones; resultado que es todavía más lamentable en lo que se refiere a la exportación de metales preciosos, de los que Inglaterra importó de México en 1883 cerca de \$ 500.000 más que en 1882, y los Estados Unidos más de 600.000 menos.

"De nuevo preguntamos: ¿tendrán los Estados Unidos el mercado de México? No lo tendrán, decimos, a menos que no haya un cambio en nuestro sistema de comercio. México posee en abundancia las materias primas de la industria, y las industrias de los Estados Unidos necesitan precisamente de esas materias primas para poder reducir el costo de producción de sus artículos, y exportarlos a México y venderlos en competencia con las naciones europeas, que están ahora surtiéndose de aquellos materiales baratos. ¿Qué condiciones pudieran ser más favorables para un tráfico mutuo, que para ambas naciones sería ventajoso? Y ¿cómo caracterizaremos el estúpido y suicida sistema de comercio, mantenido por nuestra tarifa y nuestras leyes de navegación, que hace imposible ese beneficioso cambio? El carácter egoísta del sistema de protección es harto bien conocido para que se requieran ejemplos que lo pongan en claro; pero si algún ejemplo se necesitare, el rechazamiento del tratado de reciprocidad con México lo proporcionaría. México ha puesto mucho de su parte para abrir comercio con los Estados Unidos; los artículos que exhibe son los que en los Estados Unidos deseamos, y la generosa ayuda dada por México a los ferrocarriles demuestra su afán por establecer relaciones mercantiles con nosotros. Pero nosotros tranquilamente desdeñamos los ofrecimientos de

nuestros vecinos, y preferimos mantener una política de aislamiento que está arruinando todas nuestras industrias y deprimiendo todos los ramos del comercio y la manufactura. Nosotros invitamos fríamente a otras naciones a que recojan las grandes ventajas que el comercio con México ofrece, y debemos pagar caro esta conducta si persistimos en ella."

Dice eso el *Herald*.

Por lo que hace al tratado, cierto que debe haberlo entre México y los Estados Unidos; y los que del lado latino, por prever males, no lo quisieran, no saben que, con cerrarle totalmente la puerta, acumulan males mayores que los que pretenden evitar; así como los acumulan por otra vía, aunque con igual término, los que apresuradamente urden y azuzan tratados de naturaleza tan grave. Tratado debe haber; pero no aquel que se proponía, y yace, en buena hora.

Y por lo que al sistema proteccionista hace, y lo que con él ha pasado en los Estados Unidos, ¿no será que el sistema proteccionista sea como esos cercados de madera de que se rodea en sus primeros años a los árboles tiernos, pero que luego, cuando ya se alza fuerte y gallardo el arbolillo, es necesario remover para que no oprima el tronco, que de todos modos ha de echar al fin el cercado a tierra?

New-York, febrero de 1884.

ADELANTOS EN MÉXICO

Recuerda México a un buen caballero de un libro encantador del inglés Bulwer Litton, admirable libro, llamado del nombre de su héroe *Kenelm Chillingly*; el cual caballero inglés, sir Leopold Travers, luego que gastó, con bríos de mozo, en querellas de amor y lujos sociales, sus primeros años y dinero, vió una buena mañana que por aquel camino iba a ambas ruinas, y sin dejar de una vez el trato ameno y espacioso de las gentes cultas, que es para el espíritu como la sazón para los manjares, se dió muy buenamente a mejorar sus campos; apuntalar y reforzar sus agrietados caseríos, abonar y sembrar sus empolvadas tierras y cruzar y embellecer sus animales. Y cuidaba con grandísimo amor su buena vaca *Durham*.

México, de vuelta ya de sus querellas de amor y nobles arrebatos del mocerío, ha puesto los ojos en

su hacienda pingüe abandonada, que, sin duda, triplicará en valor, con el cuidado, como triplicó a vuelta de pocos años la de sir Leopold Travers.

Ayer decíamos que México sembraba su valle; ahora diremos que México se ocupa activamente en la mejora y cruzamiento de sus ganados, en el modo de subir de alzada el nervioso y lindo caballo de Aguascalientes y llevar nuevas yeguas a Guanamá, La Gavia y Cruces, buenos criaderos donde ya escasean, y poner buena semilla en las receptoras afamadas de Tantoyuca.

Así como Guatemala, ganosa de mejorar la pobre especie de sus quinas y de sembrar en profusión un árbol cuyo consumo aseguran las numerosas industrias que lo usan, llama a que reconozca la tierra y presida la siembra a un hacendado de Ceylán, de habilidad probada en estas labores, así México pide informes sobre las razas cabalares y tipos que fuera conveniente cruzar, y sistema que ha de seguirse en el cruzamiento, a una notable persona, rica en conocimientos de zootecnia.

La ciencia toda del cruzamiento cabe, al decir de este informador, en una sola frase: "que productores y receptores sean entre sí lo más alejado posible en sangre y genealogía". Y así los hijos heredarán los dobles caracteres salientes de ambos padres, que, por no asemejarse entre sí, no se funden en un hijo de cualidades pálidas y neutras.

Yeguas, no las hay mejores que la de Kentucky, y si tienen alguna sangre de aquella fogosa y pura de la Pampa, más apreciadas son todavía. Kentucky ha dado a los Estados Unidos esos caballos de veloces remos y de pechos anchos que hacen fruncir el ceño a los arrogantes criadores de Inglaterra, más de una vez vencidos por los nerviosos potros kentuckianos.

Y estas yeguas de Kentucky podrían dar excelentes hijos si se les llevasen padres árabes, no el Kadischi, de oscuro abolengo y tal vez mal mezclado, ni el Attechi vulgar, ni el pesado Nedgedde, ni el Montific mismo, con ser noble y de casta probada, sino el Kochlani, soberano y esbelto; el leal y fogoso Kochlani, ala y amigo del corredor beduino, hijo de aquellas caballerizas afamadas del rey Salomón. ¡Gran rey aquel, que, sin monumentos y sin prensa, saca tantos codos por sobre los hombres y los pueblos de su tiempo, que se le ve entero y como vivo todavía! ¡Oh, fama, sueño y entretenimiento de los niños!

Para las receptoras normandas, el informador mexicano quiere semilla de pampas, en cuya sangre ágil y briosa ponen ópima vida los succulentos jugos de aquellas yerbas vírgenes en que saca afuera su pujanza exuberante la tierra de la República Argentina. Hijos diestros y recios a la par nacerán de la normanda de anchos cuartos y nervudos remos, poderosa tiradora, y el pampa centelleante y flexible, en cuyos ojos vivos se hallan a veces relámpagos de ojo humano; no en Kentucky sólo; en Louisiana, Philadelphia, Ohio y California tienen por yeguas excelentes las que algo conserven del caballo pampa. Gozan gran fama de ligeras trotadoras.

A la receptora bolonesa, madre de esos valientes y pundonorosos caballos de campo, que, como a hermano suyo, cuida el labrador francés, vendría bien el semental inglés de sangre pura, el *blood horse* aristocrático, de elástico músculo y remos alados.

A la andaluza de paseo, de fría y acabada hermosura, el turcomano de fatiga, tan largo y desencajado como perspicaz y resistente.

Las peludas, ponderosas y colosales yeguas del Perche, madre de los percherones de gran pecho, velludo espolón, pezuña abierta y cuartilla corta, debieran ser cubiertas, como las normandas que en sus usos campesinos y fuerza se les parecen, por los Kochlanis elegantes.

Las artilleras de Jerez, hijas de árabe y normando, mansas y duras, darían gallardos hijos, bellos y trabajadores, si las cubriesen los *racers* ingleses, de miembros férreos y delgados, competidores hábiles del viento.

Para la yegua francoárabe, que da a los campos de guerra sus mejores corceles, se aconseja el refinado Kentucky en quien se concentran las razas opuestas.

A yeguas mexicanas, de variada índole, añadirían propiedades nuevas, mezcladas cuidadosamente en relaciones opuestas, los percherones poderosos, los berberiscos, hijos de árabe y nómada, que han dado buena semilla a los críaderos de Inglaterra, y los enjutos e infatigables mecklemburgueses.

Las yeguas de Philadelphia, altas, recias y hermosas, casarían bien con los sufridos y nobles aragelinos.

Es la hacienda para un pueblo como los aposentos de la digestión para un individuo; y toda turbación o pobreza en aquella trastorna al pueblo, como la falta de alimento o alimentación irregular trastorna y hace ineficaces o dañinos todos los demás órganos del hombre. Hasta en el exceso se parecen pueblo e individuo en ambas cualidades; que cuando hay plétora de hacienda oscurecense la virtud y sano sentido en las naciones, como en el hombre el juicio cuando ha puesto en sí cantidad excesiva de alimento.

México, que hace tan bien en imitar al caballero Travers y en arreglar cuidadosamente su sistema de creación y circulación de la riqueza, da prueba nueva de previsión y limpio entendimiento imitando a aquellos bravos caudillos feudales, menos románticos, acaso, de lo que pintan aisladas leyendas, que de sus guerras con mahometanos hallaban descanso en traer, como Ricardo Corazón de León, galanos caballos del Oriente, para mejorar las crías normandas, o en crear, como *Juan sin tierra*, cien sementales muy buenos de Holanda, el caballo de tiro valioso de que hoy se envanece Inglaterra.

Los pueblos, hombres magnificados, como los hombres tienen su edad de predominio de imaginación, y de predominio de razón. Caldea aquélla la máquina, que luego lleva a espaldas tren lujoso. Ya México prepara el tren de lujo.

Y hace bien, por cuanto es bueno pensar en la esencia de la vida al pensar en sus formas, y ver de mantener aquélla para que prosperen éstas; hace bien en buscar modo de celebrar tratados eficaces y de inmediatos y equilibradores resultados con todas las naciones de la Tierra, en la razón en que deben estar las receptoras con los sementales: veinte a uno.

Lo cual no es fórmula cabalística, sino vital e interesantísimo consejo.

MÉXICO EN «EXCELSIOR»

Los lectores de *La América* conocen, porque en nuestro número del mes de junio se les describió, el baile suntuoso que, como un himno cantado por los colores y los miembros armoniosos del cuerpo humano a las conquistas del hombre sobre la Naturaleza, han dispuesto, con notable alcance en el pensamiento y lujo en la forma, sus afortunados autores.

New-York exhibe ahora el baile *Excelsior*, sin aquella plenitud de buen gusto con que, como flor inmensa que se abre en cesto de oro, lo exhibía el teatro Edén a los parisienses; pero con no menor riqueza. Cuando a nuestros ojos latinos asoman las lágrimas ante la dolorosa agonía, presentada en apropiada mímica de los ingenieros franceses que creen haber errado sus cálculos y desesperan de haber venido abriendo el túnel del lado de Fran-

cia en la misma dirección en que lo venían abriendo del lado de Italia; cuando se dilata el alma jubilosa y se sonríe dichosamente, como cuando se acaba de conmover a los hombres con una palabra o arrancar un hecho nuevo a la Naturaleza; al ver entrar, al fin, lleno de abrazos, por el agujero abierto de ambas partes en el mismo lugar del túnel, al primer obrero italiano que dobla en tierra la rodilla, saludando con los llorosos franceses a un dios nuevo, el público de Niblos Garden apenas aplaude. Generalmente no aplaude. ¡Hay entonces poca luz, poco color, pocas damiselas en la escena!

Pero luego es de ver, en Ismalia, el baile de todas las naciones. Todas están allí, en sus trajes peculiares y pintorescos; algunas faltan, que se están elaborando en la sombra y purgando pecados antes de subir a la morada de la Libertad; otras sobran, ya degeneradas y caídas, más hechas para ser bebidas de un sorbo por una sedienta bailarina, como el reino de Nápoles, que para llevar sus armas de abrir istmos en el cortejo de la locomotora prepujante, clarín de casco plumado de los ejércitos modernos.

En esa escena de *Excelsior*, en que los pueblos todos de la Tierra se juntan, en clarísimo espacio, por todas partes matizado—como por lenguas de gozo—de banderas, a celebrar la unión de los dos mares, aplauden los espectadores noche tras noche un curioso baile a cuatro, que viene después de magnífico quinteto bailado en que la Civilización, en saya corta, y la Luz, con casco y largo manto relumbrantes, disputan a un cruel señor de esclavos, azuzado por el genio negro de la Oscuridad, un pobre siervo desnudo y maltrecho, con quien la Civilización, al cabo victoriosa, baila en conyugal abandono el paso de la igualdad y de la paz; todo

lo cual, con ser mimica y tener grano de chiste, conmueve, y enseña, y habla al juicio, y humedece los ojos.

Y en el baile de a cuatro, en que un inglés, todo vestido de dril blanco, figura a Europa, y a Asia un chino de ancha toga de seda, casco mondado y bigotes cadentes, cuyos extremos danzan como brazos de pulpo a los caprichos del aire, que el chino sacude con inquieto y cínico abanico, México ha sido elegido para representar a América; mas no de ridícula manera, como el inglés, que baila en la escena cancan descoyuntado, y el chino, que acompaña la animada orquesta con brincos y escarceos de ardilla loca, sino de garboso y cuasi heroico modo, y como caballero de la Civilización, que con igual brío la arrebatada de los brazos del chino que de los del inglés, cuando en los accidentes del baile se escapa a ellos.

A mayor atrevimiento, mayor honra. México se dió, en su lucha contra Europa, tamaños de pueblo; y hoy, cuando quiere un europeo simbolizar la América, la simboliza en México.

No por indio, tocado de vistosas plumas y vestido de blancos algodones, y sobre ellos colgantes del pecho gruesos trozos de horadada obsidiana, y en los dedos, muestras ricas de aquellas labores de oro que tan sutilmente hacían los artífices aztecas; no por indio de tiempos de antaño está representado México en el baile, sino por charro gallardísimo, de vestido apropiado y lujoso, a quien sólo sobran unas como monedillas de oro que le cuelgan del borde del sombrero. Su parte en el cuarteto no es la de Sganarelle, sino la de don Juan. No le engañan, ni se da ocasión a que se burlen de él. Es el amante preferido de la dama, a quien su valor rescata siempre de los brazos rivales. Y en la mú-

sica misma, el zapateo que el mexicano y la Civilización bailan, que no llega a ser el melodioso jarabe tapatío, interrumpe, como dúo de amor entre carcajadas de payasos, las notas saltarinas y compases descuadrados que acompañan las piruetas carnavalescas del chino y del inglés.

De todo lo cual, aunque parece cosa pequeña, se deduce que, a la larga, todo pueblo saca ventaja, por la fama que asegura y respeto que inspira, de haber sido heroico...; así como queda para befa y mote cuando tarda en serlo.

New-York, octubre de 1883.

EL CRISTIANO Y LA CURIA (1)

Hay allá en el Perú una bellísima comarca, lozana y exuberante, llena de árboles y flores, que los antiguos naturales llamaron Tacna, y que con este mismo nombre fué feliz cuna primero y luego ascético regazo del muy grande y muy ilustre Francisco de Paula Vigil.

Apartados en México de aquellos lugares que debieran, por la comunidad en el origen y semejanza en el desarrollo y el objeto, estar unidos a nosotros con apretada amistad, acontecen en las Repúblicas del Sur, trascendentales sucesos que llegan a nos-

(1) Este capítulo y los siguientes, relativos a asuntos mexicanos fueron publicados por Martí en la *Revista Universal*, con el título de *Boletín* y firmados con el seudónimo de *Orestes*. Nosotros los tomamos de la colección donada a un redactor de *El Mundo*, de la Habana, por el publicista Antonio de la Peña Reyes.

otros en forma lenta y descuidada; y en el olvidar de cosas útiles y darse a diaria vida, no nos parece tan grande el suceso, ni aquí podemos conocer su justa importancia y cabal medida.

Vigil acaba de morir en el Perú, y con él vase de la tierra un cuerpo, mas no la doctrina de razón y de luces que conoce y ama su patria afortunada. Es la de Vigil vida extrahumana y mística; vivo que tuvo siempre puestos los ojos en el fondo puro de sí mismo, la mano caritativa en la mano de los menesterosos, la previsión en la fortuna de su patria y el pensamiento en las altezas presentidas que miden por nuestra pequeñez la grandeza y excelencia post-humanas.

Vigil tuvo desde niño gustos de soledad. Su ánimo grande necesitaba un grande espacio. Es vivir andarse perpetuamente preguntando sobre cómo el ser íntimo augusto se acomoda a los ajenos extravíos y dirige los suyos propios. Pasan los años en querer pasar rápidamente sobre ellos. Examínase todo; descontentase el ánimo noble de sí mismo y de lo que ve; necesita lo ilímite invisible y lo busca en lo visible ilímite; tiene ansia de lo extenso y satisface un tanto su ansia con la contemplación y con el culto. Hay una religión: la inconformidad con la existencia actual y la necesidad, hallada en nosotros mismos, de algo que realice lo que concebimos. Hay muchas religiones; las formas de estas inconformidades y necesidades vagas, perpetuas y sublimes. En la única amó y pensó Vigil. El necesitó el culto, y se hizo templo en Tacna. El justificaba la religión, y la hubiera creado, a no haberla ya impura e imperfecta.

Va diciéndose con todo esto—que no quiere dar más idea brevisima de lo que fué—que era Vigil muy amante de la ciencia y del estudio, del que hizo

hábito tal, que llegó a extenuar sus fuerzas y a ocupar todas las horas de su vida.

No era extraño oír a las buenas y hospitalarias gentes de Tacna cosas raras y maravillosas de aquel joven melancólico y austero, a quien tenía toda la comarca como santo. Imaginaban ellos que la santidad es el colmo de la humana perfección, y así llamaban sin dudar a las virtudes y al dominio misterioso que aquella alma pacífica ejercía. La Curia, en tanto, lo lanzaba de su seno, y tenía como natal hijo de Dios al que los habitantes de su comarca tenían como augusto enviado suyo.

Y es que rechaza las miserias temporales el que en sí siente estos afanes puros que se informan en el ansia de morir y en el deseo de otra vida, y con más fuerza las aleja de sí el que tiene para ellas culto sin tacha y sin error, culto vago y tenaz de suave esperanza y de resignado sufrimiento, y a estas nobles altezas ve mezclado, como cabeza y corazón de ellas, el hábito del dominio, mantenido por errores, ambiciones y soberbias. Esto es lo católico de Roma, y Vigil era lo justo y lo cristiano. La forma atrevida y corrompida desconoce la esencia pura que ha abrumado y ha roído. El cristianismo ha muerto a manos del catolicismo. Para amar a Cristo, es necesario arrancarlo a las manos torpes de sus hijos. Se le rehace como fué; se le extrae de la forma grosera en que la ambición de los pósteros convirtió las apologías y vaguedades que necesitaron para hablar a una época mitológica Jesús y los que propagaron su doctrina.

Perseguido tenacisimamente por los secuaces de la doctrina ultramontana, tomó la contemplativa vida de Vigil hábitos más prácticos; volvió los ojos hacia su pueblo engañado; lo vió en manos de los sacerdotes católicos; lo veía abatido y extenuado

por la costumbre del servilismo y la obediencia; sintió herida en sí la independencia humana, y ni a su pluma ni a su palabra dió descanso en la difícilísima tarea de devolver a todo un pueblo abrumado el respeto y la conciencia propia. Como Lázaro, está muerto un pueblo que por sí propio no vive; recuérdase a un Mesías cuando hay alguien que lo sacuda, lo conmueva, lo anime y lo levante. ¿Hizo más alguien que Vigil? Vigil hizo en el Perú toda esta obra.

Difícilmente podía atacar la Curia aquella vida sin manchas. Todo crece con el cultivo, y la razón llega con el ejercicio a punto de lucidez y lógica invencibles; en vano luchaba el clero contra aquel espíritu clarísimo, entregado a la inquisición y predicación de la verdad. Hacían los católicos víctima al Perú de sus soberbias excitadas; escribió Vigil "La defensa de los Gobiernos contra las prescripciones de la curia romana", libro en toda la América leído, lleno de raciocinio vigoroso, de intento honrado, y de inflexibles deducciones, que a los hombres de ánimo liberal fortalecieron en sus doctrinas, y a los católicos hicieron dudar y vacilar.

Y así anduvo el justo de Tacna por la tierra: reanimando a los débiles, despertando a su pueblo, dando ejemplo con sus virtudes, dando vigor con su palabra. Con sus caridades consolaba a los pobres; con su predicación tenían también consuelo los pobres de espíritu. Ha muerto ahora, y Lima entera ha acompañado a la tumba a aquel que vive más después que ha muerto. Un pueblo era su cortejo fúnebre; todos allí se sentían hijos del que había animado aquel cadáver.

Murió hace algunos años en la Habana un hombre augusto. El había dado a su patria toda la paciencia de su mansedumbre, todo el vigor de su ra-

ciocinio, toda la resignación de su esperanza. También iba allí un pueblo a consagrar un cadáver.

Los niños se agruparon a las puertas de aquel colegio inolvidable; los hombres lloraron sobre el cadáver del maestro; la generación que ha nacido siente en su frente el beso paternal del sabio José de la Luz y Caballero.

Muere ahora en Lima otro espíritu puro, más ascético, no más sabio; más activo, no más abnegado. También su patria siente vivo en sí al ilustre hombre que ha muerto; también los hombres que nacen se sienten guiados de la mano por el que acaba de morir; también oirán los niños hablar de un hombre salvador; también veneran allí la casa solitaria de la hermosa Tacna, donde, en perpetuo trato con el cielo, adquirió un justo las fuerzas y la luz.

Así se es hombre: vertido en todo un pueblo.

Agosto 26 de 1875.

FAMILIAS Y PUEBLOS

Ocupación muy agradable fuera esta de departir con los lectores, si por ventura del boletinista diera la vida de México asuntos que pudieran ser buena materia de comentarios y pensamiento. No sería quizá justo decir que faltan completamente entre nosotros cosas graves que estudiar y que decir; pero a tratarlas con pleno examen se opone la naturaleza del periódico; y a mirar lo que ha de venir esta frívola constitución de nuestros hombres, apenas acostumbrados a pensar en algo más que en la fortuna propia y el aseguramiento de los días presentes.

Recházase hoy y desdénase todo lo que se ocupa en examinar hondamente males cuyos resultados no se palpen en lo visible de la situación actual; olvídase en mal hora que la lava de los volcanes se engendra en las entrañas de la tierra. Breve ima-

gen en la familia de los pueblos, con esta ley de analogías que andando a la par forman la progresiva vida universal; mira el jefe de la casa con empeño lo que dará a sus hijos holgura; a la madre, comodidad en la vejez; a la tierra que posee, adelantos; a la riqueza que forma, crecimiento; así transmitían los galos de generación en generación enriquecida la casa paterna; así iba la hoz sagrada de familia a familia como símbolo de constancia y de labor; así los hijos acrecían la obra comenzada por los padres, y con los nuevos productos se creaba la material ventura del hogar; y con la narración de los ancianos y de las sacerdotisas, la moral riqueza, nunca extinguida ni mermada en las generaciones sucesivas, que de día segaban las maldecidas mieses del romano, y de noche se arrastraban entre ellas, reptiles sublimes de la divina libertad, para llegar a la caverna oscura en que con el fuego de la palabra y de la ira, se templaban para el día de la redención las cadenas de la muy llorada, no vergonzosa, esclavitud.

Se iluminaban las tinieblas; así brillan en su eterna noche los ojos de los hombres esclavos. Vercingetorix tenía un hijo en cada galo que se arrastraba por la tierra. ¡Cómo es estrecho el periódico para decir lo que fué Vercingetorix!

* * *

Y de la pequeñez se iba a lo alto este soñador espíritu del hombre. Como que no cabe en lo que lo envuelve, y se va de sí; así de una palabra renace una memoria; y de ellas esta necesidad de lo anchuroso, va adonde altas criaturas y espacios anchos lo convidan a lo absoluto y a lo abstracto.

Pensaba el boletínista en el celo cuídadoso de los

padres por crear para los hijos venturoso y cómodo lugar; no es un ser que prepara vida a otros, es un hombre que atiende y piensa en la continuación de la vida de sí mismo. Hijo es ser propio; así el padre se afana tanto por el bien de los días que han de venir.

Y ve la actual generación mexicana como cosa nimia y fútil el cúmulo de males que estorban su rápido progreso, y que son ya elementos constituyentes de nuestra combatida nación. Han de pagar los hombres en trabajo y fuerza creadora lo que consumen. ¿Trabajan todos los habitantes de la república? ¿Es nuestra riqueza estable? ¿Terminada la riqueza eventual minera, no sufrirá México alteraciones gravísimas, por no tener de antemano preparada su riqueza constante? ¿Son hombres todos los que viven el campo con forma humana? Pero habituándose los ojos a miras miserables, imagínase como irremediable el mal que invariablemente hemos visto humilde, esclavizado, arrastrado ante nosotros mismos, y el hombre, por esencia, individualista, no piensa que la vergüenza ajena lo avergüenza, no sabe cómo acongoja este ser vivo que anda y que está extendido, sin embargo, en el fondo de sí mismo, como un muerto.

La educación de la raza indígena. El inmediato cultivo de los campos. Todavía está expuesto a ser esclavo el que mantiene esclavos a su lado. Alzanse remordimientos cuando pasa a nuestro lado un ser en forma igual a nuestro ser, por nuestro descuido casi imbécil, dueño, sin embargo, de dormidas fuerzas que, despertadas por una mano afectuosa, dieran honra e hijo útil a la hermosa patria en que nació. ¿Cómo esas inteligencias no despiertan en medio de esta naturaleza poderosa donde convidan el cielo a las ternuras, los accidentes de la tierra a

las grandezas, los bosques al solitario pensamiento, las noches rumorosas y serenas a lo apacible y a lo puro? Hállase uno a sí mismo en la contemplación de lo que lo circunda; ¿por qué, pobre raza hermana, cruzas la tierra con los pies desnudos, duermes descuidada sobre el suelo, oprimes tu cerebro con la constante carga imbecil? ¡Oh, cómo, cómo duelen estas desgracias de los otros!

Y así acaba el boletín, que sin materia alguna empezó. Lee ahora el boletinista un periódico simpático, injusto, sin embargo, en apreciaciones que no quedarán, por cierto, sin respuesta.

No se restablece la igualdad entre las clases, halagando la soberbia de los que, por lo que fueron oprimidos, están siempre dispuestos a ser exagerados en la petición de sus justísimos derechos. Háblese a los artesanos con voz de justicia; averigúese aquel que les hable con perniciosas palabras de lisonja.

Julio 21 de 1875.

UN PROYECTO DE INSTRUCCION PUBLICA

Ayer debió abrirse en la Cámara de Diputados una hermosa campaña. El diputado Juan Palacios se prepara a exponer los fundamentos del proyecto de Instrucción pública que viene desde hace dos años preparando y estudiando. La inteligencia y la imaginación tienen cualidades de esencia distintivas: el estudio reflexivo, que daña a la imaginación, a la inteligencia, es necesario y aprovecha.

La comisión ha leído mucho, ha discutido, ha madurado su proyecto. Podrá ser, y es de seguro, falible este proyecto, pero será siempre respetable.

Viene a trastornar el orden actual de enseñanza; pero trastornar este orden quiere decir establecer el orden. Conmueve rudamente el sistema actual; pero lo conmueve en bien del país y bajo el amparo de la lógica y de la práctica en otras naciones.

No quiero fijarme en los defectos del proyecto.

Creo que los tiene, pero son mayores y más importantes sus bondades.

Establece dos grandes principios; aunque todo el proyecto fuera inaceptable, se salvaría por estos dos principios que lo sostienen y que lo han engendrado: libertad de enseñanza y enseñanza obligatoria. O mejor, enseñanza obligatoria y libertad de enseñanza; porque aquella tiranía saludable vale más aun que esta libertad.

¿Cabe aducir una razón en pro de la enseñanza obligatoria? No; no cabe aducir más que un pueblo: Alemania. Y un propagador: Tiberghien.

Toda idea se sanciona por sus buenos resultados. Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar, y como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos, la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantizan el buen ejercicio de la libertad. Un indio que sabe leer puede ser Benito Juárez; un indio que no ha ido a la escuela llevará perpetuamente en cuerpo raquítico un espíritu inútil y dormido. Hasta estas palabras me parecen inútiles; tan invulnerable y tan útil es para mí la enseñanza obligatoria. Los artículos de la fe no han desaparecido, han cambiado de forma. A los del dogma católico, han sustraído las enseñanzas de la razón. La enseñanza obligatoria es un artículo de fe del nuevo dogma.

Aquí es necesario interrumpir estas reflexiones y consignar con regocijo un hecho que es una verdadera garantía. En sí es ligero, y en sus resultados será fructífero. He querido hacer reminiscencia de los artículos de fe católicos; mi memoria, con la contemplación de todas las religiones, se ha olvidado de las formas de una. Ha preguntado a co-redactores, a empleados, a sirvientes, a cajistas. *La Vox* va a sufrir con esto; pero los que aman bien a

México habrán con éllo contento; no hay un sólo individuo en la Revista que sepa los artículos de la fe. Saben un artículo, el generador y el salvador; el que nos reconstruye y nos vigoriza; el Mesías de nuestro siglo libre: el trabajo.

Este hecho llevaría a consideraciones distintas de las que han comenzado este boletín.

Se habla de la enseñanza obligatoria. La brutalidad de Prusia ha vencido, porque es una brutalidad inteligente. El ministro lo ha informado al Parlamento; todo prusiano sabe leer y escribir.

¿Y qué fuerzas no se descubrirían en nosotros arrojando los montones de luz de Víctor Hugo sobre nuestros ocho millones de habitantes? Y como en nosotros en toda América del Sur. No somos aun bastante americanos; todo contingente debe tener su expresión propia; tenemos una vida legada y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en la literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes, de nuestra sierra, de nuestros altivos rocallosos; un historiador potente, más digno de Bolívar que de Wáshington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Wáshington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo.

¿Qué no hará entre nosotros el nuevo sistema de enseñanza? Los indígenas nos traen un sistema nuevo de vida. Nosotros estudiamos lo que nos traen de Francia; pero ellos nos revelarán lo que tomen de la Naturaleza. De esas caras cobrizas brotará nueva luz. La enseñanza va a revelarlos a sí mismos. No nos dará vergüenza que un indio venga a besarnos la mano; nos dará orgullo que se acerque a darnosla,

Esto no es un sueño; este es el resultado positivo de la ley. ¿Con qué medio, se pregunta, se hará cumplir la obligación? Con la prisión o la multa.

El hábito crea una apariencia de justicia; no tienen los adelantos enemigo mayor que el hábito; una compasión es a veces un gran obstáculo.

Y ¿cómo han de pagar la multa esos hombres del campo, que ganan tan poco?

La pagarán, porque preferirán esto a dejar de trabajar algunos días; y como no querrán pagarla más, enviarán sus hijos a la escuela. Se explota lo único sensible: el interés diario, el alimento diario. El indio los verá amenazados y hará lo que le manda la ley.

Un proyecto de instrucción pública es una sementera de ideas; cada mirada al proyecto suscita pensamientos nuevos. Pero los tiempos dan enseñanzas, y yo, boletínista novel, he aprendido que los boletines deben ser sencillos y ligeros. Obedezco a la práctica, y dejo para boletines próximos las reflexiones que me irán despertando las discusiones del proyecto en el Congreso.

Octubre 26 de 1875.

ESPECIALES DEBERES

Fuerza es apartar los ojos de las bellezas que ofrecen los libros de poetas; fuerza es también demorar lo que de algún libro de ciencia recientemente publicado pudiera decirse para ocupar, si no el ánimo, el espanto en considerar el estado tristísimo de la insalubre y abandonada ciudad de México.

Cosa extraña parece que haya poetas en nuestro imperturbable Municipio; es poeta algo como alma limpia y blanca, y pudiera imaginarse que por esencia rechaza cuanto de infecto, desaseado o repugnante le rodea. Agapito Silva publica en *El Porvenir* "Pensamientos poéticos", y ¿cómo puede pensar poesía en esta atmósfera inficionada y mefítica? Y Eduardo Zárate, ¿cómo no se espanta de que las alas puras de su musa, gallardamente abiertas en el libro de poetas americanos que ha publicado en París José Domingo Cortés, se arrastren y se en-

loden por esta cenagosa superficie de las calles miserables de México? El limpio pensamiento ha menester de una atmósfera limpia; siéntese el espíritu delicado con todo lo que en sí lleva grosería de forma o concepción. Y yendo de individuales entidades al impasible Municipio, bien hubiera razón para hablarle el lenguaje rudo, exigente del derecho. No van al Ayuntamiento los ediles para hacer gracia a la ciudad de la calma de sus magníficas personas. Porque el Ayuntamiento es una especie de prueba de hombres públicos; porque el manejo de fondos impone el deber de hacer de ellos aplicación útil, visible y clarísima; porque la torpeza no es ya un derecho en quien ha tenido concepto suficiente de sí mismo para aspirar a un cargo popular; porque al Ayuntamiento está encomendado el medio de hacer respirable la atmósfera densa y perniciosa de México, está la corporación municipal muy obligada a velar por los intereses primarios de que se hizo cargo, tanto más cuanto que ha de cuidar especialmente de que no se diga abandonan el cumplimiento de la misión por lo infructífero y gratuito del empleo.

Una ciudad pide a sus municipales algo más que la vanagloria fútil de llamarse ediles suyos; pídeles con imperio pulcritud y aseo; pídeles para los paseos, elegancia; para los lugares de tránsito, vía fácil; y para las calles apartadas y pobres, no descuido grave que aumente las desdichas de tanta criatura miserable, sino empeño tenaz e insistente, por lo mismo que de este bien que se hace no ha de resultar provecho alguno, y porque no es lícito a quien estime su buen nombre aceptar encargo cuya misión alta no cumple, y cuya trascendencia no alcanza ni entiende.

No es clamor vano y fútil el que la prensa eleva,

ni es bueno que el Ayuntamiento desdiga a los que le recuerdan su deber. Es que en los barrios pobres, en que la muerte, vestida de miseria, está siempre sentada en los umbrales de las casas, la muerte toma ahora forma nueva; se exhalan miasmas mortíferos de la capa verdosa que cubre cenagosas extensiones de agua; respirase como cuando el aire pesa mucho, o cuando falta mucho aire, y este pobre pueblo nuestro, tan débil ya por su hambre, su pereza y sus vicios, todavía sufre más con los estragos de esa muerte vagabunda, que vive errante y amenazadora en todas las pesadas ondulaciones de la atmósfera.

No es que la prensa se querella por hábito o manía; es que mueren más los pobres por el descuido incomprensible del Ayuntamiento. No es ésta cuestión fácil que pueda desatender el Municipio, es cuestión de vida, gravísima, inmediata, urgente, tanto más precisa en su acusación cuanto que pudiera decirse que se la desoye, porque de oírlo no habría el Municipio provecho alguno. Pues, ¿por qué tardan tanto los munícipes en hacer el bien, cuando es hacerlo deber suyo, y cuando, para cumplirlo en su parte principal, si no les sobra y abunda, no es menos cierto que no les escasea? Si por la Calzada de Buenavista han de pasar los carros que importan o extraen objetos, en México, ¿ha de ser la calzada vía inservible en la que incesantemente se ocupa multitud de hombres en hacer andar los carros detenidos o caídos? Si es el camino único, ¿cómo desatiende el Ayuntamiento el único camino? ¿Por qué en el centro de la ciudad, donde los aires puros no corren fácilmente, repugnan a los ojos y estorban a la respiración y se aspiran elementos dañosos en los miasmas que se desprenden de las extensiones de agua estancada, cubiertas por una

capa verdosa de substancias corrompidas? Daña tener que ocuparse en esto, como daña a la reputación del Ayuntamiento no haberse ocupado en ello ya. No es que hace la corporación municipal favor gratuito con reparar las calles, cuidar los paseos y favorecer empeñosamente las condiciones higiénicas de la ciudad; es que para esto fueron los miembros de la corporación ensalzados al puesto que ocupan; es que hacen el doble mal del que no cumple su deber, e impide con su presencia en el Municipio que lo cumplan otros, más inteligentes o más concienzudos que los municipales actuales.

Por lo mismo que el cargo no es retribuido, debiera ponerse más cuidado en atenderlo cumplidamente.

Porque la población entrega fondos cuyo empleo no ve luego fácilmente, debieran los de la corporación municipal, árbitros y manejadores de estos fondos populares, cuidar de que por todos pudiera verse cómo con su interés y con su celo, respondían a la confianza de que en el día de la elección pretendieron ser dignos. Y ¿cómo volverían a aspirar al puesto honroso, los que por indolencia no quisieron, o por torpeza no entendieron todo el bien que podían hacer desde él?

¿No es verdad que los municipales entienden cómo, por lo mismo que no se les retribuyen sus servicios, deben cuidar de hacer ver que no es la falta de retribución lo que los hace en el trabajo difícil, olvidados y lentos?

Pues, ¿no solicitaron ellos el puesto a que los ha llevado el voto público?

¿Cómo han de dar a entender que la censura popular no les inquieta? Podrán las almas blancas de los municipales haber dejado holgar la intelligen-

cia; no sabrían ellos, de seguro, la manera de ser conscientemente indignos del puesto honroso que aun ocupan.

Septiembre 4 de 1875.

FILOSOFÍA Y LITERATURA

Diligente Guasp, atento el Conservatorio, solícito el Gobierno, está ya aprobado y va por vías de hecho el utilísimo proyecto que, para reanimar la literatura y el arte dramáticos, concibió y presentó al presidente el joven y aplaudido actor español.

Bien hizo el señor Lerdo en aceptar con alegría, en vencer los obstáculos, en facilitar la realización del proyecto útil; ha dicho con ésto cómo ama a la generación, que entra de un modo débil y raquítico en días de adolescencia; cómo le preocupa su holganza; cuántos males ve en ella para los días futuros de la patria, y cuántos bienes adivina en que se dé a la dormida inteligencia, con el estímulo, actividad; con el beneficio práctico, aliciente; con la literatura dramática, glorioso y buen ejemplo.

Tiene esta literatura en beneficio suyo la rápida manera con que premia a los talentos; no es como

la ciencia, muro de roca escarpadísima, en que el renombre viene cuando la vida se va ya; cautivase en el teatro rápida y memorablemente; el aplauso allí obtenido no es ya por nadie olvidado; ¿quién ve sin alegría, y vuelve a ver sin placer, al que conmovió su corazón, precipitó sus latidos, halagó su buen gusto, o preñó de lágrimas sabrosas los ojos atentos, nunca más hermosos que cuando se dilatan y lloran?

Fraternidad seductora esta del autor con su público. Oyese por muchos lo que escribió el uno; viétese un espíritu en muchos espíritus ajenos, y muchos labios repiten con aplauso lo que una mano tímida escribió con susto en el papel. Da de sí el autor a los que le oyen; hace su obra en la vida, vertiendo e inculcando sus buenas fuerzas; la imaginación está siempre ganosa de bellos tipos que amar, y se estima y se quiere al que, un instante al menos, llenó de cosas bellas nuestra imaginación loca y avara. ¿Cómo no seduce este divino premio a nuestras inteligencias perezosas? ¿Quién rehusa un nobilísimo combate en el que, si se cae vencido, ya fué victoria haber intentado vencer? Resucítanse épocas; revívense héroes; incítase a las lágrimas; domínase y arrástrase a todo el auditorio conmovido. No hay más que un corazón en los que escuchan; a la par, y sumidos, laten los que oyen con el que creó; se dilata, se esparce, se crece con este noble dominio en las almas que el sentimiento o la beldad cautiva.

Hay obras elegantes y tranquilas que convidan a estrechar la mano de su autor. Hay obras graves y sombrías, no entendidas por los unos y censuradas de otros por severas. Hay obras vivas de alma, en las que se envía al que las crea abrazo que nació en el corazón. ¡Quién diera a la escena Ofelia

rubia y pálida, Hamlet fiero y doliente, algo así como imagen de pureza suma, o de mal implacable de vivir! ¡Segismundo, encadenado y poderoso; Fausto, amador perpetuo; Demos, el viejo de la Grecia; algún héroe de Esquilo, algún dolor de Byron, una fiera rudeza de Shakespeare, o un sueño hondo y osado del nunca muerto Calderón!

¿Quién rehusa la lucha? Intentar noblezas es ser noble; embrazar la adarga es prueba de valor. Y si cae en la lid la adarga rota, ¿quién mató al espíritu, cuna siempre nueva y fecunda de grandeza, vigor y beldad?

Y no es fácil tarea trabajar para la literatura dramática en México. Domina a buena parte de nuestra juventud una sistemática filosofía práctica, que tiene de errónea todo lo que tiene de sistema filosófico. No puede haber una filosofía, como no puede haber una religión; hay la filosofía y la religión; aquella es el volver constante de los ojos del hombre hacia las causas de lo que en sí siente, y en torno suyo, y más lejos, muévase y ve; es la aspiración en todos los seres idéntica, en todos los pueblos común, a existencia en que sea cosa real lo que aquí vagamente se concibe, poéticamente se exagera, e inflexiblemente se necesita. Hay límite para la razón; tiene el hombre imaginación e inteligencia, y aquélla comienza su obra donde ésta la acaba. No es que no haya más allá: es que no podemos ir. ¿Y por qué, si concebimos lo vago, o nos detenemos cobardemente ante ello, o queremos sujetarlo a una potencia de razón que precisamente allí termina? No se siente lo dudoso; pero confiése que existe.

• • •

Y dábase ya Orestes a pensamientos que no están ahora en su cabal lugar.

Acostumbrada una parte de nuestra juventud a una filosofía poco imaginadora; habituada a hacer brotar el pudor de la sístole del corazón, y de todo sentimiento — alteración moral de una sensación, perturbación en el orden físico—, no es para esta parte de nuestra juventud, numerosa y entendida, cosa fácil crear seres bellos en una atmósfera distinta de esa fría y práctica atmósfera en que ella se mueve. Sucede que la naturaleza mexicana es esencialmente imaginativa, y que ella hará en el espíritu su obra, mal que pese a la opresora razón. Pero no será esto lo común. Trae cada sistema filosófico una literatura, consecuencia suya; y a la manera práctica de ver las cosas, ha correspondido esta literatura dura y extraña, triste y dolorosa. que se llama escuela realista. No se limita a copiar lo que ve malo; exagera e inventa mayor maldad. No presenta con el mal su inmediato remedio; cae en el error de creer que el mal se cura con presentarlo exagerado. Disculpa extravíos y los santifica; hace regla de una libertad de pasiones, que es en muchos casos lícito, pero que es a la par casi siempre vergonzosa y esencialmente inmoral.

Pues, ¿qué ventajas hay para el vivo en la contemplación de un esqueleto? ¿La convicción de la muerte? Antes fuera bueno presentarle, no aquello que ha de ser cuando se muera, sino la manera de realizar noblemente en vida su misión. Así la escuela realista pone especial empeño en presentar descarnadas y rudas todas las fealdades del ser vivo. ¿Será por eso completamente mala la escuela? Nada es malo ni bueno en absoluto. Si por escuela realista se entendiese la copia fiel de los dolores sociales, no para justificar errores, no para

darse el placer de presentar heridas que perpetuamente vierten sangre, sino para asilar y provocar antipatía a los errores que se presentan, y ver cómo se contiene la sangre que brota sin cesar de los miseros vivos, fuera la escuela nueva racional y justa, y cumpliría en el teatro su obra de hacer bien. Porque no es el teatro solamente la presentación y desarrollo agradables de un pensamiento bello; han de llevar en sí el precepto bueno, no a manera de plática enojosa, ni de predicación cansada e infructífera. Está la moralidad en el correr de la acción, en atraer toda la simpatía sobre el noble, en distraerla toda del malvado, en compadecer la impureza sin elevar la impureza a un derecho, que para ello fingen los autores, en sus personajes, magnanimidad de corazón que no tendrían.

¿Ha de ser la del teatro obra estéril? Esto sería si la acción escénica fuese el desarrollo ameno de una acción estética inútil. ¿Es la obra del teatro mejorar amenizando? Parece que es ésta, y a ello tiende buen número de obras de todas las edades. Ni cátedra enojosa, ni lección estéril. Que la belleza de la forma envuelva el buen precepto; que la alteza de los personajes envuelva el ejemplo bueno. Es la cuestión esta. Si con ser como somos necesitamos ser mejores, mejoraremos algo copiando lo que somos. He aquí el error de la escuela realista, elevada a inflexible sistema.

¿Somos lo que debiéramos ser? La manera de mejorar por el teatro es presentar en una forma amena, no el ser de hoy, sino el deber ser que nos mejorará.

El teatro tiene un hermoso privilegio: hace amena y gustosa la enseñanza. Verdad que hay que añadir que su enseñanza no es ya fructífera, si en el ánimo del espectador queda, y a su amor propio

hiera la idea de que se le ha querido enseñar. Enseñe bellamente; he aquí la máxima.

Y de cosas más prácticas se pensaba hablar en este boletín, de algo así como de la inconveniencia de pagar crecidos derechos a los traductores. Ideas son que el boletínista no abandona, y que apuntará gustosamente en día de turno.

Septiembre 10 de 1875.

POLITICA Y ECONOMIA

Con ir ya para tres días, ni en México se sabe aún lo que en todos los Estados ha sucedido, ni nada se conoce todavía de aquellos lugares cuyo movimiento electoral preocupa más la atención pública. Cara simpática ha visto Orestes que ha aderezado en los días últimos, y sabe ya de más de un buen talento recompensado, de más de un diputado novel salido en las últimas elecciones a plaza. Y a fe que vienen siempre briosos los primerizos de curul; paréceles la pobre patria cosa tan manejable como su buena voluntad, y cuál quisiera llegar a las entrañas de la tierra sin laboradores, cuál inspirar vida a la desventurada raza indígena con el mágico encanto de una ley, cuál cruzar de ferrocarriles el suelo mexicano, cosa ciertamente bella para cuando haya algo que llevar por los nuevos caminos de hierro.

Bueno es pensar en lo que ha de dar al país vida y renombre; mejor y más prudente realizar primero los medios de llevar a término feliz estas empresas.

En vano es que la tierra mexicana brinde a las manos laboriosas sus entrañas de plata y oro; antes es desventura que las abran, porque confiada en los exuberantes dones de la tierra, a ellos fía la perezosa naturaleza de los mexicanos un porvenir que un día ha de extinguirse con lo accidental que la enriquece y alimenta. La tierra es perpetua; séanlo las fuerzas que a vivir en la tierra se apliquen. Fuerzas constantes y productoras, elementos creadores, industrias transformadas de los elementos que hoy existen. Nada pone la industria extractiva en el lugar de lo que arranca. La industria fabril crea y transforma, en cambio, de un modo siempre nuevo productos fijos y constantes, en los que se asienta el verdadero bienestar de una nación.

México es rico en demasía; pero no es todavía útilmente rico. Sus fuerzas esenciales están dormidas; gracias sean dadas a la naturaleza pródiga, que dió aquí a la corva espalda de la tierra lujosísimo manto de plata y de oro.

Con él parece que andan los noveles dueños de curules. Paréceles que ha de venirles estrecho el cómodo sillón que el octavo Congreso les prepara. Verdad es indudable que los que vienen tendrán este premio honroso trabajado y merecido; ni lo ocuparían sin remordimiento los que por aventura de la suerte lo hubieren logrado, ni la misión de diputado es tal que permita en su ejercicio ignorancia y tibieza.

No se viene al logro fácil; se viene al examen de los males, a la proposición de los remedios, al estudio incesante, a la contemplación práctica de las

actuales fuerzas de la patria y de la manera de guiarlas por el camino de sólida prosperidad y de positiva y durable riqueza.

* * *

México no es útilmente rico; se ha asentado ya en este boletín esta grave verdad.

Su riqueza minera comenzará a ser útil al país cuando pueda aplicarse en beneficio de él mismo y no haya de llevarse fuera de la patria en pago de las más sencillas necesidades materiales y domésticas. Las minas no son hoy un alimento de la riqueza nacional; sus productos se exportan, en pago de los efectos de consumo que se importan a México y que por su naturaleza y la actual constitución social han menester renovación pronta y constante.

Fuerza es, ante todo, alentar y premiar, aún de manera extraña y desusada, todos los ramos de la industria nacional.

Cuando perturbaciones y errores anteriores han alejado de su cauce natural a un país, sucede frecuentemente que necesita éste, para su bienestar, la comisión de algunos errores útiles según ordena la Economía, por más que hiciera bien en limitarse a aconsejar que sea franco y libérrimo el comercio de todos los efectos extranjeros.

Brioso empuje ha cobrado en la presente era de paz la riqueza minera mexicana; es ésta, por su naturaleza, riqueza insegura y vacilante; pero si no de una manera equitativa, ello es que aumentan sus productos, y el laboreo de minas adelanta. Abiertos los puertos mexicanos al comercio extranjero libre; siendo verdad innegable que no abastece la industria nacional las necesidades numerosas de una

vida, no ya rica, sino modesta y holgada, se comprarán con tanta más razón cuanto que la riqueza—siquiera sea accidental—está creciendo. Abandonadas a su esfuerzo propio las industrias nacionales, fuerza es que presenten en su infancia todos los caracteres de imperfección, que es ley presente aquello que trabajosa y lentamente se forma. Morirán nuestras industrias por falta de mercado. Nadie comprará lo imperfecto cuando tiene lo perfecto a mano; a esta desconsoladora y natural verdad ayuda el alto precio que, con no ser buenos, ha de pagarse por los productos de nuestras industrias incipientes.

Utilísima es para un país formado la libertad absoluta de comercio; ¿es de la misma manera útil para un país que se forma?

La libertad comercial es, a más de conveniente, justa. Cuando han constituido la vida de un país injusticias esenciales, ¿no será todavía necesario el cumplimiento de injusticias transitorias?

El comercio libre es bueno, pero realizado en nuestro país extinguiría en su nacimiento las abandonadas industrias nacionales.

Fuera impolítico y erróneo cerrar hoy los puertos a los efectos extranjeros; parece necesario limitar su introducción con derechos relativamente crecidos; pero sólo una manera se ofrece de destruir la vacilante situación actual de la riqueza: la competencia que no podrá establecerse con los árbitros generales de la hacienda, que de la misma manera gravan al efecto de consumo que se introduce, que al instrumento de trabajo que nada debería pagar.

Si se asegurara a las industrias nacionales una demanda relativa; si cuanto pudiera contribuir a ellas pudiese ser introducido sin gravámenes ni de-

rechos; si los compradores mexicanos se resignasen a comprar para su servicio los productos de nuestra industria propia, siquiera no fuesen al comenzar, como los que del extranjero vienen hoy, esta libertad de introducción, esta protección franca y decidida, este primer consumo que resarciera a la industria naciente de sus gastos, en poco tiempo despertarían y fomentaría centros de producción a cuyo adelanto y mejoramiento están llamadas la fertilísima tierra mexicana y la hábil y aun perezosa inteligencia de sus hijos. Es, en esencia, activa nuestra aptitud intelectual; despiértase hoy en todas las clases el anhelo de una situación práctica y propia; el individuo americano necesita principalmente una buena suma de goces, y con el placer trabajaría por acomodarlos y saborearlos en una vida holgada.

* * *

La inteligencia tiene dos fases distintas: la de creación y la de aplicación; cuando aquélla no se une a ésta hace desventurados y mártires, enfermos incurables del dolor perpetuo de la vida; la de aplicación, con ser menos noble, es más adecuada y necesaria a la existencia; una y otra, mezcladas, son el germen escondido del bienestar de un país.

Más dadas son a crear que a aplicarse las inteligencias de tierra americana; pero como no tienen medios de realización, su potencia creadora busca en vano lo práctico, vaga por lo único que es suyo, vuela errante por lo improductivo y lo ilimitado, y hace de la vida oficio de poeta, el que tiene el deber formal de hacerla oficio de hombre.

La naturaleza humana tiene un enemigo en sí misma; verdad que la naturaleza humana no es más

que la lucha entre dos formidables e irreconciliables enemigos. El egoísmo es la consecuencia de la riqueza; toda la vida práctica consiste en que a las inteligencias vagabundas se les señale el punto de aplicación, y se les enseñe el medio de aplicarse.

No se viene a la vida para disfrutar de productos ajenos; se trae la obligación de crear productos propios.

Es ya axioma añejo, que aquí viene, sin embargo, como natural consecuencia; cuando todas las inteligencias tienen aplicación en la vida práctica, no fermentan errantes en el seno de la que, una vez lograda la libertad fundamental, es accidental vida política. La paz viene como necesaria consecuencia del trabajo; pero el trabajo no se alimenta cuando no puede tener esperanza de realizar y mejorar sus productos.

La generación actual es eminentemente individualista; la única manera de conseguir el bien general es halagar y proteger el trabajo y el interés de cada uno.

* * *

Y aquí llegaba Orestes de su disertación grave y severa, cuando ve cerca de sí una faz cariacontecida y como recientemente mojada por las lágrimas. Esperanza ida, candidato olvidado, sueño aplazado para elecciones próximas, brazos caídos con desaliento como de quien sabe que no ha de apoyarlos en los amorosos brazos de la queridísima curul; todo esto trae en sí la desanimada y dolorosa figura que, para bien de sus lectores, ha distraído a Orestes de su manía de pensar en cosas graves.

¡Pobrecito candidato! Buenas cosas dijo en vida el elegante Teófilo Gautier; más lo querría Orestes

sí no hubiera escrito su insoportable "Mlle. Maupin"; pero no puede olvidar ahora un verso suyo que cuadra, ciertamente, al cariacontecido candidato. Dijo bien el poeta francés en la "Comedia de la Muerte":

Chacun est le cercueir d'une illusion morte.

Julio 14 de 1875.

EL DÍA DE JUAREZ

México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encona y descompone el vecino del Norte. Las dos magnas dificultades de la vida americana ha tenido—en la brevedad de medio siglo—que vencer, que fueron las grandes distancias que permitían el fomento impune de los caudillajes ambiciosos, y el poder del clero revolucionario, que con las masas fanáticas mantenía, a guerras azuzadas, el gobierno de los privilegios señoriales. A los hombres de hoy tocó resolver, con los ferrocarriles que el dinero inglés tendió por México, el problema de las distancias, que traía a la zaga el de las rebeliones, grave en tiempo y comarca en que el clero desposeído andaba siempre a la busca de rebeldes que le fuesen dóciles. Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración

clerical contra la libertad en el nuevo continente. El, el tabaquero de New-Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre del desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera; él, con los treinta immaculados, sin más que comer maiz durante tres años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país. Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus caballos son águilas y sus ojos son flechas. Caen como una avalancha, lanzan al aire y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte. El general Escobedo, que luego había de prender en Querétaro a Maximiliano, andaba en apuros por la frontera, y fué a tratar con el cacique libre y a pedirle su ayuda contra el emperador. "Y ¿por qué, cacique de dos colores—le respondió el indio—, me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese blanco barbón; péleénla tus blancos. Tú te sometiste; echa a tu amo tú. Yo no me sometí; yo no tengo amo."

Y esa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza; esa es la luz que se ve brillar en los rostros de blancos y de mestizos y de indígenas; esa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos a cubrir de flores y a honrar virilmente, con la pasión indómita de su independen-

cia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada a los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América, hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten. Cada año es más entusiasta en México el día 18 de julio. Y es que la tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte a tiempo, salvó la libertad y la América acaso; porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo —con su derecho creciente de república trabajadora y natural— su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.

El 18 de julio estará colgada de banderas la ciudad de las estatuas de bronce y de las casas de azulejos. Los niños de las escuelas marcharán como soldados. Las niñas, vestidas de blanco, llevarán al mausoleo del indio ramos de flores. El pensamiento y la riqueza de la ciudad irán a pie a la tumba, detrás del presidente, que prepara el país híbrido para la república real y sensata. Las mujeres firmosas de Puebla y de Guadalajara, de Monterrey y de Veracruz, aplaudirán a los marciales "cuerudos", a los soldados fieles a la libertad. El sol republicano caerá del cielo azul. Y brillará, como si fuera de luz, el monumento que, con sus manos flacas de hélico, labraba, al sol de la mañana, el mexicano Islas, de barba rubia. La mano sudorosa podía apenas blandir el cincel; y él, pálido de la muerte, golpeaba, de pie ante el mármol, mientras duraba el primer sol. "Me durará la vida hasta que le acabe la figura a mi salvador." Y le duró.

GUATEMALA

GUATEMALA

I

¿Por qué escribo este libro?

Cuando nací, la Naturaleza me dijo: ¡ama! Y mi corazón dijo: ¡agradece! Y desde entonces yo amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad y abrazo a cuantos me hacen bien.

Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca; he de decirlo.

Me da trabajo—que es fortaleza—casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto a mi inmensa impaciencia americana. Estudiaré a la falda de la eminencia histórica del Carmen, en medio de las ruinas de la Antigua, a la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los medios de renacer y de asombrar. Derribaré el *cacaxte* de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia.

Y entretanto, vuelvo bien al que me ha hecho bien. Y en la tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento, diré con mi palabra agradecida cuánto es bella y notable, y fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre.

Amar y agradecer.

II

Allá en horas perdidas, buscan, los curiosos, periódicos del Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó de mandar, y no se sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: "Vemos con la mayor admiración que, después de tres siglos de descubierto este continente, se encuentran en él reinos y provincias

tan poco conocidas como si ahora se acabasen de conquistar." Es, ¡ay de nosotros!, que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del sur de Cuba; cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba; cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico, por indio; por español, terco y osado, y como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que de aquéllos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de oscura tez tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva, ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿Qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América.

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahnaipa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichéas rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento ni corazón mezquino ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan soluciones prácticas.

Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

* * *

Yo vengo de una tierra de volcanes altos, de feraces cerros, de anchurosos ríos, donde el oro se extiende en placer vasto por las montañas de Isabal, donde el café—forma mejor del oro—crece aromoso y abundante en la ancha zona de la Costa Cuca. Allí la rubia mazorca crece a par de la dorada espiga; colosales racimos cuelgan de los altos plátanos; variadísimas frutas llenan la falda de la gentil chimalapeña; obediente la tierra, responde a los benéficos golpes del arado. Extraordinaria flora tupe la costa fastuosa del Atlántico; el redondo grano, que animó a Voltaire y envidia Moka, como apretado en el seno de la tierra, brota lujosamente en la ribera agradecida del Pacífico. Aquí, sabino pálido; allí, maíz robusto, caña blanca y morada, trigo grueso y sabroso, nopales moribundos, hule nativo, ricos frijolares en asombrosa mezcla unidos, con rapidez lujuriosa producidos, esmaltan los campos, alegran los ojos y auguran los destinos de la tierra feliz de donde vengo.

La cantó Batres, la historió Marure, la copió en inimitables fábulas Goyena; se exploran los ríos, se tienden los carriles, levántanse institutos, leen los indios, acuden los extranjeros, improvisan su fortuna; vínose a la libertad por una revolución sencilla y extraordinaria, admirable y artística; es esa tierra, más que tierra desconocida, amorosa virgen que regala a los que acuden a su seno. En mí están vivos estos sucesos y bellezas; y ¿no he de hablar yo de aquellos poetas y prosistas, de aque-

llos agricultores y gobernantes, de aquella tierra ávida de cultivo, de aquella juventud ávida de ciencia?...

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas: ésta es la hora.

* * *

Viniendo de Isabal por el ancho camino carretero que llevará pronto al Norte—¡gran perspectiva!—los azúcares y el café del Oeste, vense a lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad.

Viniendo del puerto, del floreciente San José, pasajero en cómoda diligencia, o jinete en humilde caballo, brota de entre los montes pintoresco pueblo, que, a medida que se acerca la distancia, brota de entre su cerco de robustos montes, desafía con su elegante castillo, eleva sus numerosos minaretes y abre luego sus limpias y amplias vías al viajero, admirado de la pulcritud resplandeciente que realza las anticuadas y holgadas construcciones.

Peregrinando vino esta ciudad hermosa desde Almolonga terrible hasta el risueño Valle de las Vacas. Poco memoriosos los conquistadores atrevidos, no temieron que la tierra árida se alzase contra los que la ofendían, y, por fenómeno súbito inundada, pereció entre turbios mares de agua, que bajaban en remolinos del volcán, la enferma Santiago, y en ella la esforzada dama, feliz gobernadora, que hubo por nombre Beatriz de la Cueva.

Tendíase no lejos el encantado valle de Pauchoy, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobra-

dos, flores menudísimas, por río colgado, por dormidos volcanes coronado; y a él se fueron los habitantes fugitivos. Ni cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios, reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendiéron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral. Golillas y maestros de obras acrecieron el justo alboroto, y, movidos de la evidente ganancia, apresuraron la traslación de la ciudad Antigua al llano espléndido en que hoy se extiende, desdeñosa y tranquila, la blanca y próspera señora del añejo dominio del Utatlán.

En este instante mismo trueca su forma la ciudad dormida. A esencia liberal, activa forma. Conmovida en lo político por aquella herencia funestísima que envilece a Bolivia, que sofoca a Quito, que con ondas de sangre acaba de aumentar las poéticas ondas del río Cauca; a par solicitada por el viejo régimen que cierra las puertas a toda grande idea, atrevido proyecto o comercial mejora, y por el inexperto nuevo régimen que a toda idea útil las abre con amor, la ciudad, llevada del instinto, derriba el claustro de Santo Domingo, tumba de almas, y lo trueca en depósito de frutos—cuna de riqueza—del poderoso aguardiente, del delectísimo tabaco; arranca su huerta, mansión antigua de opulentas coles, a la iglesia de la Recolección, y la convierte en escuela politécnica, mansión ahora de inteligencias ricas y vivaces. Paseaban los pacíficos paulinos por largos y desiertos corredores, y hoy les suceden animados grupos de jóvenes celosos, que llevarán luego a los pueblos, no la palabra desconsoladora del Espíritu Santo, sino la palabra de la historia humana, los reactivos de la

química, la trilladora y el arado, la revelación de las potencias de la Naturaleza. La nueva religión, no la virtud por el castigo y por el deber; la virtud por el patriotismo, el convencimiento y el trabajo.

Y ¡qué bellas iglesias ostenta Guatemala! Gran prisa se dieron y grandes millones gastaron aquellos piadosos sacerdotes, entonces señores únicos de la oprimida conciencia popular. Enseña San Francisco su hermosísima fachada, su imponente nave, sus robustas murallas, que no muros, irguiéndose, empinándose sobre penosa cuesta, como un rectángulo colosal. Más castillo que el castillo parece la gran fábrica destinada a sobrevivir al espíritu que la animó; antes, numerosos fieles y fieles numerosos tenían vencido el suelo con las humildísimas rodillas; hoy, salvo los días tradicionales, apenas si discurre por la nave ancha, milagro de atrevimiento arquitectónico, alguna fiel creyente, que en el perfume de las flores que regala envía a la hermosa Virgen el perfume de su alma cándida.

Gran templo tiene también la Virgen de la Merced; y blancas paredes luce Santo Domingo, el de hábito blanco; majestuoso atrio ofrece la catedral, vasta y artística; linda torre eleva al cielo el elegante templo de la Recolectión. Es San Francisco, el monje austero; Santo Domingo, el pacífico santo; la Merced, matrona augusta; la Recolectión, una hermosa mujer arrepentida. Allá, hacia el Norte, la ermita del Carmen; acá, hacia el Sur, la ermita del Calvario; aquélla, grave como una conciencia que sufre y se recoge; ésta, triste y lacrimosa como María al pie de la Cruz.

Allá van, caminito del Cerro, los apuestos jinetes, los alegres grupos, implacables estudiantes, arte-

sanos bulliciosos, chicuelos ocurrentes, mujeres de pie breve y negros ojos. ¡Ojos hay en Guatemala soñados por las moras! Tiene ese Cerro del Carmen sus domingos y fiestas de guardar. Entonces, sobre la alfombra de fragante musgo, extiéndese otra alfombra más viva, animadísima, compacta, cada vez más estrecha; alfombra de movibles filas, de parisienses figurines, de arrogantes tipos populares, realzados por mantos de colores vivos. Lluvia de rosas semeja el Cerro; el desorden, fruta gruesa, no altera nunca la gracia encantadora del jardín.

¡Y la ermita desierta! Bajo la cúpula redonda, más hecha para tumba de muerto que para morada de vivo, llora solo el espectro del hermano Pedro. Alrededor de aquella extraña peña, ofrecida sumisamente a Dios, los niños triscan como cervatillos, la vida ríe gozosa, las gentes se apodan con nombres saladísimos, la doncella *de adentro hace ojos* al petimetre de la casa; desdénala éste por la atildada señorita que estrena su sombrero de primavera, y, sobre todo, este abandono natural, entre las conversaciones que chispean, entre las miradas que se cruzan, entre el ruido de los carruajes tirados lujosamente por los inquietos corceles del país, los labios sonríen, y con ellos, el alma; se está tranquilo, se siente placer dulce; hay amor, hay cultura, hay aseo de espíritu, hay familia.

Esta es la faz seductora de la vida guatemalteca. El amor puro, la hospitalidad amable, la confianza histórica, la familia honrada. Gran salvación.

Las cuestiones políticas no alcanzan a hacer rudo el carácter afable de la tierra. No se puede ser mezquino, ni egoísta, ni brusco, bajo un cielo tan hermoso. Se examina al extranjero, se le pregunta,

se le duda tal vez, pero no se le odia. Si es hombre de salón, no tardará en llevar del brazo a una mujer bella y afable; si es hombre de labor, no tardará en haber tierra de lujosísimos productos; todo es nuevo, todo es explotable. Al hombre trabajador, al inteligente, al bueno, la tierra le brinda vida, antes que él, menesteroso, de ella la demande. ¡Mi tierra americana, tan maltratada y tan hermosa! ¡Tan desconocida, tan amable, tan buena!

Así, el 15 de septiembre, el día de la patria, muchedumbre incontable se dirige hacia el Calvario; ¡lo había andado la patria tanto tiempo!

Rompe el limpio cerro ancha escalinata, y desde su cumbre se domina la gran población. No es esta eminencia, capaz ahora y risueña, tan correcta y redonda como la del Carmen; pero el aspecto de la pintada iglesia, de la cercana y concurrida calzada, de los grupos de indios que se cruzan, se detienen, se brindan *chicha*, se saludan respetuosamente y siguen su camino; los bruscos cortes e irregularidades del cerrillo le dan carácter propio, y parece más hecho a las travesuras, infantiles lidias y gozoso bullicio, que el del Carmen.

Vense desde él las amplias calles tenazmente rectas, sin una desviación, sin un capricho. Si no fuera americana, Guatemala sería desesperante. Sólo en nuestras tierras es animada la simetría; y es que la vida primitiva, el resplandor inteligente, la vivacidad nativa, se anteponen, por dormidas que estén, a todo otro interés y concepto. Así, desde el Calvario dominan las severas vías, las anchas casas, los macizos de verdura que llenan patios y escalan muros, esmeraldas entre ópalos; las huertas de Belén y Santa Clara, en medio de la ciudad enclavadas; la orgullosa plaza Mayor; la riente plazuela de la Victoria. Al Oriente, el teatro; al Poniente, la

Escuela Politécnica de Ciencias Exactas; la Escuela Normal, preparadora de maestros. Hermosa calle lleva del alto Calvario a la plaza orgullosa; a la diestra está la plazuela, con sus dátiles, con sus cactus, con sus masas salomónicas, con sus grandes dalias amarillas, con sus racimos de uva, con sus araucanas; más adelante, la Aduana laboriosa, el reciente Telégrafo, el cumplidísimo Correo; luego, Club rico, abundantes almacenes, tiendas lujosas, y allá, en la mitad, la plaza del Palacio y el Municipio, rodeada de la Casa Presidencial, de abastecidas tiendas, de la afamada catedral, con sus dos torres laterales, como la raquítica de Cuba, hermosa por vieja; la atrevida de México, la rica de Puebla; hijas todas del numen de aquel Juan de Herrera, por Felipe II acariciado, aquel del Escorial, de sombría tumba. Del Treinta de Junio se llama esta calle central; Real se llamó antes, pero ya los reyes tienen que pedir permiso a la libertad para serlo. Es hermoso que las reacciones respeten siempre la mayor parte de la obra de las revoluciones. Y si no las respetan, mueren. Treinta de Junio se llama porque fué en aquel día agosto cuando las tropas redentoras que vinieron de Comitán a Guatemala, con la rápida brillantez de una leyenda, entraron entre vítores unánimes en aquella tierra animada y ansiosa; había sido el ejército libertador tan afortunado en la lid como clemente en la victoria; día aquel de popular regocijo en que la tierra brotó coronas para los caudillos, y fué el camino de San Pedro, más que camino, alfombra de cabezas. Treinta y tres hombres comenzaron en la frontera mexicana la campaña. Vencieron, vencieron, siempre vencieron, y acrecidos, socorridos, bendecidos, los revolucionarios maravillosos entraban a ocupar el solio desierto del heredero del autó-

crata. Revolución extraña, radical en resultados, fabulosa en fortuna, generosa en medios. Ni la manchó sangre inútil, ni esterilizó las sementeras. Sea loada.

* * *

Y por esa calle, de entonces gloriosa, compacta multitud discurre los tradicionales días de agosto. Porque a la diestra queda la plazuela de San Sebastián, y su iglesia y su fuente; pero más allá brilla al sol el humilde Jocotenango, lugar de ciruelas, que tanto como *ciruela* valen *jicote* y *cote*, con su valle tapizado de carruajes, con su feria de ganado, donde el caballo chiapaneco piafa, el novillo hondureño corre, el cerdo imbécil gruñe, bala la linda oveja.

Alquilan las familias las casas vecinas. Sobre sufrida estera de *petate*, apuestos galanes y ricas damas comen el *pipián* succulento, el ecléctico *fiambre*, el picadísimo *chojin*. Pican allí los chiles mexicanos, y la humilde cerveza se codea con excelentes vinos graves. Hace de postres un rosario, cuyas cuentas de pintada paja encubren delicada *rapadura*. Y como se está en agosto, y en Jocotenango, ¿quién no gusta los jugosos jocotillos, rivales de la fresca tuna?

Interrúmpese el democrático banquete para ver pasar el estrechísimo gentío. Lucen las señoritas estos días sus más hermosos trajes; luce el padre a la hija, el esposo a la esposa. Adorna el jinete su tordillo fiero y le cuelga al cuello el rosario de la fiesta. Cuál ostenta su alazán, cuál su retinto. Desdénase el galápago europeo y apláudese la silla mexicana. Hoy se estrenan carruajes, corceles, vestidos y sombreros; ¡cuánto celo, elegancia y dono-

sural ¡Cuánto orden, alabanza y discreto! ¡Cuánta memoria de la feria de San Antón, aquella que en Madrid hace famosa a la vetusta calle de Hortaleza!

Este que pasa, caballero de una bella dama azul, es un grave ministro; la multitud lo estruja, lo olvida, lo gobierna.

Aquél, que monta en arrogante bruto, es el presidente de la República. Lleva humilde vestido y humildísimo sombrero. Cuando mira, piensa. Cuando deja de hablar, habla consigo mismo. Es penetrante, dadivoso e intrépido. Va sin temor adonde cree que debe ir. Ahora, ni atropella ni se anuncia; le ha llegado su día de obedecer.

El de apostura inglesa, marcial anciano, que a su lado lleva, es su antecesor en el Poder, hombre de libros y de espada, revolucionario en el campo y la tribuna: Miguel García Granados. Sesenta años tenía cuando empuñó la espada vengadora.

Vuelven ya los millares de hombres; nubes de polvo aceleran la noche; átanse las curiosas de las casas los sombreros de paja al gentil rostro, y bajo lluvia importunísima vuélvese a los hogares, no fatigado como de otras fiestas, sino enamorado de ellas.

Conserva este secreto Guatemala: severa, no enristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa. Su vestido de baile nunca se aja. En este mes hermoso, lucidas cabalgatas interrumpen el silencio de las calles, bañadas de tibia plata por la Luna. Una rival tiene la luna guatemalteca: la de México. Y ya en opaca noche brille sola, ya en noche brillante humille a las estrellas, siempre tiene aquel cielo un místico lenguaje, y parece más que otro alguno abierto al fin sublime y descanso grandioso de las almas. No es un

cielo irritado que condena; es un cielo amoroso que nos llama.

* * *

El trabajo alimenta esta alegría. Colbert el gran hacendista equivocado, estaría allí contento viendo cómo en las horas de comercio pasan de tienda a tienda gruesos paquetes de dinero. Pero no es la saciedad de las arcas la fortuna que un buen ministro ha de apetecer. Llénense holgadamente para vaciarse útilmente. Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

Eso buscan, para eso entran en el Ministerio de Gobernación, donde tan patriótica acogida les espera, un alemán que solicita, un francés a quien se concede, un belga a quien se regala, un americano a quien se subvenciona, un explorador a quien se remunera. Tal encopetado contratista sembró, pocos años hace, un cafetal oscuro, allá en el fondo monte. Tal adinerado finquero era, breve tiempo ha, desconocido labrador. La tierra es la gran madre de la fortuna. Labrarla es ir derechamente a ella. De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos. Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.

* * *

¿Ni qué vale pasar largas horas sembrando la vid en Salamá, en San Agustín el trigo, en San Miguel Pochuta los cafetos, si luego, acabada la

labor, se dejan los aperos de labranza y se viene a oír buenas óperas y buenos dramas en el lindísimo teatro de la ciudad? Tal viajero recuerda sin esfuerzo la Magdalena de París, el más pagano de los templos católicos; tal otro lo compara a la Bolsa, el menos eclesiástico de todos los templos; cuál, que vió a Madrid, hace memoria del suntuoso Palacio del Congreso, y cuál, pertinaz observador, afirma que corren parejas el teatro de Guatemala y el de la histórica, y por sus edificios afamada, Aix-la-Chapelle. Griego en la fachada, moderno en el conjunto, esbelto y elegante, esta obra bella es prez de la ciudad. Alzase solo en ancha plaza, sembrada de naranjos rumorosos. Y en las noches de lana, ¡cuánta amante pareja dialoga, cuánta viva comedia se enreda a la sombra de aquellos árboles simpáticos! Pasean por la plaza las familias haciéndose lenguas de los cantantes famosos que—y no una vez sola—han pisado el proscenio guatemalteco. Y como es allí muy vulgar don el gusto musical, y todos lo han, es cosa de pensarse ésta de ir a cantar a la, por inteligente, descontentadiza Guatemala.

Y son muy animadas aquellas noches de función. Se dicen burlas, y no las hay más penetrantes, ni ingeniosas, ni precisas, ni inolvidables, que las burlas guatemaltecas. Visitan los mancebos a las gallardas señoritas, con lo que no se hace aquella fría separación de sexos que lamentaba el evangelista de amor, gran Michelet. Hablan los hombres graves de libros, viajes, acontecimientos y memorias; confúndense los grupos, animados siempre; rebotan paseantes los pasillos; tienen qué hacer los abanicos; tienen espacio las galanterías. Hay expansión en la atmósfera; corren por todos los labios las sonrisas.

Y se van luego alegres, llena el alma de delicias de música y de miradas de mujer.

* * *

Pero ¿es sólo la altiva Guatemala la tierra en Guatemala bella? ¿Y la añosa Antigua? ¿Y la vivaz Quezaltenango? ¿Y Cobán la creciente, la azucarrera Escuintla, la Amatitlán volcánica, la calurosa Salamá, Huehuetenango la agraciada?

¡Ya acaban las ruinas y comienzan los cimientos! Pierden las poblaciones su aspecto conventual, su tinte apático, su enfermizo matiz, y cobran al ruido de las centrifugas, entre los pámpanos frondosos, entre los aromáticos cafetos, los colores de la juventud y las revelaciones de la vida. La libertad abrió estas puertas.

Venia antes todo lo extranjero por el camino de Isabal, y eran ciudades importantes, por su enviar y recibir, las hoy dormidas Zacapa y Chiquimula. Pero, en cambio, ¡cuánto entra por San José, cuántos cañaverales rodean a Escuintla, qué múltiples siembras las de Amatitlán, qué vigorosa producción la de los Altos, tierra fiera y batalladora, naturaleza fértil y agradecida! Todo se va del lado del Pacífico; mas muy rica es la tierra, y hecho camino por el Norte, gran resurrección espera al afligido lado del Atlántico.

Quezaltenango crece como las espumas de la mar. Ella tiene tortuosas calles, pero mercado animadísimo; aspecto antiguo, pero vida completamente nueva. Y poderosa, infatigable. A las doce del día véndese por acá trigo, maíz por allá, por allá lanas. Celebra éste sus patatas jugosas; dice aquél que tiene la ciudad 35.000 habitantes; habla el otro de los millares de arrobas de café que sin recoger

dejó tendidas en la última cosecha, por escasez de brazos; Retalhuleu, Huehuetenango, Totonicámpam Masatenango, San Marcos, hacen de ella comercio central; vense en la fría Quezaltenango, en las rudas mañanitas de frío, cuando sopla el viento cruel de enero, los frutos de la ardiente costa a par de los de la comarca elevadísima; allá viven los ricos cafeteros; allá tienen su corte de apelaciones y su Universidad; allá hacen, con amor y prisa, su ya celebrada Penitenciaría, salvadora de malvados, creadora de hombres útiles.

Hermosa vista goza el pueblo. Allá, desde su rehoya, se ve el cerro Quemado, el Xelajuk indígena, en erupción constante de vapores. Y el imponente Santa María, alto y dormido. Y, para más venturas, cerca está Almolonga, la de aguas termales, refugio de los doctores dermatólogos.

Gran obra hace Quezaltenango; gran riqueza logra; gran vida le espera.

* * *

Son las seis de la mañana, y sale la diligencia de Guatemala para la Antigua. Atrás quedan el castillo de San José, la allí inofensiva plaza de toros, donde, ¡oh honor!, se ha llamado asesinos a los espadas españoles; porque es hermoso lo de capear, y animado lo de burlar al bruto, y arrogante lo de retarlo, azuzarlo, llamarlo, esperarlo, y es lujoso el despejo, y gusta siempre el valor; pero lo de herir por herir y habituar almas y ojos de niños, que serán hombres, y mujeres, que serán madres, a este inútil espectáculo sangriento, ni arrogante, ni animado, ni hermoso es. Así que, más que bravos toros, lidian en la plaza negros ojos de dama y atemorizados sombreros de hombre; que unas y otros

gustan de ver, más que sangre, ágiles juegos de titeres, sin carácter de nobleza, pero sin carácter de crueldad.

Y, camino de la Antigua, se dejan castillo y plaza. Y la Unión y la Libertad, pueblecillos nacientes y crecientes; hijos risueños del exuberante calor de la ciudad.

Allí, a lo lejos, se comprende por qué los egipcios hacían pirámides para sus muertos. La manera de enviar un muerto al cielo es acercarlo a él. Y nada más elevado que las montañas, y las grandes montañas son piramidales. Y ¡cómo burla la naturaleza americana al maravilloso arte faraónico el osado, el perfecto, el semihumano, con su volcán de fuego, coronado por los blanquísimos vapores, con su volcán de agua con su falda sembrada de flores amarillas! ¡Bien haya este camino que recorreremos, tan rico en manantiales, tan lleno de colores! Azul quiebracajete, pintada guacamaya, morada campanilla; sobre un tronco agrietado, una blanca enredadera; sobre una oscura piedra, una parásita; que cuando muere el abuelo nace el nieto; que cuando el plátano se fatiga se reproducen sus hijuelos; y en Italia, cuando el arte había muerto, nació de un sepulcro. Toda muerte es principio de una vida. ¿Quién no teme a no ser honrado? ¿Quién no lo sabe ya?

Henos al fin, por esta vía hermosísima, en la vieja ciudad. ¡Vieja cúpula rota, pobre muro caído, triste alero quebrado, ancho balcón desierto! Largas calles, antes pobladas, hoy son series larguísimas de muros; sobre el alto cimborrio verde oscuro ha echado otro la yedra; la frondosa alameda, amplia, serena y grave, llora sobre las ruinas.

Pero hay aún mucha vida en aquella muerte. Los pulmones, roídos por la orgía; el corazón, hincha-

do por el pesar; el cerebro, fatigado por el pensamiento; los ojos, enfermos por la labor; la sangre, envenenada en la ciudad, ¡siempre meffical, hallan igual alivio en aquellas corrientes de agua varia y pura, en aquella paz amable y pintoresca, ante la soberbia arcada del palacio roto enfrente del deforme, pero genioso Neptuno de Julián Perales, talento artístico nativo, y en aquel aire, pletórico de existencia, libre siempre de miasmas y de contagio. Se va a la Antigua pisando flores. Se viene de la Antigua brindando vida. Verdad es que los nopales se arruinaron, que el color solferino mató a la cochinilla, que el terror y la pobreza diezmaron la opulenta población; pero para el enfermo y el poeta—¡otro enfermo sin cura!—, para el artista y el literato, que es también otro artista, siempre habrá vida nueva en aquella tierra virginal, corona fresca de aquella ciudad grandiosa y correcta, con sus ferradas y altas ventanas, a modo de Zaragoza; con sus aleros vastos, a modo de la vieja Valladolid. Y en cada flor azul que crece por entre las grietas de las torres, en cada alba paloma que se posa sobre los trozos de las naves, en cada mujer bella, aseada y fragante que cruza por aquellas calles tan limpias, tan simpáticas, tan rectas, toma el pincel múltiples tintes, hallan las liras amorosos sonos. Y cantando a la vieja ciudad—¡tan amarillo es el musgo, tan rumorosa es la alameda!—hallarán los bardos novísima poesía. Que para hacer poesía hermosa no hay como volver los ojos fuera: a la Naturaleza, y dentro: al alma.

Volvamos, pues, con un crucifijo en las manos, que allí los hacen muy buenos, y de allí es uno que está en el oratorio íntimo del Papa; volvamos, pues, entre una hermosa antigüeña, robusta y airosa, y una cesta de frutas, pintada y variada, y vien-

do de lejos la laguna de Amatitlán; como tenemos miedo a los volcanes, vamos en busca de nueva ciudad.

* * *

¿Qué nos ha hecho Escuintla, que la tenemos tan olvidada? Ella es añeja, y era derruida; pero hoy va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña; gusta el otro con delicia un terrón de blanca azúcar; cata el otro un redondo trozo de *paneta*, lo que en México llaman *piloncillo*. Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinaria, trapiches, centrifugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y a par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo y corre como el viento la riqueza.

Se siente crecer la vida por aquellos contornos. Y mientras se monda una dulcísima piña palineca, se auguran años hermosos a la que hoy es aún pueblo de tránsito, y será mañana, con el tráfico y el cultivo, esbelta y acomodada población.

* * *

Cruje la fusta, brotan pasajeros los hoteles, y en la diligencia, tirada por briosos frisonos, salimos camino a San José. Dije yo de mi Cuba que tierra ninguna tuvo como ella leguas de flores y leguas de frutas; también las tiene de flores Guatemala. Holgadas rancherías y vastas haciendas ocu-

pan las cercanías de la carretera; y por rápido que cruce el carruaje, ¿quién no ve estos macizos de verdor, donde son las florecillas menudas y opulentas mucho más numerosas que las hojas? Dije de Yucatán que tenía un campo elegante. Guatemala tiene un campo aseado. Ya estaría bien pintada en una india de negro cabello, con la falda de oscuro azul llena de flores; ya lo estaría también en un labriego de limpias vestiduras, con brillante sombrero de petate, puesta la honrada mano sobre lucientes aperos de labor.

Ese que llaman San José es pantanoso y pobre en apariencia. Y será menos enfermizo, ahora que tratan muy activamente de desecar el pueblo húmedo. Un firme muelle elegante desafía la cólera del mar. Pequeños y grandes buques pueden acercarse sin temor. Y se acercan, que aunque a los ojos humildes—como todo lo guatemalteco, crece muy velozmente San José—, más café envía afuera que mercancías y dinero—¡raro milagro de fortuna!—entra al país.

Y ahora, con el ferrocarril que ya comienza, con el buen telégrafo, con el incesante ir y venir de buques de todas tierras y de todos calados, el puerto rico cobrará más fama y crecerá, sin duda, a medida de ella.

* * *

Allá está, airado y triste, del lado del Atlántico, el que antes fué próspero Isabal. Viniendo de Belices—nombre que de Wallis ha de venir, no de Wallace—, déjase atrás a Livingstone, populosa y encantadora tierra de caribes. Suena el caracol que llama al descanso; recogen los pescadores el velocísimo cayuco; arreglan las fantásticas mujeres el

aseado hogar; ayúdanse en la construcción de las nuevas casas los unos a los otros; y en tanto, el viajero asombrado, trasponiendo la entrada del Río Dulce, ve el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río que pudo nunca un hombre ver. Otros más caudalosos: nuestro Amazonas. Otros más claros: mi Almandares. Ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera, de tan mansa laguna por corriente, de tan menudas ondas, de tantas palomas, de tan soberbios cortinajes de verdura, del cielo prendidos y orlados y besados luego por la espuma azulosa de las aguas. Islas como cestos; palmas que se adelantan para abrazar; sibilíticas inscripciones en extrañas piedras; abundantísimas aves; eco sonoro, en que se escucha algo de lo eterno y lo asombroso.

Así, en noche de luna, se llega al puerto de Isabal, que sabe ansioso que se reconocen los ríos cercanos, que se piensa en canalizar el Motagua, que se extrae oro de su sierra fastuosa, que allí afluyen, en busca de fortuna, numerosos extranjeros, y que de estas exploraciones, trabajos y nuevos caminos, espera volver pronto a aquella animada prosperidad que, con bien de los pueblos del Pacífico, ha hurtado a los del Atlántico el favorecido San José.

Y cerca de Isabal, mueve sus olas, que no ondas, el gran Golfo Dulce, laguna amplísima, por geógrafos descrita, loada por poetas, por viajeros discretos admirada. Es vasta como un mar. Encadenada ruge, e irritada es bella.

Se encrespa y juega con los buques.

* * *

Quédense tras nosotros el Mico, desde donde se es, en empinada cumbre, vecino del alto cielo, do-

minador del ancho mar, y Quirihua, y Gualan, donde tan buenos gallos ríen, donde tan buen café cosechan, donde tan hospitalariamente acogen.

Vía de Guatemala, vengamos por entre estas empalizadas y callesupidísimas, tomando de los árboles vecinos aquí un mamey, acá una ciruela, luego una almendra; un marañón después. Silvestre, espontáneo. Veamos cómo corren flotantes islas de mangos por el río; crucémoslo valerosamente; pongamos a una viajera enamorada, en el lindo sombrero, las florecillas rojas que acabamos de coger en el camino; oigamos en la iglesia de Zacapa el tamboril y la chirimía, con que llaman al culto y hacen fiestas; comamos de su queso; gocemos de los chistes de su gente; anotemos en nuestra cartera de viaje la vivacidad de sus mujeres; lamémos sus grandes tiendas, repletas antes, hoy desiertas; saludemos su iglesia y su plaza y preguntemos a este buen arriero qué le ha parecido la próspera Cobán.

* * *

Era Cobán, quince años hace, un pueblecillo oscuro, rico en indios caprichosos, en fértiles terrenos, en pastos excelentes, en animadas *marimbas*, que son, a modo de tímpano, el instrumento popular que acompaña todo baile, bautizo, fiesta y concurrida chichería.

Hoy no es sólo pintoresca morada de indígenas, sino bullicioso centro de adinerados cafetaleros, de holgados labradores, de laboriosos extranjeros. Ha corrido la nueva de la fortuna de Cobán. El café enriquece; la enriquecerá pronto el ganado.

Allí van los franceses inquietos, los norteamericanos ansiosos, los recomendables alemanes, hasta

los graves ingleses. Les hablan los cafetos con sus blandos rumores de la tarde, un lenguaje gustoso al hombre honrado: la subsistencia debida al trabajo propio, el placer de acumular, sin avaricia ni maldades, el pan de la mujer, la cuna del primer hijuelo, los libros de los hijos.

En tanto que los de allende hablan de la sabrosa uva de Salamá, que, al decir de un catador de fama, compite con la de Fontainebleau la variedad morada, y de la blanca, de la familia de indios salamatecos que de México a allá fueron, de la opulenta vegetación de la comarca y sus productos múltiples, de cómo es linda la alegre San Cristóbal con sus ladinos picarescos, con sus indígenas trabajadores, los indios cobaneos bailan su agitada zarabanda, y el santo inmóvil contempla la algazara y baraúnda, y cada indio con su vestido de algodón resplandeciente, y cada india con su enagua plegada, con su *huipil* suelto, con su cabello aderezado con trenza luenga de lana, deja un *medio* piadoso en el infatigable plato católico; ¡absorbe tantos ahorros de los pobres pueblos!

Usan aquellos indios curiosas baratijas. Es una el rosario o collar ceñido al cuello, en que usan el dinero. Es otra sus originalísimos aretes, que son monedas de a dos reales del ahogador e infamante tiempo de Carrera, el mutador de los caracteres viriles, el torcedor de la naturaleza humana. Resucitar es menester después de haber sido muertos de aquel modo.

Cobán tiene ahora lindas cosas: torre alrosa de arte moderno, celebrada iglesia—que nunca faltan en los pueblos hispánicos iglesia y castillo—, cárcel y grave convento de Santo Domingo.

Viniendo de Guatemala para el puerto, ¿cómo no nos detuvimos a almorzar, de paso para el Palín de las frutas, para la Escuintla de las cañas, en Amatitlán, la antigua nopalera? ¡Ah, valle! ¡Ah, ricas sementeras! ¡Ah, grandes volcanes! ¡Ah, eternas maravillas!

Tibia es el agua, como brotada de tierra presa del vivo ardor del turbulentísimo Pacaya. Humildes van muriendo los tristes nopales olvidados; pero arrogantes se alzan sobre ellos la dulce caña criolla, el oloroso café con flores de jazmín.

¡Bien se entienden ahora los ricos trajes, los soberbios caballos, los paquetes de especie, las numerosísimas escuelas que dan vida y belleza a Guatemala! La verdad, sobre todo, en punto a hacienda, es que la savia de las plantas es la más segura savia de los hombres.

* * *

Sepamos, pues, de qué productos vive la tierra que por un lado abraza a México y por otro a sus Repúblicas hermanas.

Y digamos ahora algo de sus departamentos principales, que los tiene vastos y muy productivos y muy trabajadores. Cada hombre se ocupa de sí mismo, y fia a su obra propia, no a la casualidad ni a las revueltas públicas, su éxito... Modo de adelantar.

Llaman Retalhuleu a un departamento que rebosa maderas, y succulento cacao, y el exquisito grano americano.

Esto y caña produce Mazatenango, del mercantil Quezaltenango fiel tributario.

En Quezaltenango abundan, sobre las fertilidades apuntadas, los ganados lanares. Inexplotado

este ramo, es fuente segura de riqueza. Mucho tienen que hacer allí cardadores, exportadores, tejedores.

San Marcos cría ganado bueno a fe; espiga el trigo de oro, cultiva el maíz nutritivo, amén de los productos generales.

Y Sololá, ¡lindo lago tiene! Así como al borde de la fuente vagan palomas blancas, así cercan el lago pueblillos de indígenas agricultores. ¡Dicen que por las mañanas allí es muy bello el Sol!

De Escuintla, el rico departamento, ¿quién no vió los vastos zacatales, las risueñas haciendas, las jugosas frutas? Sale allí al encuentro la fortuna. Ese bravo novillo, ese necio cerdo, todo es en Escuintla olvidado germen. Aliméntanse allí los cerdos con camote y maíz, que de tierra copiosamente brotan. A hacendar, pues.

De Amatitlán dijimos la del agua salitrosa y valle mágico, mágicamente fértil.

Comprende Sacatepeques a la antigua Guatemala. Como en fresco nidal naciesen aves, esmaltan el ameno valle de saludables corrientes y aromático clima muy numerosos y pintados pueblos. Y como descansarían las avecillas sobre brillantes hojas verdes, así los pueblos sobre tupidos valles de legumbres. Rico es en brazos este departamento.

De Chimaltenango, si es tierra americana y además guatemalteca, ¿qué menester es decir que es tierra fértil? Crece ahora con el ir y venir de pasajeros.

Y llegan a veintidós los departamentos que fuera larga cuenta, y da envidia ir diciendo cuánto producen, auguran y valen.

Pero hay uno que no es para callado, y hasta el nombre es poético: la Alta Verapaz. Sus hombres son, como hijos de los trópicos, apáticos, pero su-

misos y amantes del trabajo. En pastos, no hay cuento de lo que da espontáneamente aquel terreno, y salamatecos y cobanecos tienen gran porvenir en la hoy descuidada ganadería. Bien es cierto que Salamá es en sus contornos, al decir de los que los han visto, ardiente y estéril; pero la viña se está allí extendiendo grandemente. Ya hay varias siembras y frondosas vides; ya han venido explotadores americanos y comprometido capitales serios en la elaboración del caliente zumo de la uva. Y como da el Gobierno cuanto le piden, y por acá cede tierras, y por allá quita derechos, y al uno llama con halagos y al otro protege con subvenciones, Salamá y Cobán están de fiesta, y ven día a día más crecida su ya considerable suma de huéspedes.

Luego tiene Cobán almacenes buenos, camino carretero hasta Panzos, puerto interior de importación y exportación, en el Polochic, de arenas de oro, que vierte su agua preciosa en la extensa laguna de Isabal.

Y es cosa de hacerse pronto dueño de más tierras que la casa de Zichy tuvo en Hungría, y tiene Osuna en España, y gozó en México Hernando Cortés. ¿Quién no compra aquellas inexploradas soledades, frondosas y repletas de promesas, si se venden a cincuenta pesos la caballería? Y como tienen por aquel departamento tan justa creencia en que criando cabezas de ganado se irá pronto a la cabeza de la fortuna, ¿quién no empaqueta libros y papeles—¡aunque ellos, no; que son los amigos del alma!—y se va, con sus arados y su cerca de alambré, camino de la Alta Verapaz?

* * *

¡Oh, sí! El rico grano, que enardece la sangre, anima la pasión, aleja el sueño, inquietísimo salta

en las venas, hace llama y aroma en el cerebro; el que afama a Uruapan, mantiene a Colina y realza a Java; el *haschisch* de América, que hace soñar y no embrutece; el vencedor del te; el caliente néctar, el perfumado cafeto, crece como la ilusión con los amores, como la marcha de la nube con el impulso de los vientos, en los cerros y planicies de la hospitalaria Guatemala.

Quiere el café suelo volcánico: ni el muy ardiente de la costa, ni el muy frío de las cumbres; lo que llaman en Guatemala bocacosta.

Y es bueno, porque de veras será bien remunerado el que a ellos vaya, señalar dónde plugo a la Naturaleza hacer más fértil el grano. Es muy allá del lado del Pacífico; sueño parece en la Costa Cuca el crecimiento de la planta; fantasía en San Miguel Pochuta; surgimiento impensado en las planicies de Chinaltenango; capricho lujurioso en las faldas del cerro de Atitlán, volcán dormido. Por Pochuta crecen muy rápidamente las haciendas. Porque es ir, plantar, esperar y hacerse rico. Aquí dos, allí tres, muy rara vez más de tres años, y ya los fatigados brazos no bastan, ni aun con el ansia primeriza, a recoger del tapizado suelo la abundantísima cosecha.

Pero ¿es por aquí sólo? ¡Oh, no! Que es por todas partes.

Esa gran Costa Cuca, por el Gobierno hoy con tanta generosidad cedida, con tan patriótico celo distribuida, con tan vivas instancias solicitada, divisa el mar inmenso. Está en Quezaltenango y alcanza a la frontera chiapaneca. Tres anchas leguas prósperas en una extraordinaria longitud. Bien es verdad que se vende a 500 pesos caballería; mas de tal modo produce, que vender de este modo es dar la tierra. Porque ¿quién no la compra, si este

mismo dinero en vales se ha de pagar con grandísimo descuento, cosa así de un 60 ó 65 en cada centenar de pesos duros?

Y ya el terreno falta para los que lo quisieran poseer. Bien hacen los que hoy rigen la vida guatemalteca. La raza indígena, habituada, por imperdonable y bárbara enseñanza, a la pereza inaspiradora y a la egoísta posesión, ni siembra, ni deja sembrar, y enérgico y patriótico, el Gobierno a sembrar la obliga, o permitir que siembren. Y lo que ellos, perezosos, no utilizan, él, ansioso de vida para la patria, quiebra en lotes y lo da. Porque sólo para hacer el bien, la fuerza es justa. Para esto sólo; siempre lo pensé.

Cultivar, emprender, distribuir; como arrastrado por secreta fuerza ciega, tal mente guía al que preside hoy a Guatemala. La riqueza exclusiva es injusta. Sea de muchos; no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan. Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza. En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.

Hay grandes gérmenes; descúbranse y desenvuélvanse.

Hay vastos campos; siémbrense y aprovéchense.

Enseñar mucho, destruir la centralización oligárquica, devolver a los hombres su personalidad lastimada o desconocida; tales cosas propónese y prométese el Gobierno actual en Guatemala, que pone contribución sobre los caminos, pero con ella abre escuelas. El presidente suele traer entre su escolta pobres indios, pobres ladinos, que recoge por los míseros campos para que sean enseñados en las

nuevas escuelas de la Capital. Vienen con los pies desnudos; vuelven profesores normales. Traían la miseria cuando Barrios los recogió; llevan a sus pueblos una escuela, un hombre instruido y un apóstol. Sepan cumplir y agradecer.

Lo sé bien y lo veo. Presidente y ministros anhelan atraer gente útil, que lleven una industria, que reformen un cultivo, que establezcan una máquina, que apliquen un descubrimiento. No parcos, pródigos son de dádivas. Hay afán por ocupar a los inteligentes. Los hombres de campo tienen allí su techo y su mesa. Quiere el Gobierno que den ejemplo, inteligencia y fuerza a los campesinos, a menudo desidiaosos, del país. Resucitar; esto quiere el Gobierno.

Cultivar, emprender, distribuir.

* * *

Honra ahora allí el Ministerio de Gobernación, encargado de los asuntos de tierras y repartos, un hombre grave y modesto, don José Barberena, amigo de su patria. Elogio de un hombre que otro hombre puede hacer sin sonrojo. Se anima hablando del crecimiento de la riqueza, de las empresas proyectadas. Todo lo explica, facilita y favorece. De él hube datos, y debo decirlo en justicia. Entusiasta de la tierra en que nació, como a hija la quiere; a su bien, como al de una hija propia, se consagra.

Y hablando juntos de las desgracias pasadas y de las posibles venturas de estos pueblos, es como supe—y a otro hombre honrado, ministro de Fomento, don Manuel Herrera, debí también datos de esto—que así como ya andan por los corredores de los buenos hoteles de Guatemala los ingenieros encargados de la construcción del ferrocarril, otros

examinan el lago Motehua, ven otros la manera de limpiar la tenaz barra del caudaloso Polochic.

Amplia y segura, va ya camino del Norte la carrefera que ha de unir a la hermosa ciudad con el Atlántico, con lo que podrá Alemania saciar ya fácilmente su amor extraordinario al buen café, y renacerán las angustiadas esperanzas de los habitantes de Zacapa y Chiquimula, tierras de plátanos y mangos, de grueso maíz y ricos quesos.

¡Y de excelso café!

* * *

De manera que es forzoso volver a hablar del jugo excelso.

Por Zacapa el más estimado es el Quezaltepec, que viene siendo *cerro de quetzales*. Y ¿cómo ha de haber nada malo donde hay una ave tan hermosa? Muy bella, porque no se dobla a nadie.

Es fastuosa esta producción en toda la República. Tarda, en la Costa Cuca, sobre todo, dos años en dar fruto, si es de trasplante; tres si es de semilla. Produce generalmente cada árbol de cuatro a cinco libras, sin que sean raros los que dan seis. Quien tiene 25.000 árboles, tiene mil quintales al año de café. En la tierra muy caliente dura la planta poco, pero en la media vive sin riesgo largo tiempo.

Colosales gradas llevan de la costa al interior del continente.

A más de la Costa Cuca, rinde cosecha desusada toda la faja de la bocacosta, en la grada primera y la segunda, que llevan en fértiles y ascendentes ondulaciones a las altiplanicies de la comarca.

Favorece a la planta la tierra de San Marcos. de

altiva gente, de dos temperaturas, de bellas perspectivas.

Como tierras cercanas a volcanes, por excelentes son tenidas las del Atitlán, de Santa María, del Pacaya.

Y a todos estos terrenos únense la bocacosta de Patulul, la estimada Santa Lucía, Cotzamalhuapa, Siquinalá y las extensiones, blandas al arado, que hermocean el sur de la antigua Guatemala.

Y como si la tierra caliente no fuera bastante a producir el preciado fruto, la templada no le va en zaga. Bien es verdad que no se da el café tan pronto en ésta como en aquélla, pero el grano de temperatura moderada es superior, según hábito y afirmación de discretos cultivadores, al de temperatura ardiente. Dase por esto bien en Amtitlán, la trémula amenazada del Pacaya; que es bien que junto al volcán de la tierra se dé el jugo volcánico animador de la pasión y del pensamiento. Y no menos bien se da en Petapa. Proyécese en Cuajiniquilapa, mas no con tanto éxito.

* * *

De Amatitlán hablamos y de su espléndida laguna y de la sorprendente del Río Dulce. Tierra de lagos es, pues, Guatemala, que a par de éstas bien merece memoria la laguna de Ayarza; tendida sobre cráteres, por nadie alimentada y alimento ella de muchos manantiales. Cosa que hace creer que en la erupción de un volcán o de los dos volcanes sobre que descansa quedó formado un pozo artesiano natural.

Se ama más la Naturaleza alrededor de la laguna con su extenso horizonte, con sus planicies fértiles, con su abundancia de brazos, los más recios

por cierto para el trabajo y más voluntarios, como se dice en lengua campestre, que hay en el país.

Y se desea la ciencia para conocer hondamente el raro misterio. Tiene la laguna de tres a cinco leguas de largo, y a medida que la sonda adelanta nótese que se hunde, como si las pendientes laterales formaran embudo, en progresión verdaderamente rapidísima. Llégase a 150 varas de la costa, y no alcanza ya la sonda.

Responde aquella tierra amantemente al golpe más perezoso del arado. No se resiste, sino que se brinda. Está fatigada de su inacción, y se abre en vida. Todo prende en aquel territorio afortunado. Dírase y dase el café con gran riqueza. Crecen, silvestres, muy jugosos pastos. Gimen desiertas las praderas vastas. ¡Y esto a veinticinco leguas por buen camino a Guatemala, a veinte de la costa del Pacífico, cuando por toda carga, cuatro reales cuesta llevar desde la cercanía de la laguna cada quintal a Guatemala!

Soberbia hacienda la que pudiera hacerse allí, y mucho más de una, con tan hinchado seno, con tan extensos brazos. Alejemos, alejemos libros y papeles y vayamos, como Cincinato, como Wáshington, como mi profesor de griego, a sembrar trigo, a vigilar ganado, a cultivar cerezas. Mi profesor de griego es un gran hombre. Lloró porque nos dejaba presos cuando él salía libre de la cárcel. Son, pues, buenos sus ejemplos.

* * *

¿Y por Verapaz, donde se da todo?

Por Gualán crece bien el cafeto, y el río Montagua, de famosa boca, arrastra en sus ondas las flores blancas del cargado arbusto. Y también crece en

la parte fresca de la costa del Atlántico, aunque éstas, más que para café, para caña están hechas, porque crece lujosa y se exportaría el azúcar fácilmente. Cultivándola anda por aquellos rumbos, y él mismo es maestro de azúcar, humilde *puntero*, uno que fué gobernador de Nueva Orleáns: Cincinnati Sino.

Y por Cobán se da el fruto nectáreo, con mejores condiciones en los lugares apartados de la caibecera.

¡Oh, café rico, generoso, don de América, que en corrientes de vida vuelve a Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Madame de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café.

Y en la demolición de Europa vieja, por Voltaire comprendida, ¿cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

* * *

Destronado el te tibio, padre oscuro del amargo *spleen* de los ingleses, y del cobarde laxamiento de los chinos, pierde también corona y cetro el alimentoso chocolate, tan gustado de los españoles y los clérigos, sin que falten humildes seglares, y de todas tierras, que a la sabrosa *bavaroise* parisiense, de aquel lindo café que asoma muy cerca de los Bufos, prefieran una taza de Tabasco, o una de buen cacao guatemalteco.

Enojoso el cultivo, y aminorando de consumo, no faltan, sin embargo, capitalistas que intenten su exportación, ni hacendados que abastezcan el sólido gusto que en Guatemala se tiene por el, en verdad, muy nutritivo chocolate. Con poco azú-

car lo usan, pero ¿a qué, si lo sirven blancas manos?

* * *

Lo que de veras ha de preocupar a las gentes honradamente ambiciosas, es el seguro bienestar que se conseguirá en aquellas tierras dando incremento a la ganadería. Porque el ganado escasea y es solicitado. Se le compra barato y se vende caro. Como la demanda crece, la oferta encaece. Si se tiene dentro, ¡qué gran ventaja para los tenedores! Ahora hay que ir a buscarlo fuera. Centuplicarían los capitales destinados a esto. "Con criar cerdos, esto es, con dejarlos comer, me decía un ministro, se hace uno rico." Yo pregunté en Escuintla, y tenía razón.

De 17 a 22 pesos se compran míseros novillos y en 35 pesos se venden luego, y en 55 sonoros duros, un buey gordo.

¡Y son por todas partes tan fáciles los pastos! y ¡los hay tan buenos por Salamá, por Cobán y por Ayarza!

Huehuetenango, el departamento de hermosa cabecera, es rico en esta producción, y, como en Jalapa y Jutiapa, hay buenos pastos, muy macizos, para allá se encaminan los especuladores. Y hacen bien, que una gran fortuna merece el trabajo de buscarla. No hay en la tierra más vía honrada que la que uno se abre con sus propios brazos.

Así lo entienden los franceses que por Gualan tienen café, los americanos que por Salamá hacen vino, los ingleses que por Isabal tienen ganado.

* * *

¿Qué madera es ésta, tan flexible, tan blanda, tan dúctil por su cara del corte?

Guatemalteca es, y un guatemalteco está labrando en ella.

¡Ah! ¡Si la conocieran los grabadores europeos! Es el huachipilín suave y rojizo, que reemplaza con justo éxito al bru afamado de Turquía.

Porque en maderas, como en todo género de producciones americanas, Guatemala es madre infatigable. Ella tiene el veteado granadillo, el ébano lustroso, el duro ronrón, de vetas negras; el inflexible guayacán, el maqueado brasilete. Y allá por el Peten rebosa la caoba, cansa el cedro.

Por cierto que en el Peten, más rico en ruinas que en hombres trabajadores, hay un muy bello lago, el de Itza, y en medio de él se alza la capital, canastillo de casas, ciudad de flores.

* * *

Y ¡cuánto natural producto abandonado sin aplicación!

Porque el maguey crece, se da el hule en los bosques, el algodón brota en la selva.

Los campesinos de las comarcas del Atlántico secan sobre delgados cujes pálido tabaco, que sería mejor a estar cuidado. Y como la hoja pura va desterrando a lo que por allá llaman cigarrillos *de tusa* y *dobladores*, y por Yucatán llaman, aunque en distinta forma, *joloche*s, fuerza es que la producción del tabaco, libre y protegida, se vea pronto en estado de dar abasto a la creciente petición, sin acudir para ello a muy raros tabacos extranjeros. Se intenta en las haciendas un ensayo. Mis laboriosos hermanos de familia, maestros en el cultivo, vendrían alegres a hallar ellos pan de

destierro, ganado en honra de la industria y bien del país.

Y del hule, si, como hoy, no se le desdeña, podrá sacarse gran partido. ¡Con qué placer leí yo, ni sé en dónde, hace unos días: "Hule mexicano!"

Y como es tan útil, tan abundante y tan fácil, apenas conocido, como el maguey, abrirá al victorioso porvenir de la activa República nuevos caminos.

Con el maguey múltiples los tiene. Muy preso yo, me hicieron poner ropa de corteza de árbol, hecha en los Estados Unidos. Raspaba y hería; pero era por la patria. La del maguey sería mejor.

Tónicos, líquidos, bebida vegetal, vinagre y bálsamo, papel y tela, podrían lograrse de la planta fértil. El país trabaja y compra. No sólo los agricultores, sino los industriales, hallarán en Guatemala gran quehacer. Porque la ciudad, sin dejar de ser propia, entra a ser francesa. Se afinan los gustos, naturalmente delicados. Lo superfluo se va haciendo ya preciso. El patriarcado reza el rosario, se hace viejo y cede su lugar al *confort*. Arreos y telas de México, manta barata y buenos casimires, sombreros y sarapes, airosos fustes y piedras de ónix, telares de los Estados, ¿qué hacéis ociosos? Ejemplos múltiples daría yo ahora de fáciles riquezas logradas en los que fueron dominios de Alvarado, con trabajos breves.

* * *

Y los mineros, ¿qué no investigan? Por Isabal extraen ahora oro, y al cebo de Belice y rumbos varios han acudido aventureros numerosos. Señala la pública voz minas de plata inexplotadas. Y ahora que el carbón de piedra inglés va escaseando,

que el vizcaíno encarece, ¿por qué no examinar los osados las entrañas de la tierra, que así, dando carbón, producen oro? El trabajo convierte en amarillo lo negro. Es milagroso el trabajo.

* * *

Bien, pues, y de veras bien. La tierra es rica; pero ella misma, por los honrados hábitos de los que viven, por la enérgica voluntad de los que la gobiernan. Crear, extender, vivir; esto se quiere. El país no opone resistencia. Ama la limpieza, está acostumbrado a la sobriedad, gusta del trabajo. Naturalmente artístico, una vez despierto el gusto, buscará con amor todo lo bello.

Una larga dominación ha quebrado un poco el carácter. Pero él resucitará. La dignidad es como la esponja: se la oprime, pero conserva siempre su fuerza de tensión. La dignidad nunca se muere.

El país tiene la firme decisión de adelantar: va por buen camino, piensa más en la agricultura que en la política. La política grandiosa es el primer deber; la mezquina, el mayor vicio nacional. Ni la pereza, ni la incuria son vicios guatemaltecos. Gocé mucho viendo a un ladino, allá en el fondo de un monte, leer atento, mientras su hijo aderezaba la carga, un libro de muestras de centrifugas. Los indios apáticos se quejan, pero el Gobierno respeta a los buenos—¡y los hay tan buenos!—y pasa por sobre los tercios, raras veces malos. Allá, por la Antigua, hay limpiísimos pueblos que obedecen a un *gobernador* indígena, que lee periódicos, que sabe francés, que con el ejemplo y la palabra enseña virtudes, y en el humilde campo estableció y mantiene escuelas.

Los inteligentes agricultores, los útiles mecáni-

cos, los industriales prácticos, hallarán en Guatemala una tierra que paga de sobra el servicio que se le presta, un hogar afable y un cimiento de fortuna.

No se rechaza al extranjero bueno; se le llama y se le ama.

Hay impaciencia por ver cumplida una alta obra: la grandeza patria, basada en la prosperidad. Cuanto ayuda a producir es ayudado. Se piden hombres; no se les rechaza. Ni son como en Jauja, de terrones de azúcar las casas; pero allí, con la miel de la buena voluntad, el azúcar es muy dulce.

* * *

Y en el alma de Guatemala ¿no hay artistas, no hay pintores, no hay músicos, poetas? ¿Nada a nadie dijeron las palmas de la Antigua, las palmas de Amatitlán, las flores sobre los cráteres, los verdes cañaverales escuintlecos? Y el amor ¿no soñó? Y la historia ¿no se pintó? Y la simpática malicia guatemalteca ¿no halló lira?

¡Oh, sí! Hay poetas queridos, hubo buenos pintores, hicieronse grandiosas esculturas, se cultivó el alma tanto como el campo!

Y ¡qué triste un cultivo sin el otro!

Capítulo de poetas.

* * *

Cuando murió José Batres, un gran poeta, dijo Alcalá Galiano, un gran orador: "Harta enfermedad tenía él con vivir."

José Batres nació en Guatemala. Supo francés e italiano; leyó a los enciclopedistas y a Casti; ciñó espada y tañó el laúd; vivió digno y murió jo-

ven; temía no gustar y gustará siempre. El orador español tuvo razón. Alma grandiosa, cantó con metro épico afectos concentrados y sobrios. Sufrió como Bécquer, amó como Heine, cantó poco porque tenía poco grande que cantar. Murió de vida, como el autor de las "Rimas". Se reía, pero se moría. Los que leen las sabrosas estrofas de "El reloj", las picarescas descripciones de don Pablo, ni a Lope, ni a Villaviciosa, ni a los satíricos de Italia echan de menos. Un verso de Pepe Batres no se olvida nunca. Hubiera sido amigo de Manuel Acuña. El era pulcro, casi adamado, observador, temido, agudo. Superior al mundo habitual, se vengó de él, ¡oh noble alma!, legándole, a modo de pintura de ridiculeces, inimitables y vivacísimos poemas. Como Ercilla la heroica, manejó Batres la octava burlesca. Ningún consonante le arredra, y, de intento, como Bretón, los amontona difíciles, y como Bretón, triunfa siempre de ellos. Sus descripciones, ora gráficas en una frase, ora ricas de vericuetos y detalles; sus pintorescas enumeraciones, la burlona amargura con que flagela el falso pudor, la necia petulancia, la monjil severidad, la vanidad ridícula; los raros, desusados y valientes giros con que matiza su lenguaje; la rica instrucción literaria que revelan sus naturales alusiones; el seductor descuido; las inagotables sales; los punzantes episodios; la filosófica sensatez; el castizo abandono de aquel ingenio genioso que sabía elevarse como el águila, gemir como la paloma, vivacear como la ardilla, hacen del vate guatemalteco, injustamente olvidado de los que estudian la América, una extraña figura, pálida, profunda, entera, hermosa y culminante.

Era en la conversación general ¡demasiado serio! o silencioso. No lo entendían, y se ahogaba. Dotado de potencia inmensa de observación, se hi-

zo satírico, porque tenía que hacerse alguna cosa. En este género lo juzgan, y esto es equivocado. Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles. Cuando escribía íntimamente, y en la intimidad hablaba, leerlo u oírlo dolía. Era una desesperación severa, sin satirismos falsos, sin byronismos imitadores. Lo comparan con Espronceda; vale más. Para juzgarlo, no ha de leerse lo que hay suyo, que es lo menos valioso y es poco; ni se puede leer lo que religiosas preocupaciones destruyeron, y fué muy bueno y mucho; de juzgársele ha por lo que en lo que hizo reveló que haría. Amó y practicó lo bello en toda forma. Gustaba de verse elegante, y elegantemente hablaba y discurría. El pintó un desierto en estrofas que secan y que quemán. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran, que son muy sencillos, que son muy grandes, que los extraños copian: "Yo pienso en ti."

Desdeñó el amor como amorío y lo profesó como religión. Fué mal político, leal hermano, notable músico, profundo conversador, bravo soldado, excelente prosista y gran poeta.

No tiene tumba. Descansa en la memoria de sus enorgullecidos compatriotas.

Donde escribió, grabó. Donde censuró, curó. Lo que imitó, realzó. Desconfió de sí mismo y amó puramente. He ahí su epitafio.

* * *

Quando yo venía, un año hace, animada de sueños la frente y frío de destierro el corazón, del ca-
juroso Isabal a la templada Guatemala, en una al-

dehuela que llaman el Jicaro, luego que hube visto pasar, en brillante cabalgata, el cortejo de dos ri-sueños novios, eché pie a tierra en casa de un ladino, decidor, fanfarrón, letrado y tuerto; cosa ésta última que tiene en el carácter más importancia que la que le es generalmente concedida.

Enseñado que me hubo una mohosa tajante, que dice que cercenó cabezas en más de una batalla fratricida, y una mazorca de maíz, que por allá llaman de fuego, porque, echada la semilla, a los sesenta días da fruto; y convenido que fué que los indios tinecos de por San Agustín—de quienes el ladino estaba quejoso—son gente hosca y rebelde, muy apegada a lo suyo, muy reacia a lo nuevo y muy enemiga de los curas malos, comenzó el ladino, para dar tiempo a que me frieran unos humildes *blanquillos*, a recitar, mal que bien, una buena fábula.

La primera redondilla me hizo alzar la cabeza; la segunda, fijó mucho mi atención. ¡Qué gracia y animación! ¡qué rima tan nueva, a veces brusca, pero siempre atinada y original! ¡qué copia de la Naturaleza! ¡qué observaciones tan americanas! ¡qué propiedad, al fin, y qué olvido de esos convencionales apólogos del indio Pilpay, y el liberto Fedro, y el rubicundo Lafontaine, y el amanerado Samaniego!

—Eso es muy bueno—decía el ladino—. Así para el venado las orejas; como él dice, mueve la cola; así de ese modo se pone la trampa; me parece ver saltar al animalito.

¡Oh, elogio perfecto, tan apetecido y tan raro; ser hombre de ciudad, y ser admirado, en cosas de campo, por un hombre de campo!

El fabulista, ya ido de la Tierra, es García Goyena; bien haya el que hizo en Guatemala lo que

en Cuba hizo Jeremías Docaranza, José María de Cárdenas: americanizar el apólogo. Censurar nuestros defectos con nuestros animales y nuestras plantas. Acomodar a nuestra naturaleza las moralejas. Tomar de nuestra naturaleza nuestros ejemplos.

Picaresco en los epigramas, severo en las epístolas, ingenioso en los múltiples jueguecillos de talento, en su tiempo de moda, fué García Goyena; siempre, en el pensamiento, intencionado; en los giros, variado; en la rima, atrevido; aunque a las veces no muy preciso ni correcto.

Amante de la Naturaleza y observador profundo de ella, en las fábulas de García Goyena, que son, de vez en cuando, más que máximas oportunas, inimitables descripciones y graves y nuevos consejos, se aprende esa simpática ciencia animada de los árboles y de las aves, de las flores y de los brutos; sus costumbres, sus amores, sus peculiaridades, sus cualidades dominantes. Cáustico en política, práctico en moral, exacto en ciencia, nuevo en la invención, rico en literatura: ese es García Goyena.

* * *

Hay en la Escuela Normal, que en la educación generosa, tolerante, aplicable y liberal, completa la obra del Gobierno en la política, unas muy animadas reuniones de hogar, donde, a tiempo que se familiarizan con la vida social de los educandos, se hace buena música, se dicen discursos, se cantan correctamente bellas piezas y se leen a menudo buenos versos. Cosa de familia, con buena voluntad y con perfume. Gozo yo con que el que la haya establecido y recoja ya sus frutos de apostolado sea un

cubano, amigo de los hombres: José María Izaguirre.

A aquel proscenio humilde subió una vez un elegante mestizo, de esbelto cuerpo y rizada cabellera. Y dijo una muy larga tirada de versos que él llamó fábula, como la llamó su autor, y tiene, sin embargo, los tamaños de un poema didáctico apológico si, pero, a más, en el fondo interesantísimo y en la vestidura magistral. Original urdimbre, sonoro endecasilabo, fáciles asonantes, corte osado del verso, más cuidadoso del pensamiento que de la censura, hábil enseñanza en deliciosa forma, tal fué y así me cautivó la, por desventura, única producción conocida de fray Matías de Córdoba, ya muerto: "La fábula del León". Trozo es ese que hace a un poeta; revela reposo de carácter, evangélica bondad, clásico estudio.

* * *

¿Quién no sabe en Centro América algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos, que lo de uno parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, ríos de la infancia, flores de la tierra, ilusiones, flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro; todo esto tiene en estos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común ni preconcebido, sino sincero, suave y blando. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca; su esperanza es honrada y anima; sus sueños son posibles y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe.

* * *

Hubo ¡también muerta! una poetisa en Guatemala, amiga de Batres, famosa decidora, que no dejó suceso sin comentario, hombre sin gracioso mote, defecto sin epigrama, conversación sin gracia. Talento penetrante, alma ardiente, rima facilísima, espíritu entusiasta, carácter batallador, fué María Josefa García Granados, por mucho tiempo animación y para siempre gala de la literatura guatemalteca.

Ella no desdénaba ir a las Prensas, publicar papeles, provocar controversias, sostenerlas con brío. En prosa, como en verso, escribía con sólida fluidez. Era abundante, pero tanto en pensamientos como en versos.

Lo serio de ella no vale tanto como lo incisivo. Anda casi en secreto un *Boletín del Cólera*—de los tiempos en que el aire mefítico del Ganges sopló fuerte, y ella, como Molière, la emprendió con los médicos—que es cosa de no dejar aquella ocurrencisima y castiza sátira un solo instante de las manos. Picantes ensaladillas, difíciles—nunca vulgares—charadas, por ella levantadas a género digno de estudio y de cultivo, porque en sus versos adquirió siempre gracia, a veces ternura, a menudo profunda expresión lírica; retratos, anacreónticas, canciones, epitalamios y letrillas; ir y venir de vivas réplicas; diaria y siempre nueva discusión de sucesos grandes y pequeños; tales fueron los culminantes caracteres y múltiples empleos de aquel extraordinario espíritu, de aquella mujer viril, de aquella lira fácil y elegante.

* * *

Marure se llama el historiador de las revoluciones en Centro América, valioso libro que el Go-

bierno reimprime ahora y que alcanza hasta el año 1852.

La ira de partido persiguió al muerto hasta su obra, y la última parte de ésta, por muy notable tenida, desapareció sin ser vista de nadie. Costaba entonces trabajo por allí ser liberal, y liberal fué el libro de Marure.

Muy niño yo, admiraba ya en la Habana la concisión de estilo, corte enérgico de frase, mesurado pensamiento de un letrado guatemalteco, para quien no era cosa nueva oír decir que escribía a modo del egregio prosista Jovellanos.

Rebusqué luego, para hacer unos cuantos versos dramáticos sobre el día patriótico, la librería nutrida del señor don Mariano Padilla, americanista religioso, minucioso bibliófilo, coleccionador inteligente, y hube ocasión de asombro con leer los más humildes papeles públicos que, por los años 15, y 19, y 21, y 25, y 30, veían con animación, hoy olvidada, la curiosa luz. Brfo en la idea, sensatez en el deseo, pureza y sobriedad; sobriedad, sobre todo, en la dicción. Aquellos escritores, periodistas, algunos de ellos principiantes, escribían como diestros académicos.

Leí entonces a Marure y mi celebración creció de punto. Ni quiso ser Tácito, ni había para qué serlo, que no hay más repugnantes cosas que sentimientos e indignaciones postizos; pero, salvas algunas explicables vivezas de partido, conserva la larga obra el tono histórico, sin hinchazón fastuosa, sin familiaridad censurable. Habla, no como quien lucha, sino como quien observa; y ese ha de ser el tono de la historia. Ella es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación.

Era en aquel tiempo muy corriente en Guatemala leer los libros que en Francia prepararon, con

Holbach y D'Alembert, y cumplieron con Desmou-lins y Danton, el más hondo trastorno que recuer-dan aterrados los siglos. Amén de este contagio de giros, inevitable cuando se lee, como Marure debió leer, mucho francés, bien puede aquel estilo, repo-sado y serio, servir de útil modelo a los que quie-ran en literatura hallar una manera que, sin dejar de ser caliente, responda por su templanza a las severas exigencias del criterio. Hay corte antiguo en la obra celebrada de Marure.

* * *

Historiadores no han faltado a Guatemala; ni le faltan en este instante mismo, ni escritores galanos, ni sentidos y jóvenes poetas.

En punto a historias viejas, tiene la antiquísima, la candorosa, la religiosa y crédula, pero benévola y en datos ricas, del buen padre Juarros, sencillo narrador de las épicas luchas de los indios y mi-nucioso cronista de frailes, misioneros, cofradías, imágenes, soldados y conventos.

De otro padre es otro libro, sin tanto alcance ni tanta amenidad, aunque curioso: las Memorias del arzobispo García Peláez. Hombre afamado de hu-milde, pero pertinaz, acre y turbulento. Hacía cari-dades, y en cuenta se las tengo, pero como una vez le dijese que quería hablarle un señor, y resultase que el señor era el maestro sastre, respondió con muy poco evangelismo: "Pues ese, ni es señor, ni entra." Pero él, aunque menudo de cuerpo y tenaz como un vizcaíno, era un hombre de enérgico carác-ter, de firmeza en sus derechos, de verdadero va-ler. Cuéntanse de él originalidades sin término; ya que exigiendo—a lo que dicen—un asno la ceremo-nia, se empeñó en entrar a caballo a tomar pose-

sión de su arzobispado; ya una resistencia, a veces cómica, a hacer todo lo que, siéndole aconsejado, no hiciesen los demás antes que él; ya como hizo que en el panteón de Catedral le variasen el lugar destinado a tumba suya, porque allí había una claraboya y no quería que le entrasen a molestar después los gatos.

Pero con todo esto, si no como valiosa prenda de dicción, como consejero histórico, cúmulo de detalles, color de época y juicio de los hombres, bien merece el libro del arzobispito—que así es llamado—un puesto honroso en una biblioteca americana.

En punto a historia, si no nueva en todo, nuevamente escrita, dan quehacer a las manos y fatiga a la mente, en este instante mismo, escritores distinguidos, alguno de ellos el doctor Montúfar, guerrero ya probado en las lides de la tribuna y de la Prensa, del folleto liberal, de la instrucción histórica, de la discusión viva y constante. Guerra bravamente en este campo. A él está encomendada la moderna parte de la historia. Don Ignacio Gómez, literato de nota muy justa, versado en lenguas y todo género de crítica y poesía; conocedor del mundo viejo y nuevo, caliente en el decir y en el escribir macizo y muy galano, ha la tarea de redactar otra importante época reciente; y a don José Milla, de fácil vena, de erudición notoria, de ocurrente lenguaje y vivas sales, toca la historia del que fué Reino y Capitanía general de Guatemala, desde los tiempos en que por tierras y princesas peleaban kachiques, quichéés y zutujiles, hasta los brillantes días de aurora en que la animada palabra del polemista y orador Barrundia, la vivaz actividad del abogado Córdoba y las duras consideraciones de

Molina, dieron en tierra con los muros y fondos coloniales.

* * *

No debo, pues que de libros hablo, callar una publicación reciente, a los esfuerzos debida del que ha sido para estas páginas rapidísimas, casi escritas entre los cerros y a caballo, mi generoso introductor. Es el libro *la Galería Poética Centro Americana*, que ahora revisa, reforma y con patrio celo aumenta su autor, tan hábil ministro cuanto estudioso hombre de letras y elegante poeta, Ramón Uriarte, de quien más bien no digo porque no pueda tomarse a pago del que él dice de mí.

Hácese a menudo estudios y publicaciones que, en forma de ligero folleto, van de mano en mano. Ya publica Antonio Batres, de pulcra pluma y sólidos estudios, un buen estudio sobre bellas artes; ya Agustín Gómez, que maneja bien su lengua, historia con fidelidad la institución de los cónsules; ya se cruzan alegatos impresos sobre acciones jurídicas, ricos en jurisprudencia y en calor. No es aún aquel movimiento del año 1821, guiado por la palabra arrebatada del histórico Barrundia; pero ya se renace rápidamente de aquel abatimiento enfermizo—épocas de almas postergadas, de dignidades dormidas—, en que hundió a la tierra de los terribles volcanes y majestuosos ríos el terror más que una fuerza real, el látigo insolente de Carrera.

Ya deben ver la luz dos libros buenos: de blandos versos el uno; de fiel, correcta y muy amena narración el otro. Forman el primero las poesías de Francisco Lainfiesta, a quien ungió la maga fortuna con la miel del idilio, del sáfico y de la égloga. Quiebra el verso airosamente. Tiene el instinto pro-

sódico y el castizo. En lenguaje, adivina lo que no conoce. En acentos, admira la espontánea precisión de su censura. Yo le hice un sáfico, y él me devolvió inmediatamente veinte, dignos de Ventura de la Vega. Tiene la intuición de la bella forma este poeta.

De más grave orden, aunque en apariencia sencillo, es el otro libro nuevo, de memorias también, pero éstas del general Miguel García Granados. Ajedrecista y estratégico, enamorado de César y concurrente asiduo al café de la Regencia, la observación y la atención son condiciones dominantes en el general guatemalteco. Como él vivía ya en los tiempos de la independencia, y conoció a los hombres que entonces privaron, y anduvo en guerras, los describe entre sueltas relaciones, con justa apreciación y amena gracia. Libro será éste, para el de letras, agradable; para el de armas, útil. No desmerecen de Larra el viejo, ciertos párrafos del libro.

Pero entre estas publicaciones, como el Acultzingo entre los montes, como el Ixtacihuatl entre los volcanes, como la resurrección después de la inercia, como la irradiación después de la tiniebla, viene a su puesto el Código Civil. ¿Qué es? La justicia a mano, en español, de modo que pueda entenderla todo el mundo. Se echa abajo una casta de intérpretes y se ponen en breve claridad utilísimos principios. Dejan de ser los abogados augures para comenzar a ser sacerdotes. Se ha aprovechado para el Código todo lo nuevo, se ha repelido todo lo intrincado, lo repetido, lo laberíntico, lo añejo. Primitivas disposiciones del Fuero Juzgo, cándidas— aunque honradas—prescripciones del Código alfonso; locales e inoportunos mandamientos de las Ordenanzas—¿qué ha de hacer en América lo que

se mandó para Nájera?—; sujeciones señoriales de la antes sabia ley de Toro, han venido a tierra precedidas de un vigoroso informe, bello en la forma, sintético en la expresión, perfecto en el método, debido todo a la instrucción jurídica y reformador anhelo de Montúfar.

Quedan aún en pie, porque se juzgó que no podía hacerse todo de una vez, lastituciones ya bien muertas. Quedan el matrimonio eclesiástico, que es cosa de Dios, surtiendo efectos civiles, que son cosa de los hombres. Queda así ilógicamente sujeto a la Iglesia el Estado, cuando bien pueden ser dos poderes mutuamente respetuosos: el uno juez de lo temporal; de lo incorpóreo el otro. Pero han venido abajo los dilatados procedimientos, las infamantes penas, la impersonalidad de las mujeres, la larga minoría de edad, la restitución *in integrum*, las trabas enojosas a la circulación libre de bienes. La luz se ha hecho sobre los escombros de la Curia Filípica, red intrincada, ahogadora de los ingenios verdaderos.

La mujer es persona. El menor es persona. La tutela no es una granjería. El juicio es rápido. Las penas son más dignas. Los heredamientos serán claros. La que puede ser madre puede ser testigo. Las excepciones castellanas no aprovechan a los habitantes guatemaltecos. A vida propia, derecho, en lo necesario, propio. Tales motivos guñaron y tales efectos consigue el Código Civil, con natural regocijo, promulgado entre el amor de los abogados jóvenes y el pueblo agradecido, y la resistencia de los letrados de antaño, prendados de las sutilezas del "Sancho Llana" y la oscura profundidad del erudito Pérez.

Los códigos nuevos, prez de la administración restauradora de los derechos verdaderos, han sido

por los extraños celebrados; por los hombres hipócritas, mordidos; por los sinceros amigos del país, recibidos con júbilo vehemente. Ese día mereció ser blanca y azul la muy linda bandera guatemalteca. Y se añadió al escudo de Guatemala, aunque en él no figure, un libro abierto. Ese día, el quetzal lo fué más.

* * *

Los jóvenes dotados de las copiosas aptitudes comunes a los hombres de estas tierras, echado ya hacia atrás el manto de cadenas que la dominación del hombre de los montes puso en sus espaldas; abiertas ampliamente las vías del crecimiento y del trabajo, se lanzan, sin concierto aún, ganosos a ellas; se apoderan de los modernos libros, leen afanosos en historia a Laurent, en literatura a Gautier y a Musset, Quinet, Michelet, Pelletan, Simon, Prudhon, van siendo ya libros vulgares. La ciencia amena se va haciendo amable; como que amenizar la ciencia es generalizarla. Médicos y abogados futuros, médicos y abogados recientes coronan las calvas cabezas de Papiniano e Hipócrates con los blancos azahares de las musas. Vagos ensueños de americanismo preocupan a aquellas mentes juveniles: Matta, Gregorio Gutiérrez, Lozano, Prieto, Palma, les son familiares y amados.

Tienen ahora activas sociedades, y vi alegre en las mesas de periódicos de México las revistas que les sirven de órgano: *El Porvenir* y *El Pensamiento*. Aquella tiende a desarrollar el gusto por lo bello; ésta por lo grave; aquella por lo literario; ésta por lo científico. Discuten, proponen, reglamentan, eligen, por sufragio, gustan de ver reunidas a las gentes, dan veladas. Estos ejercicios de palabra, de

discusión, de sociabilidad, fortalecen el carácter, mejoran las uniones, acentúan la cultura. La actividad es el símbolo de la juventud. Apenas nacidos, mejoran visiblemente los periódicos; lo que comenzó como un ensayo, adquiere ya, con el estímulo y la crítica, serias proporciones. Al fin se lucha, se despierta, se crea algo. Sobrada está Guatemala de talentos; la libertad los hará muy pronto florecer. Penetración, espíritu de independencia, impaciencia noble e hidalguía; esto observo en los hombres jóvenes de la mayor de las Repúblicas centrales. Tengo fe en su naturaleza bondadosa, en su inteligencia clara, en su costumbre de trabajo, en su honroso y seguro porvenir.

* * *

Más trascendental en fines, más grave en sus miembros y en sus medios más poderosa, es la Sociedad Económica, la de estantes de ídolos, la de patio muy bello, la de salón del Renacimiento, con sus columnas de gigantes; la que sembró el café, la que recomendó la caña, la que estudia cuanto al fomento de la agricultura, a la mejora de las artes, a la bondad, riqueza y belleza de la República se dirige.

Su nombre va unido, luengos años hace, a cuanto hermoseamiento cobra la ciudad, a cuanto nueva idea utiliza el campo. Sociedad de agricultura, de educación, de bellas artes y bella literatura, de fomento de minas, celebra sesiones, estudia comarcas, protege cultivos, experimenta siembras, publica periódico. Un químico notable la dirige; propietarios, agricultores, literatos y extranjeros ilustres son sus miembros. Ya descubre y clasifica un

molar de megalonix; ya populariza ricos libros incógnitos; ya estudia las planicies de la Verapaz; ya protege a los campesinos de los peligros de las siembras.

Fomentar: éste es su empleo. Por varones egregios sostenida, y hoy por el Gobierno, dice bien de un pueblo la larga holgada estancia de una institución que ha sabido mantenerse, herida por hostiles vientos, movida por las olas revolucionarias. Poco hace encomiaba el eucalipto. ¡No introdujera el hule y el maguey!

* * *

Artes y Sociedad Económica van aparejadas. ¿Quién con más cuidado conserva los cuadros del famoso maestro Merlo, la viva gallina, las húmedas flores? ¿Quién socorrió con más ardor a Buenaventura Ramírez, a aquel escultor reputadísimo, a quien venían a conocer y pedían obras de las Repúblicas vecinas, de la opulenta Habana, de España la artística?

Hay por Guatemala, en pintura y escultura, grandes nombres; y, más que nombres, grandes aptitudes.

Manuel Merlo llámase el autor de los correctos y anchos lienzos que allá, entre sombras, saltan valiosos a los ojos inteligentes, en la pintoresca capilla del Calvario. Original para inventar, osado para componer, hábil para colocar, alejar y acercar, dar perspectiva, oscuro en el color, seguro en el dibujo, bien puede Manuel Merlo ir a la par del suave Pontaza, del fiel Cabrera, del místico Rosales, del penetrante Jallá.

Primera y segunda maneras tuvo Pontaza, enamorado en aquélla del cobre plumizo, de las som-

bras pétreas, de las duras líneas, ¿qué podía hacer tampoco con el uso imperfecto, casi intuitivo, de tres pobres colores? Y en el modo segundo, ya pintaba Pontaza la bondadosa fisonomía de Santo Domingo, plegaba con acierto su albo traje, animaba su escuela, embellecía sus tentaciones, ponía en sus ojos grave mirada sobre el tratado de los Sacramentos. Tenía entonces, con más color y más práctica, no aquella ruda perspectiva, infantil composición y pueril ornato del cuadro, más afamado que digno de fama, en que pinta la muerte de los amorous dominicos — ¡buenos siempre, hasta para América buenos! — en Polonia; sino blandas carnes, movibles plegaduras, nebusolas sombras, delicados contornos, miniaturesca precisión. Abigarramientos alegóricos no le pueden faltar, que eran de la época y del caso religioso, pero él era un muy original, muy delicado y muy concienzudo pintor.

Pintaba el rey Pontaza, y no oscureció nunca la fama de la señora Vasconcelos, extraña, no por su absoluto mérito, sino porque en escasez amarga de maestros y recursos, en procedimientos y en ideas, túvoselo todo que inventar. Adivinó la artista los secretos del color, los de la perspectiva, los de la difícilísima carne humana.

Dejó Rosales, osado colorista, cuadros de caliente entonación para el Calvario; pero el en su género no imitado, el no vencido fisonomista, el de pincel y lápiz segurísimos, ese es Cabrera. Había convención en los fondos, dureza en las ropas, porcelana en el rostro y en las manos; pero ¡qué imitar! ¡qué ver y copiar en seguida! ¡Qué ser y no olvidarse nunca de haber visto! ¡Qué casa en Guatemala no tiene un retrato de Cabrera, fondo ceniza, delíneo miniaturista, sonrojada la carne, muy pulido el

cabello, exacto el ojo? ¡Y no tuvo en su tumba más riqueza que los versos ardientes de un poeta noble!

Por San Francisco había, y ya desaparecieron, unos pasajes de la vida del santo, que pintó, con su rapidez del Tostado y Lope, el muy fecundo, el asombroso Villalpando, que cubrió, como Rubens la Europa, de cuadros, más o menos bellos, nunca malos, en días breves, palacios, casas solariegas y conventos; el héroe inolvidable del poeta yucateco José Peón Contreras, el inventor sin tregua, el agrupador sin miedo, el dibujante sin fatiga, el vivo colorista sin esfuerzo. Era en él pintar como soñar. Iba tan de prisa, que parecía en todo un alma en fuga.

* * *

Este gallardo mozo, que recela de esa abierta ventana y a hurtadillas estrecha una mano picaresca que ella sola, morena y exquisita, habla y sonríe, ¿qué mira, una vez cerrado el balcón, a la luz tibia de la Luna?

—Ve—dice a otro—; éste es de Julián Perales, el escultor antigüeño. Para Cristos no tiene rival. Toca la madera y ya está sangrando. Esto que tengo en mi bastón es el retrato de ella. No la ha visto, se la pinté; vela cuán viva.

Y dice el otro:

—Admirable de veras. Creía yo que lo mejor que él había hecho era aquel famoso retrato de Morazán, nuestro altivo héroe, en madera de café.

—En España y Francia no quieren Cristo que no sea de Perales.

—¿Y viste tú trabajar a Cirilo Lara?

—¿Ese perezoso, ese extraño artista, ese atrevi-

do artifice, que hace una fornida Venus de una haba, y de una semilla de naranja un niño Jesús?

Algo más que eso. Ve el San Juan que hace para Catedral. Con una mano señala a la Tierra; con la otra, levantada, mira al Ciclo. No está aún pulida y es piedra burda; pero ya los colosales pliegues se adivinan, la amorosa cabeza se destaca, natural es la posición, buena la mano, bien tocada la difícil cabellera.

—Más fama tiene Quirino Castaño.

—Ganada la ha. El hizo el muy venerado Señor de Esquipulas, el Cristo negro de expresión doliente, de delgado torso, de estudiadas formas.

—¡Ah, Esquipulas, la de la feria!

—La de las reliquias de oro, la del soberbio templo.

—Gótico dicen que es.

—Y mayor que la misma Catedral.

Y así se van, el enamorado y el amigo, diciendo que en 1640 apareció en Guatemala el muy célebre Alonso de la Paz, y tallando madera, hizo, amén de obras gloriosas, un Jesús Nazareno, riqueza de que está orgullosa hoy la iglesia de la Merced, corpulenta y artística iglesia.

Virgen hay de la Piedad en el Calvario renombrado que incita a llorar; también llora ella. Esta fué obra de Vicente España, discípulo que pudo y supo más que su maestro, el buen José Bolaños.

Y hay en Santo Domingo una hermosa virgen india, trigueña, risueña, casi voluptuosa. Es una virgen demasiado humana.

No hay templo sin su escultura predilecta. A bien que yo ví en París disputarse reñidamente una Concepción menuda, de Ramírez. Está contenta la Virgen madre; su ropaje azul ondula airoso, su cuerpo esbelto plégase a modo de arcángel que asciende.

Y de Ramírez, ¡ni el nombre sabían! El así honrado, moría, en tanto, en su patria, tan próspera y tan agradecida, en terrible pobreza.

Hay por Barcelona copia abundante de imagine-ros. Ni viejos ni nuevos les son los guatemaltecos inferiores; han domado la madera y la han hecho hombre y mujer.

Un triste dijo un día, ante una escultura de Santo Domingo:

—¡Oh, qué hermosa! ¡Parece que han visto llorar a Magdalena!

Y como la Virgen de la Piedad tiene en el manto tan hermosos pliegues, ¡quién fuera católico para en la hora de la tribulación, ampararse en ellos!

Afortunadamente hay vivas vírgenes.

* * *

Es cosa curiosa: en Guatemala los músicos se distinguen por familias: los Andrino, los Sáenz, algún Padilla.

Hay en la música guatemalteca, limitada hoy a melodiosos valeses, a religiosos y solemnes himnos, a lánguidas canciones, cierto tierno fraseo, cierta melancólica repetición, cierta recogida dulzura, cierta expresión de amores afligidos.

Del país fueron los primeros que en él cantaron con Orovoso, Norma y Polion. Fué aquel mismo empresario el autor de un imponente Miserere, que en los maitines del Jueves Santo, allá en la iglesia Mayor, esparce por las bóvedas los amargos acentos de la culpa, las aterradas voces del arrepentimiento, el súbito clamor de la conciencia, los ecos amorosos del perdón, de Benedicto Sáenz.

El protegido cilindro, el de la música doméstica, el que amparó Europa y reformó, invención fué del

P. Juan Padilla, guatemalteco, que murió dando vueltas en la mente a gigantescos pensamientos filarmónicos.

Hay un tipillo concreto, semidesnudo, burlón, vivaz, aparentemente hambriento, al que en Madrid llaman *granuja* y en París *gamin*, y *cerillero* en México, y en Guatemala vendeflores. Natural agudeza, heroico sufrimiento, raterías pequeñas y cómicas generosidades los distinguen. Y es tal el musical instinto de la patria de los Batres y los Diéguez, que cuando estos simpáticos pobrecillos entran a vender flores o dulces a los bulliciosos corredores del teatro, sea la música del penetrante Verdi, del melifluo Bellini, del difícilísimo Mozart, del poderoso instrumentista Meyerbeer, no se da caso de que a la primera audición de la ópera no salgan los pequeños tarareando con admirable precisión las más difíciles arias, el momento menos comunicativo del nuevo *spartito*.

Y en la hermosa sala, tibia para los aplausos, unánime silencio censura una pequeña desviación de la partitura, casi por todos correctamente conocida.

Y apenas se estrecha una linda mano que no acabe de tocar los deliciosos acordes del *Pensamiento* de Cástulo Méndez, los valeses magistrales y rápidos de Ardití, las bulliciosas fantasías de Leybach, melodías dolientes o rápidas polonesas de Chopin.

La música está allí en el instinto artístico, en la afabilidad del carácter, en el rumor del aire grave, en el lánguido hablar de las mujeres.

* * *

Y ¡cómo vivía antes, oligárquicamente gobernada, esta vasta República, de extensiones tan férti-

les, de espíritus tan ricos! En miserables escuelas enseñábanse apenas principios de doctrina, y Fleury, y moral cristiana, y santos cristianos, y un tanto, así como superfluo, de leer y de escribir. Ni lastimar, ni poetizar, son aquí mi misión; mi misión es contar. Hoy cada aldea tiene escuela; con sus manos fabrican los padres la casa del maestro; del haber del hijuelo se priva el campesino porque aprenda de letras; aumentan en la ciudad los institutos de carácter grave; extiéndese en la Universidad el ya lleno programa; apréndese en la Escuela Politécnica, con hábitos militares, matemáticas; enseña la Escuela Normal, por práctico sistema de razón y propio juicio, a ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; bien se enseña en San Francisco; del extranjero fueron traídos maestros y maestras; unos y otras enseñan tolerancia religiosa, dan instrucción realmente útil, vulgarizan los más recientes sistemas americanos y europeos.

Madura estaba la espiga en aquellas inteligencias. En las tierras de América no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos, bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes, y de pronto, por íntima revelación y obra maravillosa, del contacto con la distinción y con el libro, el melencólico cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mómico se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre.

Poco después asaltan la tribuna los libros históricos, los libros de agricultura, la flauta, el piano. Se dan a pensar en cosas graves, a dudar, a inquirir, a examinar. Hablan de Bolívar, de los hombres patrios, del buen gobierno que los educa, ¡del por-

venir vasto que espera a su—como ellos dicen—querida Guatemala! Yo los veo, yo los impulso, yo los aliento. De esos hombres saldrán más tarde algunos grandes hombres.

La Universidad, que es por cierto espaciosa y bella, acaba de reformar sus facultades, de mejorar su Medicina, de liberalizar su Derecho, de establecer su Facultad de Letras y Filosofía, el gran estudio de los gérmenes, de la esperanza, de los desenvolvimientos y de las analogías.

De la Agrícola Costa Rica, de la inteligentísima Honduras, del cercano San Salvador, de la moderada Nicaragua, vienen numerosos estudiantes a hacerse de ciencia en la Universidad Central.

Tienen los de Medicina, para práctica, un hospital excelente, por viajeros europeos tenido como rival de los mejores, por humanitario, por metódico, por aseado, por rico.

Tienen los de jurisprudencia estudios filosóficos a la margen de espaciosos corredores, que ayudan a la eterna extensión del pensamiento, en vastas aulas, distinguidos profesores.

Y los jóvenes se animan. Discuten al maestro, al texto, al libro de consulta. Tienen cierto espíritu volteriano, que hace bien. Rechazan la magistral imposición, lo que también es bueno. Anhelan saber para creer. Anhelan la verdad por la experiencia; manera de hacer sólidos los talentos, firmes las virtudes, enérgicos los caracteres.

Pero en los pueblos está la gran revolución. La educación popular acaba de salvar a Francia; yo la vi hace tres años, y auguré en forma segura, de muy pocos creída, su triunfo sobre cualquier nueva reacción. La reacción vino, y Francia ha triunfado.

La educación popular mantiene respetada en lo

exterior, y en lo interior honrada, a la risueña Suiza.

La educación popular, maciza allí cuanto rencorosa, ha dado a Alemania su actual grande poder.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado, va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena a la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡Ay de los espíritus sin temple!

De cinco años viene este renacimiento salvador. Es exclusiva obra del Gobierno liberal. No se acerca a Barrios una madre doliente que no tenga en seguida para sus hijos una cama, un vestido, un libro. En la ciudad, en las afueras, en la Escuela Politécnica, en la Normal, en todas partes, Barrios, más que piensa lo bueno, lo presente. Conoce que esa es la redención, y naturalmente, sin esfuerzo alguno, se irrita con los que oprimieron y redime.

Mucho se gasta en escuelas; remunerase bien a los maestros; no llega vapor que no venga cargado de útiles, ya de efectos calisténicos, ya de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se entra en el Instituto Nacional y se oye una banda excelente. Se va a la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano, se ve un notable instituto neoyorquino. Formación de hombres, hecha en lo mental, por la contemplación de los objetos; en lo moral, por el ejemplo diario.

Triunfante la revolución, estaba como pletórica

de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último, su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará, porque sus frutos son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven a la aldea lejana, donde para recibirlo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio o ladino, su más blanca camisa de algodón! Se fué con sus harapos y vuelve con sus sueños, con sus bancas, con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fué burdo y viene afinado. Se fué tartamudo y vuelve elocuente.

Antes soñaba en vacas; hoy, en el porvenir, en gran trabajo, en gloria, en cielos. Es el redactor de todas las cartas, el director de todos los amores, el sabio respetado, el juez probable, el alcalde seguro, el constante maestro. A su calor, sin alejarse ya del hogar sabroso, crecerán almas nuevas...

El fué hecho a semejanza de otras, y él hará estas otras a su semejanza. La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy le hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembra escuelas.

* * *

Así, rápidamente, a modo de gigantes niños, a manera de fantasmas de oro, acaban de pasar a nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. El café que empieza, el nopal que expi-

ra, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero a quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria.

Luego ese pueblo desconocido, del que emanan o memorias indígenas movidas por un abate anticuario, o terrores modernos movidos en los hermanos pueblos por crueles y políticos rencores; ese pueblo limítrofe arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del continente; esa tierra nebulosa por el muerto Carrera, de quien un sacerdote dijo que estaba a la diestra de Dios Padre—envuelta en fúnebre sudario, impenetrable cerco; esa República vecina, más nueva para sus amigas Repúblicas que las más lejanas y más extrañas tierras—, es una nación seria, trabajadora y próspera; es una comarca pacífica, encantadora y fértil; es una impaciente hermana que va, rumbo a la grandeza, con el cayado en un mano y el libro en la otra. Aspira, aprende, llama. La sed es general; el agua es abundante.

El porvenir está en que todos lo desean. Todo hay que hacerlo; pero todos, despiertos del sueño, están preparados para ayudar. Los indios a la vez se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré.

¡Ah! Ellos son, ¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron!; ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá a la juvenil nación. Se pide alma de hombres a aquellos a quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah!, las virtudes se duermen, la naturaleza humana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero

hombre se apaga. Aire de ejemplo, riego de educación necesitan las plantas oprimidas. La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Y ellos, los que vieron un guerrero español y lo copiaron en muy dura piedra en el circo asombroso de Cobán; los que tenían escuelas, donde se loaba al alto Dios; los que elevaron torres, donde estudiaban los hermosos astros; los bravos paladines; los ingeniosísimos geómetras; los delicados tejedores; las heroicas mujeres; su Senado de ilustres, más grave y respetado que nuestras severas Cortes de Justicia; los de grandes ejércitos, populosísimas ciudades, brillantes guerras; los defensores de Utatlán; los rebeldes mames; los clásicos quichées, los profundos cantores del grande Whenb-Kaquix, llorado con lágrimas entre árabes y homéricos; los allá idos de México y Cuba; los vivaces niños; los celosos amantes; ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el calloso pie agrietado, con la mirada imbecil, con la rodilla y el beso siempre prontos, con el esclavo espíritu, con la cargada espalda, a paso de mula o de buey sirven hoy al cura, adoran nuevos ídolos, visten míseras ropas, y ni aleteo de águilas, sino sustento de arrobas, pasan montes y ríos, praderas y ciudades, hondos y cerros.

Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!..

Pero en tanto que llegan los apóstoles, ¡cómo adelanta el pueblo vecino! ¡Cuántos granos y lanas vende hoy Quezaltenango! Por Chimaltenango, ¡cuántos viajeros pasan! Por San Marcos, ¡cómo aumenta el cultivo! Por Escuintla, ¡cómo crece la caña! Por Amatitlán, ¡cuánto no fertiliza la laguna!

Adiós van a decir al buen lector estas cansadas páginas; mas ¡quiera la fortuna que por ellas haya venido en conocimiento de la gran riqueza agrícola; del afable carácter—otra gran riqueza—de Guatemala! ¡Quiera la fortuna que no se olviden los inmigrantes de la tierra que los llama, los explotadores de la fortuna que les espera, los tímidos del Gobierno que les protege! ¡Quiera la buena suerte que recuerden cómo crecen en Salamá los pastos, en la Costa Cuca el café, por el lado del Atlántico la caña! ¡Ni cuánto se necesitan los ganados! ¡Ni cómo prospera allí la vid! ¡Ni cómo todo asegura éxito a cualquier industria o sementera nueva!

Anchos caminos, naturales esplendídeos, bondadoso carácter, benévolo Gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que a todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola.

¡Ojalá que con este amante libro haya yo sembrado en él mi planta!

México, 1878.

LA RIQUEZA DE GUATEMALA

*Reflexiones destinadas a preceder los informes tra-
dos por los jefes políticos a las conferencias de
mayo de 1878.*

Entre los numerosos decretos expedidos por el Gobierno de Guatemala, con el ánimo de hacer prósperas y útiles las múltiples riquezas del país, y fortalecer la inteligencia de sus hijos, fué muy notable la disposición dictada por el ministro de Gobernación en 17 de octubre de 1876.

Convoca este decreto para el 1 de mayo de cada año a los jefes políticos de los departamentos; los llama a discutir sobre los grandes intereses patrios; sobre la indispensable asimilación de razas; sobre el modo de ennoblecer los caracteres por el trabajo honrado y la esperanza de un honesto lucro y de fortificar las instituciones y aumentar las probabilidades de riqueza con el desarrollo de la instrucción, complemento de la personalidad humana.

Quiere la ley de octubre que los jefes políticos, encargados responsables y directos de las voluntades reformadoras del Gobierno general, mediten durante el año, en presencia de los problemas, los medios de resolverlos, y vengan luego, a decir en franca y libre discusión, en qué estaban los males, en qué consisten los obstáculos, qué resistencias estorbaban al planteamiento de las redentoras ideas nuevas, y qué elementos antiguos deben removerse; y nuevos despertares, para que la nación, trabajadora y fuerte, realice la obra de que viejas ideas y oligárquicos intereses la tuvieron largo tiempo apartada. La ley de octubre quiere que los jefes políticos expongan cada año lo que se ha vencido y lo que hay que vencer; propongan las medidas conducentes a la transformación de los indígenas, la propagación de las luces, el fomento de la agricultura, el cumplimiento de las leyes hacendarias—sin el cual no pueden exigir los gobernados que el gobernante cumpla para con ellos sus deberes—y, en suma, cuanto tienda a hacer constante al trabajador, instruido al niño, mejorado al indio, inspirado en noble ambición al perezoso.

Viénesse por estas conferencias en conocimiento práctico de las diversas comarcas de la República, de sus productos, usos y necesidades, que ha de ser luego elemento de las leyes que en su provecho se dicten, y que siendo más conocidas, harán naturalmente que las leyes dictadas sean mejores. Tienen los pueblos representantes instruidos y directos ante el Gobierno, y el Gobierno un medio más de conocer y remediar, por tanto, las necesidades de los pueblos. Con la exposición en conjunto de las experiencias individuales, se desechan las lentas y perniciosas, y se adoptan las que llevan más seguridad y rápidamente a la reforma agrícola que se pro-

yecta en el país. En estas conferencias, cada uno de los jefes reunidos expone su opinión sobre puntos de interés general, cuál dice la que, a su juicio, es mejor manera de cultivar el cacao, cuál celebra la mejora que ha dado fruto en su departamento en el cultivo del café, y así, cambiando mutuamente las ideas, las experiencias de todos, vienen a aprovechar a cada uno, y las de cada uno son igualmente útiles a todos. Conocen los ministros, por informe verbal y detallado, las cuestiones que requieren su examen y consejo, y se llevan los jefes a los pueblos las mejoras que observan en la capital. A más, con el cumplimiento de un deber patriótico, se robustece en el ánimo de los funcionarios el deseo de contribuir, con el aumento de la fama propia, a la prosperidad de la nación.

Como base de estas conferencias, y al mismo tiempo copia del estado presente del país, la ley de octubre ordena que los jefes políticos lean en su primera reunión un informe conciso de las obras públicas llevadas a cabo en sus departamentos; de sus escuelas y sus campos; de sus pueblos, haberes y esperanzas. Los que se han traído a las conferencias este año son los que se ofrecen hoy al público.

Estos informes se ofrecen, no como una nueva exhibición de buenos deseos, no como una muestra artificiosa y literaria, sino como el resultado ingenuo y cierto de la obra de los representantes del Gobierno en nuestras ricas y extensas comarcas. Lo que les falta de galas de dicción, de buena voluntad les sobra. Si no acusan portentosos adelantos, revelan, en cambio, adelantos graduales, logrados con el convencimiento de los que han de adelantar, modo único de conseguir progresos positivos. En estos informes se presentan, entre reflexiones de trascendental interés, quejas de familias,

cuestiones de detalle, minuciosidades de administración íntima, que se le conservan en su publicación, para que en estos documentos aparezcan con todo su propio y sincero carácter. Pero, a par de estas interioridades administrativas, trátase en los informes, si bien con la concisión que la ley les exige, todos los grandes problemas a que quiere hallar solución patriótica el benéfico anhelo del Gobierno. Código de deberes patrios es la ley que organizó estas conferencias.

Entre estos documentos, algunos, como el de Chiquimula, son descripciones concienzudas, amenas y correctas; otros, como el de la Alta Verapaz, nos revelan mágicas riquezas; esmaltan a otros, como al de Huehuetenango, atinadas y graves reflexiones; otros, como el de Amatitlan, son fervientes aspiraciones al progreso. Pero de todos ellos resulta que los funcionarios que dirigen las antes dormidas fuerzas del país, obran activamente guiados por un común y noble pensamiento. Revolucionarios útiles, comprenden que las revoluciones son estériles cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en los campos. Y benévolo y humano, en vez de desdeñar la pobre raza tanto tiempo azotada y olvidada, no la relegan a las selvas, ni abruman sus espaldas con cargas ominosas, sino procuran infundirles, concediéndosela, y llamándolos con avidez, la libre personalidad de que carecen. La mejor revolución será aquella que se haga en el ánimo terco y tradicionalista de los indios.

Todas las que, por importantes, podrían llamarse cuestiones vivas del país, preocupan a los autores de estas páginas: creación, circulación y cambio de riquezas; mejoramiento de la raza aborigene; afianzamiento y aumento de la industria agrícola, como la menos expuesta a los vaivenes de la fortuna; es-

tablecimientos de las escuelas que, razonando los derechos, los afirman—explicando los misterios del trabajo, preparan al trabajador a mejorarlo—, y despertando nobles ambiciones, sugieren a la actividad los medios de llegar a satisfacerlas.

Revelan los informes las ideas dominantes en la mente del jefe del Estado y de los espíritus enérgicos que le ayudan en su tarea. Nótase cómo ha fructificado ya el empeño que el Gobierno pone en convencer a los pueblos de que las grandes necesidades de la República son el ensanche de la comarca cultivada, y la educación de los espíritus incultos. Atención preferente consagran los jefes políticos a cuanto a Instrucción y Agricultura se refiere.

Hay propagandas que deben hacerse infatigablemente, y toda ocasión es oportuna para hacerlas. La riqueza minera de difícil y casual logro hunde las fortunas con la misma rapidez con que las improvisa. La riqueza industrial necesita larga preparación y poderosas fuerzas, sin las cuales entraría vencida en una concurrencia múltiple y temible. La riqueza agrícola, como productora de elementos primos necesarios, más rápida que la industrial, más estable que la minera, más fácil de producir, más cómoda de colocar, asegura al país que la posee un verdadero bienestar. Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecen de mercado; los productos agrícolas fluctúan y valen más o menos, pero son siempre consumidos, y la tierra, su agente, no se cansa jamás.

Y como nuestras tierras fueron por la naturaleza tan ricamente dotadas; como tenemos en todas partes a la mano este agente infatigable de producción, al progreso agrícola deben enderezarse todos los esfuerzos, todos los decretos a favorecerlo, todos los brazos a procurarlo, todas las inteligencias

a prestarle ayuda. El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

La Instrucción acaba lo que la Agricultura empieza. La Agricultura es imperfecta sin el auxilio de la Instrucción. La Instrucción da medios para conocer el cultivo, acrecerlo, perfeccionarlo; prepara un fuerte régimen político, totalmente imposible sin ella, porque el régimen de las voluntades no puede existir allí donde las voluntades no existen; y no existen útilmente, en tanto que no existen inteligentemente. La Instrucción, abriendo a los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos. ¿Cómo se podrá elegir el mejor arado, si no se conocen las diversas clases de arado? ¿Cómo se podrá reformar la tierra, si no se conoce la naturaleza de la tierra? ¿Cómo se podrá reclamar un derecho, si no se sabe definir su esencia? ¿Cómo se podrá hacer todo esto, y sentirse hombre y decirse que se lo es, si no se sabe leer y escribir? Nada garantiza tanto los sentimientos liberales del Gobierno actual como la prisa que demuestra por difundir la instrucción. No teme a los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien.

A estas dos únese una tercera cuestión importantísima. La raza indígena. Muy difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve, sobre el que se echan con descuido los ojos, cuando el bienestar de todos los que en esta tierra viven, de él depende. Estos informes confirman lo que de los indígenas se sabe. Son retraídos, tercios, huraños, apegados a sus tradiciones, amigos de sus propiedades, enemigos de todo estado que cambie sus costumbres. Pero estos mismos defectos, estudiados en su origen, acusan las inapreciables cualidades de los indios. Dedúcese de ellos que son constantes, leales, firmes y severos; que aman profundamente; que

rechazan fieramente lo que no creen bueno. ¿Qué no podría hacerse cuando logremos atraernos a hombres que tienen tales dotes? ¿Cuándo la fidelidad, la lealtad y la constancia fueron en raza alguna malas condiciones? Si hoy las emplean en rechazar toda mejora, es porque los hombres que pretenden llevar las reformas a sus pueblos son los mismos que en otro tiempo, de generación en generación, lo han venido engañando, castigando y burlando; los que aparecen a sus ojos como los hurtadores de sus propiedades, como los seductores de sus mujeres, como los profanadores de sus ritos, como los iconoclastas de su religión. Intereses malévolos los mantienen en estas condiciones. ¿Qué medios habría para torcer estas hostiles voluntades, para hacernos amigos de los que con razón harta nos han tenido siempre como sus enemigos implacables? Hacernos amar de aquellos de que nos hemos hecho odiar. Inculcar a los ladinos conmiseración y apego a los indígenas. Probarles con actos repetidos que se trata de su bien. No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho. Pero cuando con inteligencia y decisión se realice esta obra; cuando con incansable amor se cumpla; cuando, trayéndolos a los pueblos, los invitemos a los honestos goces de la vida comunal; cuando, en vez de inspirarles recelo, les inspiremos con nuestra ternura para ellos, ternura y confianza, los indios industriosos, leales, artistas, ágiles y fuertes serán el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora.

Nótase a este propósito en los informes un dato que es de justicia señalar. Nótase tacto en el supremo Gobierno para ir consiguiendo de los pueblos, por la persuasión, el convencimiento y la dulzura, el progreso que gobernantes menos avisados hubie-

sen pretendido lograr por disposiciones acres y perentorias; con lo cual, en vez de conseguirlo, lo hubieran retardado y malogrado.

Muy difícil es el problema y mucha constancia, benevolencia y unánime prudencia necesita. Los ladinos han menester en esto tanta predicación como los indios. Debe aconsejarseles suavidad y calma, y que para asegurar mejor sus intereses los sepan por algún tiempo contener. De las aptitudes de los indios, sólo el que los hubiera estudiado ligeramente dudaría.

Bien es verdad que con acento amargo se quejan de ellos los jefes políticos de Guatemala, Amatitlan y Huehuetenango; pero en estos informes mismos se lee cómo van ya cediendo los indios de Jalapa; cómo los de la Alta Verapaz viven en buenos pueblos, y cómo los mismos fieros indígenas de Olapa, en medio de sus rudos hábitos, revelan los conocimientos que ya tienen y las cualidades de inteligencia y trabajo que en ellos se podrían utilizar. Educados los indios, crecería, con el buen acuerdo en el reparto de las tierras, el área cultivada; reunidos los esfuerzos individuales, aumentarían en importancia las poblaciones, y no habría que volver con tanta ansiedad los ojos a tierras extranjeras, en demanda de brazos y aptitudes, que con habilidad y blandura podríamos conseguir en nuestras tierras.

A más de estas cuestiones de solución urgente; a más de estas atenciones de campos, escuelas e indios, los informes tratan de otras, que son como consecuencia y complemento de ellas. ¿Qué harían los campos plétóricos de frutos si no se abriesen para su salida cómodos caminos? La posibilidad de la exportación despierta el apetito del agricultor; la imposibilidad o dificultad lo hace desconfiado y

perezoso. La venta es el premio del trabajo; los caminos que facilitan la venta son su estímulo. Así se observa que en aquellos departamentos donde se han abierto nuevas vías ha crecido la producción. En el departamento de San Marcos páganse estas contribuciones y préstanse estos servicios sin trabajo y con presteza. Convencidos aquellos habitantes de que atender al bien general es favorecer y acelerar el propio, cumplen sin repugnancia estos deberes vitales, que ensanchan su horizonte y llenarán sus arcas. Si se emplea a hombres del campo en este trabajo, nada es más justo que se emplee en una obra a aquellos a quienes directamente ha de aprovechar. ¿Qué derechos tendrían, si no, para reclamar un beneficio a que no hubieran contribuido?

Obsérvase en los informes que allí donde hay más cultura y más honrada ambición de trabajo, la contribución se ha pagado con más puntualidad, lo que demuestra que la ignorancia de los pueblos, arteramente explotada por los que de ella viven, funestamente dirigida por los que en su supersticiosa pereza fundan su poder, es la única causa de estas inconcebibles resistencias. El pan arranca a sus hijos el que se niega a pagar, en dinero o trabajo, este género de impuestos.

El departamento de San Marcos, que entra briosamente en la vía nueva, se promete grandes resultados del camino que lo unirá a Quezaltenango; Chimaltenango, del de la Antigua; Totonicapam, del que, por el mutuo cambio de frutos, cree necesario hasta el Quiché. El activo Pochuta celebra la vía que lo unirá a Patzún, y la Alta Verapaz habla con entusiasmo de las ventajas que ha de producirle el camino carretero que va a acercar el fértil Senaju al rico Panzos. Zacapa y la Baja Verapaz dan verdadera importancia a los caminos. Así, an-

chas las vías, segura la exportación, abaratados los fletes, con el aumento de la posibilidad de la ganancia, crecerá la enérgica actividad de los agricultores.

Justo es consignar, ya que de agricultura aún se habla, el celo que los jefes políticos despliegan en la creación de los almacigos, en el cuidado de las siembras comunales, en la distribución de la semilla y en el cambio de los cultivos improbos, por los que ofrecen, con iguales esfuerzos, pingüe fruto. Lógrese ya de muchos indios que vuelvan a la siembra del cacao y sustituyan al rutinario maíz el café rico. La Alta Verapaz, risueña y joven, ofrece al trabajo frutos ópimos; las más variadas producciones solicitan la explotación inteligente; la mansa condición de los naturales favorece este llamamiento de la tierra; la cercanía de los puertos auxilia a los hombres laboriosos; improvisadas fortunas son allí mudo ejemplo de las facilidades naturales; abundantísima flora seduce a los ánimos activos y ofrece devolver con generosa usura los que explotan sus secretos.

Amaillán reparte tierras; Coban recibe solicitudes incesantes; Sololá ha medido y distribuído 144 caballerías, baldías hasta hoy. Elógiense las leyes sobre distribución de los terrenos, como si ya los pueblos comprendieran que la distribución de la propiedad y el cambio de tierras estériles en tierras productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales, es causa inmediata de la riqueza del país, lograble fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios.

Hojeando estas páginas, vese con placer que el Gobierno atiende a hacer reales economías en el presupuesto militar de los departamentos. Y si en algunos, por ser ya muy exiguos o por exigirlo las

condiciones de la comarca, no ha podido aminorarse, otros, como Santa Lucía, ahorran en \$ 2,000, 700; otros, como Escuintla, pagan sus escuelas con el ahorro conseguido en el presupuesto de la guerra.

De las obras públicas dan minuciosa cuenta los celosos funcionarios.

Las Municipalidades, responsables directísimas de la honradez y bienestar de los pueblos, construyense locales apropiados a la severa autoridad que ejercen. En las ciudades importantes desprovistas aún de rastros, créanse éstos, necesarios para la pública salud. Cércanse los cementerios y aléjense de los centros de población; elementales medidas de higiene. Estudia Quezaltenango, con entendidos ingenieros, el medio de librar a la población de las inundaciones que a veces la amenazan. Y las más pobres aldeas muestran celo en la construcción de locales para escuelas, estas iglesias humildes donde se aprende a conocer y amar la patria.

Dato muy importante, no por cierto nuevo, ofrecen estos informes, en cuanto a la moralidad de los habitantes de la República. Sanos y sobrios, por lo común, vese, sin embargo, que allí donde los hombres viven sin gran esfuerzo y sin estímulos la embriaguez y la pereza merman las fuerzas del hombre; y allí donde se trabaja, donde se lee, donde se abren caminos, donde, como en San Marcos, se desean máquinas, donde se aspira a mayor bien, allí la embriaguez, si existe, disminuye, y la moralidad pública aumenta.

Crear, pues, necesidades es un seguro medio de favorecer la moralidad, ocupando a los hombres, antes que en deshonestos o delincuentes vicios, en la manera de satisfacer aquéllas.

Leídos estos documentos en conjunto, dejan en quien lee vivos pensamientos de esperanza, por las

fuerzas que revelan; de gratitud a los que patrióticamente las conducen. Véase por ellos y de cuanto se deduce que el supremo Gobierno pone la activa mano en el establecimiento de graves reformas sociales, con urgencia reclamadas por el estado naciente del país. Este pueblo, por natural vocación, ha de ser un gran pueblo agrícola. No lo será si no es un pueblo instruído. No lo será si, en vez de mantener en lucha los elementos que lo forman, no se asimilan estrechamente y obran, ladino e indígena, movidos por pensamientos comunes y semejantes intereses.

De aquí esos decretos que reparten tierras; esas leyes que aderezan para el cultivo las extensiones que antes fueron inmóvil e improductivo privilegio de ejidos y comunidades. De aquí el apresuramiento en la creación de las escuelas; la contribución de caminos; la redención de censos, que, si a veces lastiman intereses tercios y parciales, favorecen y preparan mayor suma de naturales intereses. Nadie debiera resistir estas medidas, si pensara que lo que se sacrifica en bien de todos refluye luego en bien de cada uno.

En cuanto a los autores de los informes, es de observar cómo los empleados del Gobierno conocen su espíritu, y en la medida de sus fuerzas, procuran realizarlo. Enseñar a leer y enseñar a cultivar son en el Gobierno mente fija, y tal es la mente de los jefes políticos. Siembran, reparten, propagan las excelencias del café, hacen maestros—en espera de maestros mejores—a los secretarios de los pueblos, atraen y convencen a los indios. Bien hacen en secundar con tanto celo estas salvadoras miras. Un progreso no es verdad sino cuando, invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas; cuando no es sólo el Gobierno quien lo impone,

sino las necesidades de él, que de la convicción unánime resulta. Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no lo secundaran con vigor e inteligencia la voluntad de los empleados. Las épocas de reforma no permiten reposo. Los apóstoles de las nuevas ideas se hacen esclavos de ellas.

La práctica irá haciendo cada vez más completos e importantes estos informes, anuales resúmenes de los trabajos de mejora durante cada año realizados. Ellos vendrán a servir de explicación al país, de estímulo a los pueblos, de premio a sus inmediatos gobernantes. Ya los que hoy se presentan dan idea aproximada de la fertilidad de nuestros campos y de la creciente actividad de los que han de hacerlos producir. El espectáculo de la riqueza excita el esfuerzo humano; estos informes ayudan a la tarea de hacer conocer a nuestro país a los extraños y sus mismos hijos, tarea importante que nunca, aun a riesgo de cansar con ella, debiera interrumpirse.

En lo que al Gobierno toca, más que a retóricos encomios y celebraciones vagas deben satisfacerlo estos resultados reales de su visible afán por el engrandecimiento material y preparación de la República. Nobles y justos goces hay para él en esta obra palpable, en este concierto halagador de escuelas que se abren, de haciendas que se fundan, de vías que los ensalzan, de niños que se instruyen, de labriegos e indígenas que leen.

ARGENTINA

UN MENSAJE PRESIDENCIAL

¡Cuán distantes las tierras del Plata de aquellos tiempos de encomenderos ensañados y fieros Querandíes!

En el pago de la Matanza nacen flores; por donde corrían sobre fantásticos caballos, los indios invasores, corren hoy, como voceros de los tiempos nuevos, los ferrocarriles. Ya el ombú no tiene trenos, sino himnos; ya no rinde la vida, a manos de Garay hazañoso, Tabobá malhadado, gran cacique; ni los minúas implacables cercenan el cuello a los bravos de España; ni Galán mató a los Caracarís inocentes; ni a la sombra del tarco de flores moradas se cuentan desdichas los míseros lules, segados, como pálidas mieses, al filo de la espada insaciable del invasor violento. Ni en lenguas secas y ciencias sofisticas educan los colegios a la gente moza, que va de pie, desnuda la ancha frente y limpio de

odio el labio, coreando hosannas, en el avantrén de una locomotora. Acólitos no dan ya las escuelas, sino agrónomos; no enfrenadores de almas, sino acariciadores de la tierra.

No vive ya en Palermo el sombrío Rosas; ni holgando por los campos vaga el gaucho, ora carneando intrépido la res rebelde, ora escuchando, encucillado al pie del lecho recio donde descansa su indolente amada, las coloreadas y sutiles trovas del payador enamorado. Por la pampa no merodean depredadores, sino que cruzan, seguidos de la escolta que porta en astas altas el patrio gallardete, los zapadores nuevos del ejército en marcha: los agrimensores. Sonríe, maravilla y crece Buenos Aires, adelantada y generosa.

Deja en la mente el mensaje presidencial la misma impresión grata que deja en los ojos un hombre fuerte y joven. Se ven desbordes, lujos, reboses de sangre pura, ansias potentes; parecen cantos de amante, que los cruzados que van camino de una Hyerosolima a que se acercan, entonan en liras nuevas, adornadas de espigas de trigo, al pie de los balcones de damas nunca vistas en tiempos de buhoneros y castillos.

"Nunca—dice el mensaje—abrió presidente alguno el Parlamento argentino en época de mayor paz y bonanza. Buenos Aires, aquietada y trabajadora, llama a todos los hombres a sus brazos, templo nuevo sobre la haz de la Tierra." A los que fían en motines dice honradamente: "Pagar dinero por gastos de guerra, revueltas y desórdenes, es como echar capital al fuego". Y con profunda mira y gallardo propósito anuncia que van a ser de nuevo colocados en las filas activas de la nación los jefes que solieron inquietarla, porque "ha de olvidarse—dice—que esos jefes desconocieron sus deberes hacia

su Gobierno, para recordar solamente que han envejecido unos en los campamentos, derramando otros su sangre en las batallas y prestado todos importantes servicios a la organización y gloria de su patria". "Vayamos en busca de trabajadores a Europa, semillero de hombres. Faltan maestros."

Muestra, entre otras cosas, este mensaje, que las tierras del Plata han dado ya buena sepultura a ese vicio cobarde de la mente que depaupera pueblos y hombres: la rutina. El mensaje está, como la nación de cuyos progresos da sumaria cuenta, a caballo, y como pronto a nobles lides. No a lides en contra, sino en pro; no a batallas de morir, sino de sembrar y fecundar; no a batallas, ¡por Dios!, de armas de riña, sino a certámenes de arados.

Bien queda a fin de cuentas Buenos Aires: el presidente, rogando a los pueblos que agasajen al general Mitre, su noble contendor, modesto y famoso; el interior en orden; los indios invasores, echados de las faldas de los Andes, sus últimas guardias; con la Iglesia, en paz; que a lo que de sí se va incruentamente transformando, no hay por qué dar con violencia la muerte. El Municipio de la capital queda con sus gastos saldados, y las arcas llenas. En los diez ferrocarriles que se construyen hoy en el país trabajan catorce mil quinientos hombres. No hay villorrio que no pida a grandes voces camino de hierro, pues ¿a quién se le moverán las manos a cultivar, si no ve que puede dar salida fácil a sus cultivos? Ya desembarcan a las puertas de Buenos Aires, en el canal de Riachuelo de Barracas, que se apresta para grandes buques, los inmigrantes italianos.

En el Rosario ya trabajan en el nuevo muelle y ramal férreo. Cartas ha habido este año tantas (17 millones), que por ellas creció el Tesoro en cua-

trocientos diecisiete mil pesos, que son cuarenta y siete mil más de lo que el Correo produjo un año antes. De Telégrafos, han tendido cuatrocientos setenta y ocho kilómetros. De tierras, que los compradores solicitan con afán, hay cinco mil y cuatrocientas leguas medidas. Prepara el Gobierno para la venta las tierras nacionales, y cien leguas cuadradas en Chaco, para dar a los cultivadores, y ochocientas leguas más entre el Limay y el Neuquen que las fecundan.

Las fértiles misiones, pobladas hasta ha poco de escasos y primitivos caseríos, en cuyos rincones asomaban, por estar la tierra comarcana rebosándolos, acá plátanos suaves, allá mazorcas de maíz bueno, gavillas de tabaco, haces de caña, se están trocando ahora en depósitos ricos de almas bien nutridas con la enseñanza de las escuelas, y de frutos: de allí algodónpreciado; de allí maderas finas. Red de ríos son las misiones, y ya piensan en echar sobre ellos red de puentes; y como la tierra húmeda fructifica lujosamente, hablan ya de vapores que recojan los frutos.

El Chaco, de palmas finas, de platanillos frondosos, de robustos cactus, de árboles festoneados de venerable heno, bajo cuyas ramas, dosel de los arroyos, deslizan sus canoas de puntas dentadas las indias recias, pomulosas y cejijuntas; el Chaco extenso, cubierto de hondos bosques, no privado de cañas, ve ya llegar a sus regiones opulentas, cargados de sus aperos de abatir troncos y abrir la tierra, a los fornidos hombres blancos que vienen contentos a hacer su hogar tranquilo y libre con los maderos frescos de la selva.

Patagonia misma, la tétrica y calva, tiene seis escuelas.

Y la nación entera, trece Escuelas Normales de

profesores, que se esparcirán luego por los campos y aldeas a hacer buena la maravilla del pan y de los peces y criar maestros; y mil quinientas escuelas públicas, pocas aún, con ser relativamente tantas, para calmar la sed ardiente de aquel gallardo pueblo: la sed de los caminadores.

Inmigrantes, dieciocho mil más han pisado este año tierra bonaerense que el año anterior; y son gente de Italia campesina, de ojos ardientes y manos callosas, que no van a vender desde innobles rincones de ciudad dulcecillos y frutas, sino a enriquecer las siembras. Savia quieren los pueblos, y no llagas; de Massachussetts, y de todos los Estados Unidos, echan hoy a los páuperos ruines, que, como insectos enojosos, suelen sacudir sobre América los pueblos de Europa. Da gozo ver entrarse, sonrientes y serenos, por los campos solemnes y fragantes de Buenos Aires, a esos poéticos trabajadores italianos. Y traen calor de alma, como de quien vive cerca de volcanes y en tierra que fué dos veces alma universal; que no hay inmigración buena cuando, aunque traiga mano briosa, trae corazón hostil o frío. Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

De dineros, cuenta el Mensaje que la República ahorró este año un millón y medio de pesos, que con otros legítimos arbitrios, fueron a amenguar la deuda.

La importación llegó a sesenta y un millones doscientos cuarenta y seis mil pesos.

La exportación excedió a la importación en dos millones cuatrocientos cincuenta mil pesos.

La deuda pública ha cumplido sus plazos.

Y el dinero que para ferrocarriles se tomó prestado, en ferrocarriles se empleó.

Domando tierras revueltas, vestidas de copiosa

verdura, que brillan al Sol como líquidas gigantes-
cas esmeraldas, cruza ya por el Tucumán, perpetuamente
florecedo, la máquina de vapor. Camino de las alamedas de
Mendoza, y digno visitante de los Andes, ya salva la provincia
de San Luis osada vía férrea. Silbando pasa y humeando la
locomotora, como alegre de ver tanta hermosura, por entre
los amenos caseríos de Corrientes frondosa, poblados de
naranjos. ¡Tierras son esas de donde salieron, a la voz de
San Martín, unos puñados de hombres, a cruzar los Andes,
postrar a ejército cuantioso y redimir a Chile; y los
cruzaron, lo posttraron y lo redimieron en veinticuatro días!

¡Campañías haga iguales en la industria Buenos Aires,
dignas de aquellas maravillosas y centáuricas que dieron
apariencia de dioses a los hombres!

Todo lo alcanzará Buenos Aires, que a tiempo supo
exponerse a morir, por ser dueña de sí, y ahora sabe vivir
cuerdamente, rica en ardientes corazones y en mentes fértiles.

New-York, junio de 1883.



JUAREZ

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fué en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca a los escultores para alzarles estatua, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, y las ve todo el mundo. A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no

se movió Juárez. Dos hábiles escultores mexicanos lo han representado tendido sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, y junto a sus pies desnudos, agobiada con todo el arreo de los dolores, la patria que lo llora. Pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte, bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.

* * *

No queremos hablar de Juárez ahora, sino de un pueblo que hay en la América del Sur llamado por este nombre. Las maravillas ajenas cantamos, como si no las tuviéramos propias.

Un viajero nos está contando del pueblo risueño y próspero de Juárez. En medio de quintas y haciendas se levanta, y en cuatro leguas a la redonda está lujosamente cultivado. Anchas, de veinte varas, son las calles, y algunas de treinta, y sus manzanas, tiradas en cuadro a los medios vientos, tienen 100 varas por 140. Acá, una escuela de varones; y más allá, la de niñas; más allá, escuelas mixtas, donde se ensaya con miramiento y éxito la educación en común de los niños de poca edad.

Numerosas casas de comercio, llenas siempre de vendedores y compradores de los varios artículos del país, negocian por grandes sumas la desbordante cosecha de trigo; la sucursal de un banco poderoso adelanta, con cordura, capitales a cuanto agricultor honrado se los pide; a la sombra de las aspas de los molinos están ya tendiendo los últimos rieles del ferrocarril que, a distancia de cien leguas,

va a unir a Juárez con la capital de la República famosa; límpianse a toda prisa los terrenos vecinos para dar a familias extranjeras, mezcladas con algunas nacionales, haciendas de 60 a 90 acres de tierra excelente, a pagar en diez años y de lo mismo que el suelo vaya dando; la población, animadísima, ya pasea en los días calurosos por la gran plaza central, de altos árboles sombreada, que es la gala del gran pueblo, o por otras cuatro plazas bellas que tiene la ciudad en las esquinas; ya se junta en la airosa casa del rico Municipio a platicar y danzar alegremente.

Del trigo no saben qué hacerse. Dicen que inspira dicha la de aquellos prósperos habitantes. Son numerosas las sociedades caritativas; y si la de los españoles es unida, no le va en zaga la de los italianos. Ya tienen más hijos y están levantando más escuelas.

* * *

Pues esa hermosa ciudad fué fundada sobre la hierba de una llanura, hace siete años.

Y ¿dónde es la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos? No: es en Buenos Aires.

New-York, mayo de 1884.

LA REPUBLICA ARGENTINA EN EL EXTERIOR

Hace hoy ciento veinte años que se reunieron en una hostería, a hablar de negocios, los mercaderes de pro de Nueva York, y alrededor de una mesa de nogal, con su poco de sidra y su más de cerveza, para rociar la ceremonia, declararon constituida la Cámara de Comercio, sin más retratos en las paredes que el del buen rey Arturo y su mal amigo Lancelote, el sin par caballero de la Tabla Redonda. Hoy, ciento veinte años después, los patriarcas de Nueva York, sentados en sus poltronas de caoba, oían en la sesión solemne de elecciones, presidida por los retratos de negociantes ilustres que cubren los muros de la Cámara, el discurso en que el caballero Edward Hopkins aboga elocuentemente por el establecimiento de una línea de vapores correos entre estos estados y la Argentina. No sólo oyeron los patriarcas, sino que asintieron. Y la primer

champaña de la fiesta con que celebra la Cámara su sesión electoral fué vertida en las copas de los representantes de la Argentina y sus amigos, por el caballero presidente.

La fiesta era bella, aunque le quitaba concurrencia la hora, que es acá la más ocupada del día; pero el carácter, pintado en los rostros, supía de sobra el número.

Se notaba bien el diferente modo de vivir de las generaciones, porque los ancianos, de espaldas anchas y cara rubicunda, parecían más mozos que los comerciantes de estos días, de más competencia, ambición y atareo, en quienes antes que las canas salen las arrugas. En un grupo, saboreando un Clos-Vongeoit, hablaban de la discusión de la tarifa, y de cómo la idea de la rebaja gana campo, y del brutal lenguaje con que se injuriaron ayer en el Senado, poniéndose uno al otro de "perros traidores", el republicano Ingalls, que preside a los senadores, y el demócrata Voorhees, pretendientes ambos a la presidencia de la República. En otro grupo se hablaba de la lana; de que se la declararía libre; de que no se la declararía; de que quedará probablemente admitida *ad valorem*. Pero, aunque el *Herald* había publicado por la mañana la noticia de haber suspendido pagos quince casas bancarias de Buenos Aires, o no se hablaba de eso, o se decía que también acá tuvieron su "viernes negro"; "¡así se aprende!", decía un anciano, seco como una nuez y no más alto que ella; "no hay mal en que un pueblo nuevo sepa pronto que debe atenerse al valor real de la propiedad, y no al valor imaginario". De lo que en todos los grupos se hablaba, aquí Thurber, allí Jesup, allá Bliss, acá Schultz, era de la "vergüenza de saber tan poco de un país que puede producirnos tanto"; de la ne-

cesidad de poblar el mar con barcos de hierro trabajados en los arsenales, hoy desiertos, de la República; de que "de veras será un crimen que por falta de una línea de vapores nos dejemos echar por el inglés de un país que nos tiene ese cariño". "Veremos, veremos lo que informa sobre el discurso la Comisión de Comercio Extranjero." "Mi señor: este buen Roederer seco, por el primer vapor de hierro de la línea." Y uno de los amigos de la Argentina hacía notar que de ella no puede decirse que padece de lo que el mismo Hopkins llama en su discurso "el narcotismo de Hispanoamérica". "No; lo que es del opio—decía otro—no parece que padezca; tal vez esté en peligro de padecer de la cocaína." "Ella aprenderá con los golpes, como nosotros estamos aprendiendo, el error de negociar en los valores falsos que la especulación acumula sobre los valores reales; toda diferencia entre el valor real y el valor de especulación es una acción negativa, cuyo dividendo paga la catástrofe." "No sabíamos por acá que allá, junto al otro polo, hubiese un país que nos sigue tan de cerca." Y esta observación trajo a la memoria una escena de hace pocos días, cuando la parada funeral de Páez.

Era en el cuartel, y el general Jacinto Pachano, de Venezuela, presentaba al famoso Sherman, al héroe de la marcha de Atlanta, el cónsul de la Argentina, el cónsul del Uruguay. La edad, la gloria y la estatura dan al anciano cierta belleza homérica. Aguzó el rostro curioso y le lucieron los ojos de águila. "¡Ah, la Argentina, Uruguay!"—dijo—. "¡Sí, sí, ya sé; eso está del otro lado del Ecuador!"

* * *

Y ese asunto de la Argentina fué el único de que se trató en la sesión solemne, fuera de las eleccio-

nes; lo cual revela la importancia que en lo privado de la Cámara se da al estudio serio de los medios que puedan asegurar a los Estados Unidos un comercio amplio con el Plata. Y si alguna duda cupiese de este interés, se habría desvanecido al observar la viva atención con que aquellos hombres, representantes estimados de la riqueza de Nueva York, escuchaban las estadísticas con que Hopkins, conocedor de su público, precedía sus consejos, recibidos más de una vez con un murmullo de aplausos.

Primero fué la orden del día, discursos de recuerdos de los muertos del año, voto de gracias a los funcionarios salientes, elecciones unánimes. La elección duró cinco minutos; un caballero vestido de negro, ultradelgado y sobrelampiño, paseó por entre los cien millonarios, casi todos canosos, su sombrero de pelo, que volvió al estrado presidencial lleno de las candidaturas impresas; mientras él y el secretario abren las listas, la Cámara cuchichea; se está como en una casa amiga, sin necia ceremonia; "todas las listas tienen el nombre del presidente—dice el caballero—, menos una"; la Cámara se echa a reír, y recibe con palmadas al presidente reelecto, que no es el de más millones, ni el de más influjo en esta corporación, que tan decisivo lo ejerce en los negocios del país, sino Charles Smith, comerciante en géneros, que tiene fama de presidir bien, comerciar con honor y medir los hombres de una ojeada. El presidente alude en un vuelo a sus deficiencias personales, a los servicios de la Cámara durante el año anterior, al *lunch* que espera detrás de la puerta cerrada y al mérito de la memoria anual compuesta por el "muy celoso e inteligente secretario"; al secretario, que forcejea en aquel momento por abrir una gaveta, se le llena la cara de

color; por fin llama el presidente, a su izquierda, al caballero Hopkins, que lleva, como Dilks, una corbata roja.

La hora que duró el discurso pareció a todos breve, y en especial a los que, a la vez que lo oían, observaban la curiosidad respetuosa de aquel senado de magnates; muchos escuchaban con avidez visible; todos con buena voluntad; alguno con sorpresa; cuál pidió que le repitiesen un dato; cuál que ampliasen otro; entre éstos y aquéllos se cambiaban signos de satisfacción; el éxito del orador era patente cada vez que aludía al bochorno de que no se viera por las aguas argentinas un buque norteamericano; más de uno, al oír, acaso por primera vez, en cifras, las pruebas del desarrollo creciente de la República, adelantaba el cuerpo atento, como si se dispusiese ya a echar el capital hacia el nuevo mercado.

El caballero Hopkins hablaba de prisa; ponía de relieve la inferioridad del norteamericano en la Argentina; con su autoridad de yankee flagelaba el descuido y la ingratitud del yankee para una tierra donde se le han dado tantas muestras de afecto. Y lo notable y útil del discurso no fué sólo haber logrado repetir, desde la primera tribuna comercial del país, lo que en pura justicia se viene aquí publicando y diciendo en estos últimos años, sino que no dijo estas cosas como de menos a más, pidiendo como merced que el águila ampare con su águila un país de aldea, según torpemente hacen algunos políticos perniquebrados; o admiradores, tan amigos de la tierra ajena, que pierden el respeto por la propia. Hopkins no basó sus demandas en que la Argentina las solicitase, sino en que por su riqueza es un mercado apetecible para el comercio hipertrofiado de los Estados Unidos, y en que el progre-

so continuo de sus instituciones y su capacidad de desenvolverse por sí propia merece el respeto de Norte América, a quien por el empuje se compara, y vence en generosidad y cortesía. "Los argentinos no nos piden favor—decía Hopkins hablando de las lanas—, sino justicia. ¿Cómo se concibe que recarguemos con un derecho especial la lana de un país amigo que no puede dañar nuestra lana, por ser naturalmente distinta, sobre todo cuando es un país que, a despecho de nuestra incuria y desdén, no se ha cansado de darnos muestras de simpatía, muestras que ni siquiera hemos reconocido en nuestros documentos oficiales?"

Grande era la atención de la Cámara, y aun hubo un rumor de asombro cuando—después de agrupar hábilmente las cifras que demuestran el progreso argentino en todos los ramos nacionales, y la pobre figura que los americanos hacen en él—enumeró las semejanzas entre la Argentina y los Estados Unidos, "cuya constitución va perfeccionándose allí de año en año, en medio de obstáculos que sólo su raza mixta, sólo los hijos de Felipe II y de la inquisición conocen", y señaló las demostraciones más notables de buena voluntad y afecto del país y sus Gobiernos hacia Norte América; cuando al comenzar la guerra del Sur se apresuró la Argentina a saldar reclamaciones americanas por cientos de miles de pesos, que pendían de medio siglo atrás; cuando al recibir la noticia de la muerte de Lincoln el Congreso suspendió sus sesiones por tres días y la provincia de Buenos Aires dió el nombre del mártir a una nueva comarca; cuando en el espacio de una semana, a propuesta del vicepresidente Alsina, decretó el Congreso favorecer con una subvención anual de veinte mil pesos, durante ocho años, la línea de vapores entre Norte América, Río y Buenos

Aires; cuando el 4 de julio del año del centenario el Congreso en masa y el Tribunal Supremo, después de saludar por cable al Congreso de Washington, fueron a visitar la Legación americana; cuando dieciséis mil almas pasearon la ciudad con insignias de luto en señal de duelo por la muerte de Garfield. Habló del primer tratado que firmó la Argentina con el ministro de Norte América, para la navegación libre de los ríos; de las muchas obras de los Estados Unidos sobre ley política, economía y hacienda que el Gobierno de allá lleva publicadas; de la petición que los ciudadanos argentinos presentaron al Congreso, por vía de Schenk, para que extendiese al Plata la línea de correos que llegaba ya al Brasil; de los cien mil pesos anuales con que el Gobierno argentino ofrece hoy favorecer los vapores correos, aun no establecidos.

Y en verdad, era extraño oír al orador, ante aquella Cámara de millonarios tenidos en el mundo por gente de tanto ímpetu y empresa, dolerse de que el Congreso no concediera a la línea de vapores un "contrato por tiempo suficiente, que autorizara el gasto de construir los buques".

"Puesto que protegemos el correo por tierra—decía Hopkins en su oración, marcadamente proteccionista—, ¿por qué no hemos de proteger el correo por mar? Puesto que protegemos la producción de nuestras industrias, ¿por qué cometemos la locura de no proteger su transporte a los mercados donde sería posible su venta?"

"Nuestras fábricas se enmohecen, y nuestras minas se ciegan; nuestros trabajadores sin empleo se exasperan en su abandono y destitución; damos modo de llevar afuera nuestros productos, para que el trabajador pueda tener ocupación, y el comercio su curso natural, y nuestra marina vida, y nuestra

industria puertos extranjeros para los artículos de que está ahora ahita."

Pero en esta parte del discurso hubiera podido preguntar un observador desapasionado: "¿y de qué les vale a las industrias que el Congreso las provea de barcos que lleven afuera sus productos, si aun con los escandalosos descuentos de exportación resultan casi todos los productos norteamericanos más caros en los Estados Unidos que los artículos rivales puestos en los mercados extranjeros?" Por los sistemas cerrados a nada se llega. En todo sistema hay su tanto de verdad.

La vida es relativa y no absoluta. Los pueblos pueden necesitar de la protección, como un niño necesita de andadores.

Puede ser útil proteger una industria genuina, mientras las restricciones necesarias para protegerla no impongan a la nación un sacrificio superior al beneficio que a toda luz haya de sacar de ella.

Las industrias crecidas necesitan salir de la protección, como de los andadores necesita salir el niño. Con el mucho auxilio sucede a las industrias lo que a la criatura a quien nunca saquen del andador: que no aprenderá a andar. No es prudente ligar una medida racional a un sistema fijo, sobre todo cuando el proteccionismo está recibiendo día sobre día en los Estados Unidos golpes mortales, y se le acusa, con razón, de haber creado tales antagonismos económicos que, si se les sigue extrañando, la República puede parar en los mismos desastres, odios y despotismos que las monarquías.

* * *

Lo que sí puede ser es que, por la angustia del comercio y lo racional de la demanda, se capa de

contrato de correos, se ayude el Congreso, aunque no muy en seguida, a extender a la Argentina la línea de vapores; pero no como concesión al proteccionismo, que en este Congreso o en el próximo se verá inevitablemente sustituido por una tarifa más viable y humana, sino porque es mucho el desasosiego de la gente de negocios que en todo el país, como en la Cámara hoy, atiende ávida a cuantos le hablan de abrir nuevos mercados a sus industrias afligidas.

Casa que hace diez años desdeñaba llenar una orden de Sur América, como se dice en jerga mercantil, porque se le pedían en envases especiales, ahora busca su más suave y verboso viajero para que vaya, sombrero en mano, por aquellas tierras, viendo qué envases quieren. Otra casa famosa estimula a un editor, con fisonjeras ofertas, a que publique un libro descriptivo de toda nuestra América. Y en la Cámara ha sido hoy evidente que por mayoría, si no por unanimidad, acordará ejercer su influjo en Washington para obtener el contrato de correos que sirva de base a la creación de la línea directa a la Argentina.

“Tres cosas — dijo Hopkins — necesitamos para abrir el comercio con aquella extraordinaria República, cuya estadística nos iguala, cuando no nos saca ventaja; cuyas leyes son semejanza de las nuestras; cuya metrópoli lo es de la América del Sur, como Nueva York de la del Norte; cuyo comercio con nosotros es la vigésima parte del comercio total del país; cuya cultura a la de nadie envidia; cuya Prensa cuenta con periódicos como *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna Nacional*, que serían una honra para cualquier pueblo del globo. Tres cosas necesitamos: que el Congreso apruebe el contrato de correos que le tenemos presentado.

a treinta centavos tonelada por cada mil millas; que se levante el derecho de diferencia sobre la lana argentina, que no sólo impide nuestro comercio, sino lo lleva a nuestros rivales; que reforme por completo nuestro sistema de representación consular y diplomática."

No cabía en el discurso proteccionista abogar por la entrada libre de la lana, como con éxito y denuedo abogó el presidente en su mensaje, y el representante Mills en la oración fundamental en que explicó el proyecto que lleva su nombre ante la Casa, donde no levantan cabeza los proteccionistas republicanos, aturdidos por la cohesión y brillantez de los argumentos de los demócratas reformistas, que cuentan las victorias por los discursos, y se aprietan, cada día con más fervor, en torno del estandarte que alzó con tanto esfuerzo Cleveland. Pero, en cambio, empleó cifras y razones para demostrar a los mismos proteccionistas, mantenedores del derecho diferencial, que el que hoy entraba las lanas argentinas puede suprimirse sin peligro de la lana del Norte América, por ser la naturaleza, rendimiento y empleos de ambas tan diversos, que la lana del Plata no puede dañar a la de Vermont, aplicada a distintos usos.

De lo que habló con más desembarazo, y aun con sus puntos de literatura, fué de la reforma que consideraba necesaria en el servicio consular y diplomático; y la grave concurrencia parecía estar de su parte, a pesar de no ser aquí tenido en gran cosa este servicio, cuando concretaba su consejo de este modo: "Muy pronto cambiaría nuestro influjo en toda Hispano América, y sería igual, por lo menos, al de nuestros rivales, si nuestro Congreso decidiese comprar casas de Legación en esos países, y enviar a ellos ministros plenipotenciarios con secreta-

rios que supiesen hablar, o fueran capaces de aprender la lengua que se habla a su alrededor, bailar con las jóvenes bellas, llamar la atención en las ceremonias públicas y entrar de lleno en la sociedad de las capitales donde residen, con sueldos decentes para los empleados de las Legaciones, y personas decentes para gozar de los sueldos, y permanecer por aquellas tierras mientras en ellas fueran útiles. Talleyrand fué quien dijo que el ministro que quiera salir con éxito de su misión debe conducirse de manera que lo acepte con gusto la gente culta del país donde esté acreditado." Y desenvolviendo de una vez su pensamiento y el que con alguna tardanza empiezan ya a abrigar, como la mora que llama a María en el instante de su angustia, los prohombres norteamericanos, el caballero Hopkins terminó su útil y discreto discurso de este modo: "Entonces la América—nuestra América—, consolidada en sus intereses por la unión comercial de los valles más vastos del mundo, los valles del Mississipi, el Amazonas y el Plata, será la parte más próspera del globo habitado, superior en riquezas al Oriente y guía verdadera de los hombres por los caminos de la libertad y de la paz."

* * *

Quien estudia la economía de las naciones; quien sabe que es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado a un solo pueblo; quien ve de cerca que las causas que aquí amedrentan el capital son tales que ya el dinero del Norte busca salida en las empresas no muy seguras de México, Honduras y Colombia; quien conoce el ansia con que los grandes acaudalados estudian el modo de colocar alguna parte de sus bienes donde el reino democrático

que ya se anuncia no investigue sus orígenes o ciegue las fuentes de sus rentas, comprende cuán ventajoso es exponer con cuerda y eficaz insistencia ante este país, sobrado de capitales deseosos de exportación, otro país al que pudiera convenir importarlos.

New-York, mayo de 1888.

URUGUAY

UN INFORME SOBRE EL URUGUAY

Presentado el 30 de marzo de 1891 por el señor José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos en la Comisión Monetaria internacional de Washington.

La Comisión nombrada para estudiar las proposiciones presentadas por la delegación de los Estados Unidos a la Comisión internacional americana, reunida en virtud del acuerdo de la Conferencia internacional americana, congregada en Washington por invitación de los Estados Unidos, para tratar sobre el establecimiento de la Unión Monetaria internacional americana, con la base de una o más monedas internacionales, ha examinado con profunda atención las proposiciones que la delegación de los Estados Unidos somete al acuerdo de la Comisión, para que ésta declare inoportuna la creación

de una o más monedas internacionales, opine que el establecimiento del doble padrón de oro y plata, en proporción universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas, y decida recomendar que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos Gobiernos, a una Conferencia monetaria universal, en Londres o en París, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata.

Cumple a la Comisión comenzar declarando que recibe con agrado la expresión del aprecio profundo con que el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos estiman la respuesta de los pueblos latinos de América a la invitación del Gobierno norteamericano. Es tan grato ver reconocidos los móviles de nuestra participación en esta Conferencia, como penoso hubiese sido que se la supusiese determinada por ligereza o ignorancia. Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen ninguno de los factores que precedían y acompañaban el hecho de su convocatoria, sino para dar una muestra fácil a los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres, de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto de buena voluntad, y del afectuoso deseo de ayudar con los Estados Unidos, como con los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y paz de los hombres.

A su vez toca a la Comisión congratular muy sinceramente a la delegación de los Estados Unidos por la sana doctrina que inspira sus proposiciones y el reconocimiento oportuno que en ellas se hace

de la verdadera función de los pueblos de América en las relaciones económicas universales. El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto, sino tratar en paz y con honradez, como propone nobilmente la delegación de los Estados Unidos, con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la reconstitución nos mantienen abiertas sus cajas.

Las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos no han podido causar sorpresa a la Comisión Monetaria internacional, porque ellas vienen a ser el reconocimiento discreto de una situación que vieron siempre claramente los delegados latinoamericanos, por más que en "su deseo de contribuir", según la frase elocuente del honorable presidente de la Conferencia, "a unificar las instituciones e intereses de las repúblicas americanas, a costa de cualquier esfuerzo razonable", no quisieron llevar tan lejos su previsión que pudiera parecer resistencia sistemática a una mejora en que se requería su concurso. Ni podrán desconocer los delegados latinos, porque era su deber conocerlas, las hondas escisiones que señalaron los debates de la delegación de los Estados Unidos sobre el dictamen de la Comisión Monetaria ante la Conferencia internacional americana.

No extraña, pues, la Comisión de estudio que los delegados de una nación sincera, suspensa hoy entre los mantenedores del padrón del oro, y los de

la amonedación ilimitada de la plata, reconozcan ante la Comisión Monetaria internacional las verdades que ésta se hubiera visto obligada a reconocer por sí, como que resultan con fuerza invencible de la masa de opiniones contradictorias, que sin alteración esencial vienen buscando ajuste desde los años que precedieron al advenimiento de la América republicana. Ni puede la Comisión de estudio, en el seno de la Comisión que desde sus primeras sesiones oyó ideas semejantes a sus miembros, rechazar por nuevas las opiniones de la delegación de los Estados Unidos, convencida hoy, como los delegados latinos, de que no puede aspirarse a la creación de una moneda internacional que no sea aceptada igualmente en todos los pueblos del Globo; de que la moneda internacional es un "sueño fascinador", en tanto que no se llegue a un acuerdo universal sobre la relación fija del oro y la plata; de que "hay otro mundo", y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la moneda de plata internacional.

No es lícito dejar de desear la creación de un sistema de monedas uniformes, que harían más morales y seguras las relaciones económicas de los pueblos y mantendría en poder de la mayoría activa del comercio, con la ventaja consiguiente del comprador de los productos abaratados, las sumas que hoy aprovechan a los agentes y especuladores del cambio. El valor común de la moneda, no sólo facilitaría las transacciones, tanto como las estorba e intimida un cambio inquieto, sino que permitiría crear sobre una suma de necesidades conocidas o fáciles de prever una corriente de negocios más estable y

serena que la que hoy estremecen e interrumpen de súbito, por caprichos criminales a veces, las especulaciones del cambio. Y no se puede negar un valor político, tanto internacional como doméstico, a la adopción de una moneda fija y común, que removería de los tratos entre pueblos el recelo peligroso con que se disputan la soberanía monetaria, y en lo interior, por la quietud y contento que da al portador la mayor seguridad de recoger el fruto de sus productos, completaría la libertad política. Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio o injusticia. Fijar los cambios es robustecer la libertad.

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa contribuye a afirmar la seguridad pública. Pero por apetecible que sea la creación de un sistema monetario uniforme, no puede dividarse, mientras no se obtenga, que la moneda, sobre todo en su aspecto internacional, es esencialmente relativa. Toda alteración en una especie de moneda que sirve para comerciar se ha de hacer en acuerdo con los países que comercian en la moneda de esa especie. La moneda que cubre los saldos de comercio ha de ser mutuamente aceptable a los países que comercian. Ningún país puede aceptar una moneda que no sea recibida, o se reciba con depreciación y desagrado, por los países que le abren crédito y le compran sus frutos. Ningún vendedor puede ofender gratuitamente a sus compradores. Ningún vendedor debe alarmar siquiera a sus compradores. La uniformidad de la moneda es una empresa digna de las naciones democráticas, conveniente a la paz internacional e indispensable para el goce completo de la libertad doméstica. Pero si esa uniformidad se ha de obtener, sea—como quiere la dele-

gación de los Estados Unidos—por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado a la economía, que fomentan rencores y provocan represalias, y no pueden durar.

No es menos deseable que la uniformidad monetaria, el establecimiento de una relación fija entre las monedas de oro y plata, que ha de preceder a todo proyecto de uniformidad. Ni el oro cede, ni basta. La insuficiencia de la cantidad de oro conocida y probable, la determinación de los pueblos a no aceptar por sustancia monedable la que no tenga valor constante y propio, aparte del valor legal del cuño, y el carácter meramente fiduciario y convencional de la moneda de papel, dan a la plata un valor real como medio de circulación, y un puesto firme en todos los sistemas. La moderación en su uso beneficiaría más, a la larga, a los productores, que el consumo artificial y excesivo. La plata no tiene, acaso, más enemigo que las pretensiones desmedidas de los productores, empeñados en echar sobre el mundo, con un valor inseguro—puesto que el valor se ha de fijar en parte por la producción—una producción incalculable. Pero parece permitido esperar que con la buena fe y la producción prudente de los países argentíferos llegarán las naciones que hoy discuten sobre la elevación de la plata a acordar, por lo menos, un período de prueba franca y limitada de la moneda doble con relación fija.

La persistencia del metal como moneda en los mercados del mundo, la necesidad patente que hay de él, por la producción escasa de oro, y el mismo carácter popular que asume, como el vehículo de uso mayor entre las masas, acercan más cada día

la moneda de plata y la de oro. La nación que más la combatía, ya la acepta a medias. La producción inconsiderada es un obstáculo a la relación fija, pero los productores impacientes habrán de ceder por su interés ante el daño que su tenacidad causa a su propio producto. Otro obstáculo es el tipo vario de la relación entre el oro y la plata en diversos países; pero se nota una disposición creciente a unificar el tipo, y es para la Comisión motivo de complacencia que sea una República hermana, la República de México, el país que haya dado el último ejemplo de esta sensata actitud, proponiendo en su nuevo plan monetario que la relación de la plata y oro sea de $15 \frac{1}{2}$ a 1, en vez de $16 \frac{1}{2}$ a 1, como era; lo que deja la moneda de plata a mucha mejor luz. Ya el bimetalismo no es la "utopía" de Goschen, ni un suceso práctica y materialmente irrealizable; y es de desear que se cumplan los votos que hace por su establecimiento la Delegación de los Estados Unidos. La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz.

En lo que difiere un tanto la Comisión de estudio, por razón de oportunidad, de las proposiciones de la Delegación de los Estados Unidos, es en la de invitar a las potencias del mundo a una conferencia monetaria en Londres o en París, para estudiar el bimetalismo, la relación de la plata y el oro y la asimilación universal y circulación legal internacional de tipos monetarios. La Comisión acata, como es de justicia rudimentaria, el principio de someter a todos los pueblos del Universo la proposición de fijar las sustancias y proporciones de la moneda en que han de comerciar los pueblos to-

dos. Jamás pudiera llegar la locura de una nación hasta prescindir, al fijar la moneda que le sirve para tratar, de las naciones con que ha de hacer los tratos. Sueño sería también, impropio de la generosidad y grandeza a que están obligadas las Repúblicas, negarse, directa o indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libérrimo con los demás pueblos del globo.

Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios. Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos. Pero, en este caso concreto, cree firmemente la Comisión que no existiendo condiciones nuevas, ni nuevos argumentos, con que influir de un modo natural en el ánimo de una Conferencia de los países del mundo, sobre puntos que se debatieron, por peritos en gran parte vivos, en dos Conferencias recientes, se correría el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, a los poderes, que pudiesen ver en la convocatoria cierto empeño, aunque hábil y disimulado, de precipitarlos a una solución a que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia o se lastima su puntillo, con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido.

Y acontecería que el recurso propuesto por la Delegación de los Estados Unidos para acelerar la solución del problema contribuiría a retardarla. Cree esto firmemente la Comisión; pero en el caso de que esta Conferencia universal fuese convocada por alguna de las naciones en ella interesadas particularmente, bien de Europa, o de América, es la Comisión de parecer que no habría ya la menor causa de objeción, y deberían las Repúblicas americanas, si lo tienen a bien, concurrir a defender, en el caso probable de su asentimiento, las soluciones que la Delegación de los Estados Unidos recomienda, y que la Comisión estima conciliadoras y sensatas. No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad. Ni han de negarse los pueblos, por reparos pueriles, a tratar unidos cuantos asuntos tiendan a fomentar, por el cambio amistoso de las ideas y el creciente conocimiento y respeto mutuos, los intereses legítimos, cuyo comercio natural asegura, en vez de comprometer, la paz de las naciones.

Con este espíritu y con cordial aprecio del que visiblemente anima las proposiciones de la Delegación de los Estados Unidos, la Comisión de estudio, conservando íntegras la primera y segunda de ellas, y alterando sólo la tercera, tiene el honor de someter a la Comisión Monetaria, en cumplimiento de su encargo, las siguientes proposiciones:

I

Que reconociendo plenamente la gran conveniencia e importancia que vendría al comercio de la

creación de una moneda o monedas internacionales, no se cree por ahora oportuno recomendarla, vista la actitud de algunos de los grandes poderes comerciales de Europa hacia la plata, como uno de los metales en curso, y los diversos tipos de relación establecidos entre el oro y la plata por los varios países representados en la Comisión.

II

Que muchas de las dificultades para el establecimiento de una moneda o monedas internacionales podrían desaparecer con la adopción del bimetalismo y el establecimiento de una relación común entre el oro y la plata por los grandes poderes comerciales.

III

Que sería conveniente que se reuniese, en Londres o en París, una Conferencia Monetaria universal, con asistencia de los países americanos; y que la Comisión recomienda la asistencia a ella de todas las Repúblicas.

DE HONDURAS

HONDURAS Y LOS EXTRANJEROS

En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa, y los pueblos que pasan por menores—y lo son en territorio o habitantes más que en propósito y juicio—van salvándose, a timón seguro, de la mala sangre de la colonia de ayer y de la dependencia y servidumbre a que los empezaba a llevar, por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso y criminal de americanismo. Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo—que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya—, ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América

hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es posible y es útil ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino, de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades. La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sordidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de

tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.

UNA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS EN HONDURAS

Honduras tiene ya su Escuela de Artes y Oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay sustancia volcánica. Ha habido en Honduras revoluciones nacidas de conflictos más o menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce el estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que, a pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus.

Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos de la Naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar su bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse a un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de Artes y Oficios es invención muy buena; pero sólo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias, que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear.

Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él.

Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando a los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

COLOMBIA

GUERRA LITERARIA

Llegan los libros despacio de Colombia; lo que es de sentir, porque en Colombia se escriben buenos libros. Anda allá la literatura, como la mente nacional, partida en dos bandos; y los unos, con indígena brío, éntranse anhelantes por todo lo moderno y escriben con la vehemencia de la tierra las cosas de la Naturaleza, de la Historia, de su espíritu y de la patria, teniendo por delito y contradicción culpable a la ley de Dios el constreñir, como pie de dama china, en moldes de bronce viejo, el pensamiento; y otros, movidos a veces del miedo saludable y generosa repulsión que los abusos de la libertad inspiran, júntanse a levantar valla al espíritu humano y a la gente humilde, con los que ven con ira el crecimiento del hombre llano que, como que viene de la Naturaleza, tiene mano segura y hombro fuerte, y los saca del goce y poderío

que por años sin cuento estuvo en ciertas familias vinculado. Porque oligarquía hubo en nuestros países, y ella fué la que alentó y dirigió nuestra revolución de independencia; pero no para su provecho, sino para el público; y no para tener en cepo y grillos el alma luminosa, sino para imprimir con Nariño los "derechos del hombre". ¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los serviles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores! Traiciones tiene la Historia, y parricidios; y ésta, que entre mucha gente menguada de América priva ahora, ésta es una. Prevenirse no está de más, si se quiere salvar el espíritu de América, y se le tiene en algo, y se sabe lo que vale; porque Catilina, lleno de falsos honores y contento de ellos, está a las puertas de Roma. Nombramientos y cortesías de allende están sacando a nuestra gente itustre de su camino natural y honrado. ¡Bueno es que, como los españoles de España, admiremos la Alhambra, sin traer por eso otra vez los moros!

Siempre campeó, por lo original, inquieta y sincera, la lengua colombiana; y de sus irreverencias y desmoldes precisamente viene aquel sabor de graciosa verdad de la historia de Lucas Fernández de Piedrahita, y aquella sentenciosa travesura y fresco donaire de Rodríguez Fresle, amorosa consunción y abrasante vehemencia de la cuasi divina Madre del Castillo. Con Mutis, de Cádiz, y Rodríguez, de Cuba, vinieron a la lengua de Colombia precisión científica y grata cortesanía; y al amor de ellos, que fué sano y sencillo, se juntaron a leer y prepararse a la obra aquellos hermosos evangelistas de 1810, que comenzaron por serlo de la liber-

tad de su patria, pero que no hubieran tenido fuerzas para conseguirla a no haberlo sido de la libertad humana; así se les vió brillar e inspirar amor y respeto dondequiera que fueron. Una nueva grandeza, distinta de la griega y romana, resplandece, como ancho globo de oro, en los discursos y acciones de los Torres y Zeas, Garcías del Río y Pombos; y es lo singular, que, llena su mente y oraciones de las hazañas de los héroes antiguos, establecía sin sentirlo, con las palabras mismas con que los evocaban y loaban, un tipo de gloria desinteresado y nuevo, no limitada, como la de Grecia y Roma, a invadir o a rechazar al invasor, ni reducida, como la cristiana que vino después, a morir sonriendo entre los dientes de las fieras, roto ya el cuerpo en harapos sangrientos, por el goce y salvación de la propia alma. Fué la de nuestros varones de 1810 una grandeza amplia y sublime, que vino de expresar con toda la pompa y luz de América, y con un desprendimiento que más parecía de la juventud de un continente que de juventud de hombres, las pujantes ideas humanitarias que alzaron en sus alas de bronce encendidas sobre el mundo, como un sol arrebatado a su cautiverio, el siglo de redención en que vivimos, trastornado todo él, y nervioso y convulso, por no poder tardar menos de un siglo el espíritu humano en mudar de casa. No por la soberbia gloria antigua de obedecer a la virtud obraron nuestros grandes varones; ni por el deseo egoísta de caer, temblando de gozo, en los brazos de Dios, como los mártires cristianos; sino por el enérgico y generoso dolor de ver abatido el decoro, estremecido y acorralado el espíritu y sofrenado en su divino y libre vuelo el pensamiento humano. Por su gloria habían trabajado generalmente los héroes; y los nuestros, por la ajena. ¿No fuera gozo

ver que tal espíritu animaba siempre los libros y papeles colombianos? Porque es de hijas poner, y no quitar, a la virtud y hacienda que les vinieron de sus padres; y no tienen el derecho de gloriarse con los nombres, actos y vida ilustre de sus antepasados, aquellos descendientes que no los perpetúen en su espíritu y acciones; es alevosía ampararse de su gloria, para ir minando la gigantesca obra que alzaron. Honrar en el nombre lo que en la esencia se abomina y combate, es como apretar en amistad un hombre al pecho y clavarle un puñal en el costado. Los que se oponen al ejercicio de las facultades del hombre no son los hijos de los que dieron su vida por ayudar a libertarlo.

Ha habido ahora en Colombia guerra literaria, a propósito de un cuento en octavas, no todas sueltas y viriles, aunque algunas revelan la saludable tendencia de su autor, el joven caballero Roberto Mc Douali, a encerrar en forma concisa y trabajada su pensamiento, que, esta vez, ha sido el de denigrar, como de intento, por más que sin razón visible, la educación que las mujeres jóvenes de Colombia reciben en las escuelas normales. Al punto que se lee el cuento, que el autor llama "El joven Arturo", nótese, por desdicha, que, aun cuando no es de mala ley literaria tratar en zumba aquello cuyo descrédito se procura, no corresponde aquí la delicadeza del lenguaje a la del asunto; ni está sazonado con aquella sal sutil; o excusado con aquel profundo pensamiento que hacen amable y atractiva a veces la misma bellaquería rabelaisiana. Boccaccio mismo, en fuerza de lo que flagelaba, ¡que era mucha la villanería de la gente de iglesia!; Boccaccio mismo suele sabar a los labios la sonrisa; y en este "Joven Arturo" hay cosas que, y no de entusiasmo, sacan los colores a la cara. Tiene, ade-

más, el chiste, su decoro literario, y el buen ingenio desdeña esa barata jocosidad que está en hacer alusiones a cosas deshonestas. Paseaba el autor de este cuento, hace unos diez años, por México, y eran de notar en sus versos, entonces infantiles, un gracioso candor y delicada pureza, que de seguro guarda aún para obras mayores que de este cuento de ahora le rediman.

Bien puede ser que una moza de voluntad y sentido desenvueltos, criada en regalos superiores a su fortuna por una madre tímida y consentidora, case de ligero y eche por malos caminos, aunque haya estado, después de mala crianza, en una escuela normal, y no por haber estado en ella, sino porque, como se ve, en la carne regalona traía el pecado, y padre no tuvo, y la madre no le supo quemar con enérgica virtud el impuro microbio; de la cual moza, que es veridicamente, sin punto más o menos, la que pinta el cuento con el nombre de Clara, deduce el cuentista que las jóvenes colombianas que se educan en las escuelas normales salen a desatender sus quehaceres y engañar, como una bribona de Molière o una coqueta de Bretón, a sus maridos. ¡Por Dios, por Dios, que éstas son cosas que queman, y no se deben tratar de esa manera sino cuando el mal es tan visible que la indignación o el noble miedo patrio saquen de quicio y justifiquen el exceso, y cada una de esas terribles afirmaciones vaya cosida a su prueba!

Y bien pudiera ser, lo cual de lejos no se sabe, aunque no lo parece, que faltase en las escuelas normales de Colombia, sobre que en aquellos limpios hogares nunca faltaría, esa educación en la ternura y demás condiciones del espíritu sin la que la inteligencia se trueca con la instrucción en entidad monstruosa y abominable; mas, si así fuera,

así hubiera sido dicho y dejar de decirlo hubiese sido culpa, y decirlo obligación y honor; limitase el cuento a pregonar, con puerilidad que es de esperar sea en el estudioso autor transitoria, que las jóvenes pobres de Colombia corren peligro mayor de caer en vida deshonesta adquiriendo en las escuelas normales de maestras una educación que las pone por encima de sí mismas y les asegura un quehacer honrado y propio de su sexo, que manteniéndose en holgarza y tentadora frondosidad carnal, con apetitos y necesidades de existencia y sin más camino que el de entrar a servir de criada o manceba, cuando no vayan ambos servicios en una misma infeliz aparejados; ¡pues desde lejos decimos nosotros que, por agradecimiento mal entendido, y por ignorancia, o por pobreza, caen las mujeres en deshonra muchas más veces que por condescendencia al hombre a quien aman o por clamores de la carne! Desde aquí decimos que la mujer, lo mismo que el hombre, a poco que la ayuden, es esencialmente buena, y sobre todo la mujer de nuestras tierras; desde aquí decimos que hacer desaparecer una de las causas de la corrupción no puede ser manera de aumentarla; y si se alega que la educación sustituye con una causa nueva de corrupción la que extingue, decimos que no es cierto, porque la Naturaleza no ha podido crear sus objetos, y al ser humano entre ellos, para que de conocer lo que le rodea le pueda venir mal, ni pueda haber inmoralidad o error en aliviar las ansias de saber que el pensamiento humano trae consigo; y si se dice— y aquí, acaso, esté el huesecillo escondido, y la razón vergonzante de toda la agría y elemental polémica que el cuento ha levantado—; si se dice que la educación de las escuelas normales es corruptora porque no es católica, decimos que católica es

la educación de las clases altas europeas, que, con excepciones raras, viven en espantoso desconcierto de espíritu, goce discreto y seguro de las más culpables aficiones y empedernido desconocimiento de las condiciones que hacen amable la vida y el hogar sabroso. Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; o no es el honor virtud que cuenta entre las religiosas, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada. Eso sí, implacablemente honrada. Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría de su país puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la acata, en libre uso de su juicio, es ya un derecho. ¿O es tan de humo y tan hueca la religión católica que, con el estudio de la Naturaleza y la enseñanza de las virtudes humanas, se venga abajo? ¿o está, acaso, contra estas virtudes, que teme de ellas? ¿o ha venido ya a tan poco que, sobre ser doctrina divina, y, por tanto, eterna, como afirman los que la mantienen, ni con el prestigio de la tradición, ni con el influjo que con las iglesias solemnes y encendidas ejerce en la imaginación y sentidos, ni con el espanto que con la amenaza de la condenación suscita en las almas, ni con la práctica y reverencia de todos los hogares, ni con el permiso de enseñar en las escuelas de niños y niñas su culto a todos aquellos cuyos padres lo soliciten, puede esta obra de siglos sustentarse? Sea libre el espíritu del hombre y ponga el oído directamente sobre la tierra; que, si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre. Y las dudas que su estudio le traiga, bien traídas le están, pues que son naturales; y saludables son, pues que de todas ellas, como un vapor de verdad, o como

una inmensa flor de luz, surge esplendorosa la fe en la armonía, bondad y eternidad del Universo, más fecunda ¡sí, por Dios! y más digna del ser humano que la que predica y ejercita el odio contra los que quieren asegurar al hombre, con el ejercicio honrado de su inteligencia, el cumplimiento íntegro y leal del mandato divino.

El cuento de "El joven Arturo" movió gran contienda y con pasión fué defendido y atacado, por ser para el bando católico excelente refuerzo que venía del campo hostil en que el joven cuentista milita; y para el bando que estableció y ha defendido a espada y pluma las escuelas, una sorpresa penosa. Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto a veces por especial merecimiento del recluta, cuanto porque, necesitados los que ánhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso, y ponen por encima de su cabeza a los que de modo más proporcionado brillarían entre los jóvenes que caminan con su tiempo y que, por ir generosamente juntos en las vías naturales, llaman menos la atención que el que echa solo por la vereda desusada. Los que por el cuento se veían servidos, lo encomiaron como obra excelente, a pesar de su irregularidad y crudeza visibles, e iba creciendo sin coto la interesada alabanza; por lo que, con ásperas y mal aconsejadas represalias unos, y con sentidas razones los otros, saliéronle al paso en defensa de la verdad, de la educación pública y la conveniencia de ennoblecer a la mujer humilde y mejorar la condición de todas, a fin de que de veras sean compañeras de los hombres, y no de su disimulada servidumbre. Unos y otros hicieron, con la prisa de

responder, flojamente sus octavas, que es pecado que merece excusa allí donde pueden balancearlo algunas de las más bellas traducciones y novedades líricas que enriquecen la moderna poesía en la lengua española. De Juan de la Rosa a acá no hay en romance versos mejores que los que a granel campean en la interpretación de las Geórgicas de don Miguel Antonio Caro. Poesía, por de contado, no la hay en esta polémica; cuando fuera bien no entretenerse jamás en rimas sino para vaciar poesía. Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas; poesía, en Colombia, es Gregorio Gutiérrez González; cuyos versos, como aves melancólicas, cruzan perpetuamente, sin saber apartarse de él, el cielo de su patria; y es como la melodía de aquellos aires, y el aroma de aquellos campos florecidos, y el misterio de aquellas soledades religiosas, con privilegiada arte buídos en palabras humanas; poesía, imperfecta aún y grandiosa como el Continente que se la ponía en el alma, es José Eusebio Caro. Al cabo se alzó por sobre toda la contienda un canto severo e indignado que, con voz trémula por la injuria inmerecida y contenida por la hermosa prudencia, puso en su punto el caso del debate, y en visible rincón el descuidado argumento del "Arturo".

Entristece ver a los hombres movidos por sus pasiones o azuzando las ajenas; tanto como por nuestra especie nos causa orgullo el que sólo siente pasión por la justicia, y el lenguaje de la recriminación pone de lado, y, siquiera sea sin detenerse a apuntalar ni henchir los renglones que lo han menester, vuelve, como don Santiago Pérez en su canto "La Escuela", por los fueros de la inteligencia perseguida, o de la pobreza y debilidad menos-

preciadas. Así, solicitada por el viento revuelto que sacude la superficie de los mares, acumúlase y encrésase la ola y esparce con desorden y majestad en las ondas vecinas sus aguas opulentas. Como a plumas mal tenidas en un ala floja, avienta con su réplica generosa y viril las insinuaciones, que no razonamientos del "cuento" mal aconsejado. Cuanto arriba apuntamos en natural defensa del deber en que los hombres cultos, y los mejores de la inteligencia, están, no de restringir envidiosa y cobardemente, sino de ensanchar con confianza, ardor y ternura, los conocimientos y empleos que ennoblecen, sea cualquiera el sexo en que encarne, al espíritu, en "La Escuela" está arrogantemente dicho. Padre ofendido parece el que habla, y se duele de que le hayan calumniado la escuela de Colombia, como de que le hubiesen calumniado a una hija. De tiempo atrás tiene don Santiago Pérez fama de hombre de letra envidiable; mas no por esto le merece tanto como por la unción y natural grandeza con que ama, practica y defiende la libertad legítima, que no es la que con sanguinaria premura o con grotescas vociferaciones quiere sofocar en los labios de sus adversarios, leales o no, hipócritas o no, la emisión en palabras, y el mantenimiento en actos, de las opiniones que en uso de su juicio respetable y libérrimo alimentan; sino aquella otra que con mano firme, toda de diamante, abre las puertas de la Naturaleza armoniosa y preservadora al espíritu humano, contra los que, de miedo de perder autoridad con su fortalecimiento, quieren cerrárselas; y de hierro encendido vuelve su manto blanco para amparar a sus amigos y enemigos, contra los que por prisa, o ignorancia, o interés, pretenden impedir en los demás el uso libre de los derechos que para sí reclaman.

La libertad, cuando fué en América epopeya, tuvo aquel ejército de jóvenes gloriosos que contaban a veces más victorias y proezas que cabellos en el bozo; luego, dejados nuestros países a sus elementos imperfectos y contradictorios, la libertad, llevada en mala hora necesaria por gentes de pasión y guerra, tuvo que batallar por convertirse de nominal en efectiva. Aquietándola en sus iras impacientes, animándola en sus horas de infortunio, guiándola en los pasos difíciles, increpándola por sus injusticias y exponiéndose valerosamente a su furor, reposando en la hora de la victoria, mas nunca dormidos, sino con la pluma luminosa, como con una espada, al lado, han venido en toda la difícil y ensangrentada peregrinación acompañando a la Libertad sus patriarcas; serpientes vigilan a la Libertad el sueño, y ellos, con sus voces honradas, las espantan; gusanos del propio cuerpo se le suelen subir hasta más arriba de la cintura a la Libertad, y ellos, con su mano leal, los sacuden por tierra; hijos desmelenados y rojos, en sus noches de angustia y pesadilla, han solido nacerle a la Libertad amenazada, y ellos han ido siempre a la mano a sus acometimientos y desmanes. Han domado estos fundadores de la Libertad el amor y el odio. Los sacerdotes han sido de la larga época del establecimiento. Entre los americanos tiene, por esa singular virtud, Santiago Pérez, puesto alto y seguro. Es de esos senadores naturales de los pueblos a quienes de lo robusto de la indignación y de lo hondo del concepto del derecho humano acuden sin esfuerzo, apretados y lucientes como las escamas de una malla, raciocinios envueltos en imágenes, que resuenan con los acentos de la gran elocuencia, y se remontan, y como águilas de oro relucen en lo alto, con los alientos de la gran poesía.

VENEZUELA

UNA ESTATUA DE BOLIVAR

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos, disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente a los ingratos. No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.

Rafael de la Cova, joven de Caracas, ha amasado con sus manos piadosas e inspiradas, en un cuarto pequeño y oscuro, sin distancias, sin tiempo, sin luz acaso, a no ser la febril de la mente y la inquieta del ansia, la estatua monumental que en el

buen taller de Bonnard se ostenta ahora, ganosa ya de emprender camino a la ciudad del héroe, adonde, para celebrar con su instalación el centenario del padre de pueblos, el Gobierno de Venezuela la destina.

¡Es brava estatua, de nueve pies de alto! Lleva traje de militar en ciudad; colgándole al cinto espada de gala; en una mano, que extiende en ademán modesto, la cuenta de sus hazañas; y puesta la otra mano en la espada que las alcanzó y mantuvo. Allí está el héroe en reposo, como en vida estuvo en el instante en que el escultor lo representa. En el patio del convento de San Francisco, que es ahora Universidad—por cuanto es bueno que se truequen en universidades los conventos—, va a ser erigida, en pedestal sencillo, la estatua de Cova; y Cova representa a su héroe, como cuando el día 2 de enero, ante su pueblo jubiloso y radiante, que creía ver en él astro humanado, narró, con su palabra grandiosa, sus victorias, en aquel mismo patio glorioso de San Francisco. ¡Hay de esos días, en que el sol baja a la tierra!

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua; no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnimodo, sino el triunfador sumiso a la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada; no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fué a devolver, sin descalzarse—porque aun había míseros—las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la República. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como

deslumbradas, y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su Gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar a no serlo, dió cuenta espontánea Bolívar de su dictadura a la Asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto a Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las riendas de la mano cuando le pareció que las dejaban caer a tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceño rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora a Girardot en Bámbula, mueve el brazo vencedor de d'Elhuyar en las trincheras, de Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, y baja un momento a contar a la madre Caracas sus victorias, mientras piafa a la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, a Chile, a Bolívia!

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tanto venía, y a tanto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dió Naturaleza. No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase, inmortalizaba a un hombre; de un tajo de

su palabra, hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh, cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al peso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco se alzan las cejas, como cobijando mundos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre enamorado. Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente, no los necesita.

Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia, ni corrección ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo o en lenguaje, que acierten a expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, a la mente ofuscada y a las manos nerviosas de los hombres.

El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue

sin embarazo ni dureza; el brazo derecho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarbadas e innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita a acariciarla y a saludar al escultor; la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encuentra gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonrío.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado e inquieto, sin dar sueño a los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva a la gloria: la sed de lo grande.

New-York, junio de 1883.

EL CENTENARIO DE BOLÍVAR EN NUEVA YORK

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así *La América*, exclusivamente consagrada a avivar el amor a la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tomar nota breve de la fiesta con que los hispanoamericanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes e industrias deben bajar a tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y magnánimo que aseguró al comercio del mundo y a la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitirnosla extensa el espacio que nos falta, ni la natu-

raleza de *La América*, a la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos a sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces a menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, a la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si a los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de representantes de nuestras Repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste ni encogido; parecía que se juntaban todos a la sombra de una bandera de paz, o que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijaba a los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba de brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudioso leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho a exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carranza, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama a su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con don Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción,

energía y fortuna con que le dió remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa gana almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábase en todos los grupos del señor Marco A. Soto; mas no con distingos y a retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno; sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quienes no ha necesitado venir para dar prendas de desusado tacto y juicio sólido; y sobre las dificultades que, como evocadas a la sombra del Gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spies, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Phillips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aun enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternura, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasguear esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla e himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América.

Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que *La América* reseñan, adivinábase, ¡qué más pudiera decirse, ni es necesario decir!, que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Bonaide, fraternalmente amado por los hispanoamericanos de New-York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los cómensales al cónsul Egleson, a quien la alta palabra no es extraña, cuando, hablando en nombre de la ciudad de New-York, como el colector Robertson acababa de hablar por los Estados Unidos apropiadamente, llamó a Wáshington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galanamente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de Estado. Regocijaba ver juntos, como mañana a sus pueblos, a tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fué la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh, de aquí a otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta que va a haber llegará al cielo!

Y otros hablaron luego. De España trajo saludos

a los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la Prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige *Las Novedades*. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete y leyó, entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de *La América*, llamado a responder al brindis "por los pueblos libres", tuvo algunas palabras que decir.

Y, por sobre todo y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado a intereses de bandería, ni a halagos a gobernantes, ni a rebajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta muchos codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fué de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en lo por venir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

New-York, agosto de 1883.

LA FIESTA DE BOLÍVAR EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fué Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía; venía hirviendo de siglos; chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno; por entre todos los capitanes americanos resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo es-

tuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del Poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los cascos con cocuiza; y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones; con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico; y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto mal humorada, de las causas por que cayó la primer república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate; andar hasta vencer; el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia; su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural; mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo y obligar a la gente a pensar; que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la Historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *choto* del Perú, todos le ven desensillan-

do el caballo en la agonía de San Mateo; pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada; envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo; hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; abrazándose en Guayaquil con San Martín, entristecido; presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca; entrando de lujo al Potosí, a la cabeza de su ejército conversador, mientras los pueblos y montes le saludan y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar. ¡Los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

La Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York convidó el 28 de octubre a una fiesta en honor de Bolívar, y fué la ocasión digna del héroe. Hinchido estaba el salón histórico de la Sociedad. Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fué, cargada de flores, a la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló, tal vez mejor que nunca, cuando anunció la libertad a "las hijas del Sol". Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo e inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso.

presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fué sobrio y majestuoso tributo al creador americano; era como rosa de oro cada luciente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el española cuando Bolívar, el general Domingo Modescendiente de un hombre que astilló mucha lanza nagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído a la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera propia de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realizada por conceptos felices de la obra del libertador, fué la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Calcaño, aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de "¡Fuego!". La cercanía de *Patria* a José Martí prohíbe decir más ahora que la ternura visible con que de sus labios de cubano oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América; de él sólo recuerda *Patria* estas palabras: "Quien tenga patria, que la honre; y quien no tenga patria, que la conquiste; esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar." ¡Y eso, y no palabras, es lo que bulla en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche! Esta es hora de andar, más que de decir; el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló las flores de Bolívar.

FIN

ÍNDICE

Págs.

NUESTRA AMERICA

Nuestra América	9
Poesía dramática americana	23
Mente latina	31

MEXICO

México en 1882	37
La industria en los países nuevos	43
Un tratado comercial	47
México, los Estados Unidos y el sistema prohibitivo	57
Adelantos en México	63
México en "Excelsior"	69
El cristianismo y la curia	73
Familias y pueblos	79
Un proyecto de instrucción pública	83
Especiales deberes	87
Filosofía y literatura	93
Política y economía	99
El día de Juárez	107

GUATEMALA

Guatemala	113
La riqueza de Guatemala	179

ARGENTINA

Un mensaje presidencial	195
Juárez	201
La República Argentina en el exterior	205

URUGUAY

Un informe sobre el Uruguay	219
-----------------------------------	-----

HONDURAS

Honduras y los extranjeros	231
Una escuela de artes y oficios en Honduras	235

COLOMBIA

Guerra literaria	241
------------------------	-----

VENEZUELA

Una estatua de Bolívar	255
El centenario de Bolívar en Nueva York	261
La fiesta de Bolívar	267

